Navidad en el chalet del renacer

¡25 capítulos llenos de magia!



Rosita Romance

Navidad en el chalet del renacer

¡Una novela romántica navideña / un romance navideño de 25 capítulos llenos de magia!

Rosita Romance

Derechos de autor © 2024 Rosita Romance

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título

Derechos de autor

Primero de diciembre
24 días para Navidad
El chalet del renacer

Dos de diciembre
23 días para Navidad
Las galletas de Navidad

Tres de diciembre
22 días para Navidad
La corona de Adviento

Cuatro de diciembre
21 días para Navidad
Las tarjetas de felicitación

Cinco de diciembre
20 días para Navidad
Los hombrecitos de jengibre

Seis de diciembre
19 días para Navidad
Las velas de Navidad

Siete de diciembre
18 días para Navidad
Los candelabros

Ocho de diciembre
17 días para Navidad
El bosque encantado

Nueve de diciembre
16 días para Navidad
La pequeña fiesta de Navidad

Diez de diciembre
15 días para Navidad
Los jerséis de Navidad

Once de diciembre
14 días para Navidad

Los regalos hechos a mano
Doce de diciembre
13 días para Navidad
Los cuentos de Navidad
Trece de diciembre
12 días para Navidad
El tronco de Navidad
Catorce de diciembre
11 días para Navidad
Las bolas de Navidad
Quince de diciembre
10 días para Navidad
Las estrellas en el cielo
Dieciséis de diciembre
9 días para Navidad
Los deseos de Navidad
Diecisiete de diciembre
8 días para Navidad
Los muñecos de nieve
Dieciocho de diciembre
7 días para Navidad
Los patines de hielo
Diecinueve de diciembre
6 días para Navidad
El calendario de Adviento retrospectivo
Veinte de diciembre
5 días para Navidad
El camino de luz
Veintiuno de diciembre
4 días para Navidad
La aldea navideña
Veintidós de diciembre
3 días para Navidad
Las linternas voladoras
Veintitrés de diciembre
2 días para Navidad
Las decoraciones de Nochebuena
Veinticuatro de diciembre
1 día para Navidad
Nochebuena
Veinticinco de diciembre
Día de Navidad
¡Feliz Navidad!

Primero de diciembre
24 días para Navidad
El chalet del renacer

El viento sopla a través de las ramas de los árboles y empuja las nubes de nieve fina sobre el camino sinuoso que nos lleva al chalet. Cada curva parece alejarnos un poco más de la civilización, y el paisaje se vuelve cada vez más blanco. Desde el asiento del copiloto, percibo cómo crece la tensión a medida que avanzamos. Lo que me parecía una aventura emocionante hace unas semanas, ahora es una realidad bastante inquietante.

Mi madre, al volante, observa la carretera con muchísima atención. La nieve dificulta la conducción, y la concentración marca su rostro. El silencio reina en el coche, hasta que ella rompe la inercia lanzándome una mirada rápida.

—¿Estás segura, cariño? Sabes que todavía puedes dar marcha atrás —dice, con una voz suave.

Giro la cabeza hacia ella e intento sonreír. Sé que está preocupada. Desde que papá murió, siempre ha estado ahí para mí, cuidando de todo, de cada detalle.

—Estaré bien, mamá, te lo prometo —digo—. Solo es un mes, y, como tú misma me dijiste, creo que me hará bien.

Ella asiente. El coche sigue serpenteando entre los abetos cubiertos de nieve, y finalmente llegamos a un claro. Allí está el chalet, imponente, con su estructura de madera contrastando con el paisaje blanco a su alrededor. Un letrero indica «Chalet del renacer» con letras pintadas a mano. Quizá eso sea lo que espero en el fondo. Un renacer.

Mi madre aparca el coche y apaga el motor. Se vuelve hacia mí, sus ojos se ven brillantes.

—No lo olvides, Clara, si en algún momento quieres regresar, me llamas, a cualquier hora —insiste, tomando mis manos entre las suyas.

Asiento. Una parte de mí realmente quiere pedirle que me lleve de vuelta a casa, lejos de este lugar perdido. Pero necesito probarme que puedo hacerlo, demostrarme a mí misma que soy capaz de cambiar, de escapar de la espiral en la que me he encerrado durante demasiado tiempo.

Salimos del coche y el frío me golpea de lleno. Me ajusto la bufanda alrededor del cuello y mis pies se hunden en la nieve espesa que cruje bajo mis botas. Mientras sacamos las maletas del maletero, el sonido de un motor resuena a lo lejos. Un coche se acerca y aparca a nuestro lado.

Un joven desciende del coche. Alto, moreno, envuelto en un grueso abrigo, y con un gorro que le cubre hasta las orejas. Por un segundo, nuestras miradas se cruzan y tengo una sensación de déjà-vu.

—¿Clara? —pregunta, algo titubeante.

Lo miro un instante y hurgo en mi memoria.

—¿Nicolás? —pregunto de vuelta, insegura.

Él asiente. Una sonrisa discreta aparece en sus labios. Nicolás. El chico de mi escuela primaria. Aquel que siempre estaba al margen, que no hablaba con nadie.

—Parece que vamos a pasar un mes juntos —dice él.

Intento devolverle la sonrisa. Una parte de mí se siente ligeramente aliviada, y la otra incómoda. Nicolás era aquel niño que nadie comprendía realmente. Yo había intentado, en su momento, incluirlo en los juegos, hablar con él. Pero siempre se mostraba reservado, y al final, me rendí. Ahora estamos aquí, en este chalet perdido en la nieve, obligados a compartir este espacio durante casi un mes entero.

—Sí... parece que sí —digo.

Los padres de Nicolás bajan de su coche, y sostienen unas breves palabras con mi madre. Luego, ella me abraza una última vez.

—Cuídate mucho —susurra—. Disfruta de tu estancia. Te quiero, Clara.

—Yo también, mamá —digo.

La observo subir al coche. Su rostro muestra una mezcla de ansiedad y satisfacción. Los padres de Nicolás, en cambio, no son tan demostrativos. Su padre le da una palmada en el hombro y su madre le revuelve el pelo. Luego, suben a su coche y se marchan tan rápido como llegaron.

El ruido de los motores se desvanece. Nicolás y yo nos quedamos solos frente al chalet, con nuestras enormes maletas para un mes. Nicolás suelta un largo suspiro, con la mirada fija en la cabaña, que parece aún más solitaria ahora que estamos solo los dos.

—Bueno... vamos allá —dice finalmente.

Asiento con la cabeza y giro la llave dorada, ya en la cerradura. La puerta se abre sin resistencia, con un chirrido que resuena en el silencio helado del bosque.

Apenas hemos abierto la puerta cuando el sonido de un motor retumba de nuevo detrás de nosotros. Un coche rojo y viejo se aproxima, cubierto de adornos extravagantes: unas orejas de reno y una guirnalda que cuelga del capó. Me quedo inmóvil al ver una figura robusta con ropas de un rojo brillante, un gorro navideño y una barba blanca falsa que baja del vehículo. Mis ojos se agrandan.

Nicolás permanece en silencio, pero siento su sorpresa. Este Papá Noel misterioso se acerca a nosotros, con una sonrisa traviesa visible detrás de su barba postiza. Lleva un cuaderno pequeño y una campanita dorada que agita suavemente, produciendo un sonido festivo que rompe el silencio del lugar.

—¡Ho ho ho! ¡Bienvenidos, jóvenes! ¡Bienvenidos, Clara y Nicolás! —anuncia con voz teatral—. ¡Espero que estén listos para esta aventura!

Sonrío a mi pesar. Nicolás, por su parte, parece un poco menos entusiasmado.

—Soy quien supervisará el buen desarrollo de este concurso —explica—. Pero, antes que nada, permítanme recordarles las reglas importantes porque este mes no será más que una simple estancia en la montaña.

Agita su cuaderno con un aire exageradamente serio.

—Primera regla: durante todo el mes, hasta Navidad, no se permitirá ningún dispositivo conectado. Nada de Internet. Como hemos acordado, sus teléfonos móviles se quedaron con sus padres, ellos me lo aseguraron, y todo lo que pueda distraerlos del momento presente está prohibido. Tienen un teléfono fijo en el chalet para emergencias y llamadas a sus familiares, pero nada más. Les dejé mi número en un papel, aquí al lado, la línea directa de Papá Noel, por si

necesitan algo. La idea es desconectar al máximo y redescubrir la magia del mundo real.

Hace una pausa y nos observa para asegurarse de que comprendemos bien.

—Segunda regla: cada día hasta Navidad, se les asignará una nueva actividad de Adviento. Dejé una nota con la actividad de hoy en la caja roja grande. Estas actividades deben realizarse juntos, con un espíritu de cooperación y alegría. Cada mañana, les dejaré instrucciones sobre la actividad del día, ya sea llamándolos o con una nota, y como máximo al anochecer, deberán dejar la prueba de su logro en el buzón.

Señala el buzón frente al chalet.

—¿La prueba? —pregunta Nicolás.

Papá Noel asiente y sonríe.

—¡Sí, sí! Utilizarán esta cámara Polaroid para inmortalizar cada momento. Dos fotos cada día. Una para un calendario muy especial, un tablero de Adviento dentro del chalet, para ustedes. La otra para el buzón exterior, para mí. Así, podrán conservar un recuerdo visual de este mes. Y, por supuesto, es esencial seguir las instrucciones al pie de la letra, de lo contrario... bueno, ¡no habrá recompensa al final!

Ante la mención de la recompensa, Nicolás parece prestar un poco más de atención.

Papá Noel nos observa buscando complicidad. Puedo ver destellos de picardía en sus ojos, y me pregunto si se está burlando de nosotros. Agita su campanita una vez más.

—Finalmente, la última regla, pero no menos importante: ¡el espíritu de la Navidad, mis queridos! Están aquí para la magia, la alegría, y quizá incluso algo más... Así que diviértanse, déjense llevar, y manténganse abiertos a la sorpresa —dice tocando su gorro rojo.

Nicolás emite un leve gruñido. Cruzo su mirada y le lanzo una sonrisa que quiere decir «sigamos el juego». Realmente quiero creer que esta experiencia podría traernos algo bueno.

Papá Noel nos hace un gesto para que entremos al chalet, luego se dirige con paso animado hacia su coche rojo. Agita la mano sin decir una palabra más, luego se aleja por el camino nevado y nos deja de nuevo solos frente al chalet.

Nicolás sacude la cabeza y ríe con picardía, como burlándose de la excentricidad del hombre disfrazado.

—¡Esto no es nada extraño! —dice mirándome de reojo.

Me encojo de hombros y sonrío.

—Es parte del juego, supongo. Tenemos que entrar en el espíritu de las fiestas.

Nicolás suspira.

—Vamos, Clara. Cuanto antes empecemos, antes terminará —declara.

Entramos en el chalet. Las paredes son de madera oscura. Hay un sofá y dos sillones frente a una chimenea imponente. Un gran abeto, aún sin decorar, se encuentra en el salón. La cocina está integrada a este último, con estantes llenos de provisiones y una gran alfombra desgastada en el suelo. Las decoraciones anticuadas le dan un toque rústico. Este lugar parece detenido en el tiempo, alejado del mundo actual.

Nicolás inspecciona el lugar sin decir una palabra, luego se dirige a la gran ventana que da al claro nevado.

—Al menos, es tranquilo —murmura.

No puedo hacer más que asentir. Hay algo cautivador en el silencio absoluto que reina a nuestro alrededor. La nieve sigue cayendo lentamente.

Nos lanzamos a una rápida exploración. Nuestras dos habitaciones están en la planta alta, cada una con una cama grande y un armario pequeño de madera. El baño compartido tiene una

bañera con patas, lo que le da un ambiente vintage. Todo parece perfectamente equipado para recibirnos, y me siento ligeramente más tranquila.

Al bajar, reparo en la caja roja grande de la que habló Papá Noel, colocada junto a la entrada. La abro y descubro que está llena de guirnaldas y bolas de Navidad. Encuentro una nota:

«Decoren el chalet y el árbol con los adornos proporcionados. ¡Inmortalicen cada momento! Papá Noel.»

Miro a Nicolás con una sonrisa.

—Parece que tenemos nuestra primera misión —digo, mostrando la nota.

Echa un vistazo a la caja y levanta las cejas.

—Empieza fuerte... supongo que no tenemos elección, ¿verdad?

—No, y, además, es parte del «espíritu navideño», ¿no? —bromeo mientras saco las guirnaldas.

Desempaquetamos las decoraciones. Mientras que Nicolás parece querer deshacerse de la tarea lo más rápido posible, yo me tomo mi tiempo y ajusto cada guirnalda para que quede bien colocada.

El contraste entre nuestras maneras es notable: él cuelga las bolas sin ningún orden aparente, mientras yo me esfuerzo en distribuirlas de manera armoniosa. Quiero que todo quede perfecto, lo que me hace pensar en mi manía de perfeccionar cada foto que publico en línea. Me doy cuenta de que este reflejo está profundamente arraigado en mí. Tal vez esta estancia me permita aprender a relajarme.

—Clara, sabes que no estamos haciendo una sesión de fotos para Instagram, ¿verdad? —dice Nicolás, burlándose.

Levanto la mirada.

—Muy gracioso. Solo quiero que sea agradable de ver. Creo que es importante —digo.

Asiente y sonríe levemente, luego continuamos en silencio. Una vez que terminamos, me alejo para admirar el resultado. No es perfecto, ni mucho menos, pero hay algo cálido en esta decoración un tanto dispar, y siento un ligero orgullo.

—No está nada mal, ¿verdad? —digo, volviéndome hacia Nicolás.

Él observa el árbol y asiente.

—Sí, queda bien —admite.

Tomo la Polaroid que nos dejó Papá Noel y se la muestro a Nicolás.

—Vamos, inmortalicemos este momento para el tablero de Adviento —digo.

Él levanta la mirada al cielo, pero se acerca de todas formas. Enfoco la cámara para que salgamos ambos, con el árbol detrás y presiono el botón. El flash nos deslumbra, luego la cámara expulsa la foto. La agito delicadamente y espero a que la imagen se revele. Poco a poco, aparecen nuestras siluetas.

—Nada mal —digo.

Cuelgo la foto en el tablero de Adviento en el salón y luego me vuelvo hacia Nicolás, curiosa.

—Dime, Nicolás, ¿qué hiciste después del instituto? No nos hemos visto desde el colegio, así que me pregunto qué ha sido de ti desde entonces y cómo has acabado aquí —digo.

—Estudié ciencias ambientales — él responde—. Siempre me interesaron la naturaleza, los ecosistemas, esas cosas. Terminé mis estudios hace poco, y decidí tomarme un tiempo para pensar en qué quería hacer después. Entonces mis padres me hablaron de este concurso, en medio de la naturaleza, además, que encajaba bastante bien, en realidad. ¿Y tú? ¿Qué te trajo

hasta aquí?

—Yo estudié comunicación. Me gusta hablar, compartir cosas... solo que terminé absorbiéndome totalmente en las redes sociales. Se volvió una obsesión, estar comprobando constantemente lo que pasa, buscando la aprobación de los demás... Cuando terminé mis estudios, también hace poco, me encontré un poco perdida. Mi madre pensó que me vendría bien desconectar. Así que cuando me habló del concurso, aproveché la oportunidad. Además, todavía no he encontrado trabajo, es complicado... Así que, como el concurso tiene una recompensa al final si hacemos todo bien, era una buena oportunidad.

Nicolás asiente.

—Es curioso, sin embargo, que nuestros caminos se crucen aquí, después de tanto tiempo —digo.

Hacemos otra foto con el árbol detrás, luego Nicolás toma la copia y se dirige al exterior. Lo sigo. La nieve sigue cayendo y una calma apacible envuelve el claro. Nicolás abre el buzón y desliza la foto en su interior, conforme a las reglas dictadas por Papá Noel. El clic del buzón al cerrarse resuena levemente, y luego nos quedamos un momento afuera.

Hay algo tranquilizador en la pureza de la nieve que lo cubre todo.

—Ya está —digo, rompiendo finalmente el silencio—. ¡Misión cumplida!

Nicolás asiente con la cabeza, sin decir una palabra, y regresamos al interior. Cierro la puerta detrás de nosotros.

El día llega a su fin y empiezo a sentir el cansancio. Toda esta instalación, la emoción de despedirme... me siento agotada.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no hemos comido nada desde nuestra llegada. Al inspeccionar las estanterías, los armarios y la nevera, descubrimos que están bien surtidos: pasta, verduras frescas, conservas, platos preparados, etc. Hay de todo. Parece que todo ha sido previsto para que podamos quedarnos aquí sin necesitar nada más. Siento una especie de alivio. Al menos, no nos faltará de nada, y eso hace que todo sea un poco menos intimidante.

—¿Hacemos pasta? —propongo.

Nicolás asiente y saca una cacerola.

Nos ponemos manos a la obra en silencio, intentando encontrar nuestro ritmo. Nicolás enciende la placa y pone agua a hervir, mientras yo me ocupo de poner la mesa.

Unos minutos después, por fin nos sentamos. La pasta humea en nuestros platos. El sonido de los tenedores y los vasos resuena en la atmósfera tranquila del chalet.

Una vez terminado nuestro plato, dejamos los platos en el fregadero y Nicolás apaga las luces del salón. Mientras subo las escaleras para ir a mi habitación, me doy la vuelta y lo miro por última vez. Está de pie frente a la ventana, mirando hacia el bosque inmerso en la oscuridad, su rostro sumido en sus pensamientos.

—Buenas noches, Nicolás —digo en voz baja.

—Buenas noches, Clara —responde él, sin volverse.

Subo los últimos peldaños, entro en mi habitación y cierro la puerta detrás de mí. Me dispongo a acostarme en el momento en que un ruido me sobresalta. Un leve tintineo resuena en el aire, como una campanita…

Me apresuro hacia la ventana y miro afuera. A través de los copos de nieve que caen lentamente, distingo una silueta. Hay alguien allí, cerca del buzón, vestido de rojo. Entorno los ojos, intento ver mejor, pero la figura desaparece en la oscuridad, dejando solo una estela de nieve levantada por el viento.

Dos de diciembre
23 días para Navidad
Las galletas de Navidad

Un ruido extraño me despierta, un zumbido mecánico que me saca del sueño de un sobresalto. Todavía medio dormida, intento entender qué pasa. Finalmente, lo recuerdo: el viejo teléfono. Me levanto, me envuelvo en mi chal y bajo las escaleras a toda prisa. Por poco resbalo a mitad de camino.

Nicolás ya está allí, sentado en el sofá, con el teléfono en la oreja, con cara de alguien que bien hubiera preferido dormir unas horas más. Me tiende el aparato.

—Es para ti, el «Papá Noel» quiere hablar contigo —dice en un tono a la vez divertido y burlón.

Tomo el auricular y acerco el teléfono a mi oreja. La voz rocosa y teatral de Papá Noel retumba de inmediato, con «Navidad, Navidad, dulce Navidad» de fondo.

—¡Ho ho ho! Clara, espero que hayas dormido bien. Hoy es un día especial, querida. Deberás, junto a Nicolás, mostrar cooperación y paciencia. ¡Tendrán que preparar galletas de Navidad juntos! Utilicen los ingredientes y la receta que dejé para ustedes. No olviden compartir esas deliciosas galletas una vez que estén listas. Y, por supuesto, ¡inmortalicen todo en una foto! ¡Ho ho ho!

Pongo los ojos en blanco, con una sonrisa divertida en los labios. Es un poco ridículo, pero también me alegra escuchar esa voz alegre que parece decidida a hacer nuestra estancia festiva.

—Entendido, Papá Noel —respondo antes de colgar.

Me giro hacia Nicolás, que sigue tirado en el sofá.

—Galletas de Navidad —digo, negando con la cabeza—. Parece que Papá Noel ha decidido mantenernos ocupados.

Nicolás se levanta y estira los brazos por encima de la cabeza.

—Genial, cocinar... ¡Se me da mejor la pasta! —bromea con una sonrisa traviesa.

Me dirijo hacia la cocina.

—No te preocupes, no puede ser tan complicado. Y tenemos instrucciones, ¿no? —añado, tratando de mantener una actitud positiva.

La cocina está muy bien equipada. Tiene todo lo que necesitamos: harina, azúcar, especias, huevos, mantequilla e incluso cortadores en forma de estrellas y abetos. Tomo el delantal rojo y blanco que está colgado en un gancho y me lo pongo. Nicolás, por su parte, se toma su tiempo antes de unirse, visiblemente poco entusiasmado.

Lo miro con el rabillo del ojo, divertida al ver que duda.

—Anda, ponte un delantal, Nicolás. Es el «espíritu navideño», ¿recuerdas?

Él frunce el ceño, pero al final toma un delantal y se lo ata alrededor de la cintura.

Nos ponemos manos a la obra, y debo admitir que es mucho más difícil de lo que había imaginado. La masa es pegajosa, y parece rebelarse cada vez que intento estirarla correctamente. Nicolás, por su parte, parece mucho más cómodo. Se ocupa de las cosas sin pensarlo demasiado y mezcla los ingredientes con soltura.

—¿Cómo haces para estar tan... tranquilo? —pregunto después de observarlo trabajar unos momentos.

Él me lanza una mirada, con una leve sonrisa.

—No sé, supongo que es porque me da igual si queda mal. Son solo galletas, al fin y al cabo.

Suspiro, un poco molesta.

—Sí, pero hay cierto orgullo en hacer bien las cosas, incluso unas galletas.

Él asiente, pensativo, y sigue trabajando en silencio. Yo, por mi parte, intento alcanzar su ritmo. Pero la masa sigue sin cooperar. Después de unos minutos, está llena de trozos que no se parecen a nada. Tengo harina en las manos, en el delantal y hasta en las mejillas. Empieza a aumentar la frustración.

—Vas demasiado rápido —digo, girándome hacia Nicolás, que ya ha terminado de cortar algunas galletas en forma de estrella.

—O quizá tú eres demasiado perfeccionista —responde él, provocándome.

Frunzo el ceño y agarro un cortador de galletas.

—¿Y si intentaras ayudarme en vez de criticarme?

Nicolás sonríe, y por un instante, hay un destello de picardía en sus ojos.

—Está bien, está bien. Dame eso —dice, tomando el cortador de galletas de mi mano con delicadeza.

Se acerca y se coloca a mi lado. Toma una bola de masa y me muestra cómo aplanarla correctamente, sin que se pegue por todas partes. Me guía, con sus manos sobre las mías, y juntos conseguimos formar una bonita estrella. Levanto la vista hacia él y compartimos una sonrisa.

—No era tan complicado, ¿verdad? —murmura él.

—Quizá soy un poco menos habilidosa para todo lo «manual» —digo con una ligera risa nerviosa.

Continuamos trabajando en silencio durante unos instantes. Nicolás se relaja, y yo también. Empiezo a disfrutar de esta actividad, aunque no hablemos mucho.

—¿Haces galletas a menudo? —pregunto después de un momento.

Asiente con la cabeza, sin mirarme.

—Cuando era niño, a mi madre le gustaba hacerlas. Decía que hacían la casa más acogedora. Las hacíamos cada año, siempre las mismas, y ella me dejaba decorarlas como quisiera. Siempre causaban un gran desorden, pero olían bien.

La dulzura de su tono al hablar de su infancia me sorprende.

—Debió ser agradable —digo.

Nicolás asiente y luego guarda silencio. Vuelve a su tarea.

Después de algunas galletas mal formadas y mucha harina esparcida por toda la superficie de trabajo, finalmente tenemos una bandeja llena de galletas de diversas formas, listas para meter al horno. Deslizamos la bandeja en el horno y esperamos, apoyados contra la encimera.

Para pasar el rato, agarro la Polaroid sobre la mesa y se la ofrezco a Nicolás.

—¿Quieres hacer una foto? —pregunto.

—Vale, pero nada de poses ridículas, ¿de acuerdo?

—Prometido —digo sonriendo.

Nos acercamos, y sostengo la Polaroid frente a nosotros. Sonrío y aprieto el botón. El flash nos deslumbra brevemente, y la cámara expulsa la foto. La sacudo con delicadeza y esperamos a que se revelen nuestros rostros.

Los contornos comienzan a aparecer, y la foto muestra una imagen en la que ambos parecemos un poco torpes, con harina por todas partes. Me río al ver la marca de harina en mi frente y le muestro la foto a Nicolás.

Nicolás sonríe, toma la foto y la coloca en el tablero de Adviento que habíamos comenzado a decorar ayer. Luego tomamos otra foto. Él toma la copia y se dirige al exterior para colocarla en el buzón. Lo sigo. Un aire gélido y una nieve fresca nos reciben.

—Ya está, hecho —dice simplemente, cerrando el buzón.

El silencio del bosque, la calma de los alrededores, todo parece congelado. Durante unos segundos, nos quedamos allí, observando el paisaje. Los copos caen lentamente, bailan a nuestro alrededor y se posan en nuestros hombros.

—¿No te parece tranquilizante? —pregunto.

Nicolás guarda silencio un momento, con los ojos fijos en la nieve que cae.

—Puede ser —dice al final, casi a regañadientes.

Sonrío, satisfecha con su respuesta. Para mí, eso ya es una pequeña victoria. Esta atmósfera agradable es todo lo que necesito por ahora.

Volvemos al interior y nos sacudimos la nieve de nuestras botas antes de cerrar la puerta detrás de nosotros. El calor del chalet nos envuelve y me froto las manos para calentarlas. El aroma de las galletas que se hornean llena poco a poco la habitación, y me siento reconfortada.

—Huele muy bien —dice Nicolás asintiendo, como para aprobar la calidad de nuestro trabajo.

—Debo decir que formamos un buen equipo —respondo sonriendo—. Aunque, bueno, sigo siendo un poco torpe.

—No estuviste tan mal, Clara... Hay esperanza.

Levanto las manos al aire.

—¡Voy a tomarlo como un cumplido!

Esboza una sonrisa antes de dirigirse al sofá del salón. Por mi parte, me ocupo de sacar las galletas del horno y colocarlas en una rejilla para que se enfríen. Luego, me siento frente a Nicolás en el sillón que está frente a la chimenea. Me tomo un momento para observar la habitación, el árbol decorado, los pequeños toques navideños que hemos añadido desde nuestra llegada.

—Es extraño —digo—. Normalmente paso mis días pegada a mi teléfono, revisando lo que pasa, viendo lo que hacen los demás. Pero aquí... no sé, es como si el tiempo se hubiera detenido.

Nicolás asiente, pero permanece en silencio. Parece sumido en sus pensamientos. No estoy segura de que realmente me entienda o que le interese lo que le cuento.

—Creo que me hace bien. Tal vez lo necesitaba más de lo que quería admitir —continúo, mirando el árbol frente a mí.

Nicolás me observa, luego toma la palabra.

—Supongo que todos necesitamos un momento así, a veces. Para desprendernos de todo el ruido. Quizás eso es lo que también busco aquí —dice, encogiéndose levemente de hombros.

Lo observo con más atención. Siento que no le resulta fácil abrirse.

—Gracias por compartir eso —digo en voz baja.

Asiente sin decir nada más, la mirada aún fija en un punto invisible.

Nos sentamos alrededor de la mesa, y empiezo a preparar un glaseado para las galletas. Nicolás me observa hacerlo, con las cejas ligeramente fruncidas.

—Esto no termina nunca, ¿verdad? —bromea.

Le guiño un ojo.

—Oh, ¿de verdad pensabas que íbamos a dejarlas sin decorar? Vamos a hacerlas festivas.

Se sienta a mi lado y coge un cuchillo para ayudarme a esparcir el glaseado en las galletas. Durante unos instantes, trabajamos juntos, concentrados en nuestras pequeñas obras de arte culinarias.

—Entonces —dice Nicolás después de un momento de silencio—, ¿por qué decidiste hacer este concurso, realmente?

Levanto la mirada, sorprendida por su pregunta tan directa. Es un tema que a mí misma me cuesta comprender del todo y me doy cuenta de que no tengo una respuesta precisa.

—Creo... que necesitaba algo diferente —comienzo—. Algo que me alejara de todo lo que me pesaba. Las redes sociales, esa adicción, la presión de los demás, esa sensación de estar siempre en competencia. Aquí es... es como si todo eso no importara. Como si estuviera lejos, como otra vida. Y luego mi madre pensó que me haría bien, también.

Él me observa atentamente, sin interrumpirme.

—¿Y tú? —le pregunto, dudosa.

Nicolás baja la vista hacia la galleta que está decorando. Su mandíbula se contrae levemente.

—Mis padres querían que lo hiciera —responde simplemente.

Siento que hay algo más, pero decido no insistir. No quiero presionarlo. Después de todo, tenemos todo el mes para conocernos…

—Hace mucho tiempo que no me sentía… tan tranquilo —confiesa en voz baja.

Siento que, detrás de esa fachada algo brusca, hay una verdadera sensibilidad.

—Quizá este chalet tiene realmente poderes mágicos —digo sonriendo, intentando aliviar la tensión.

Terminamos colocando las galletas en un gran plato y decidimos probarlas. Algunas están un poco quemadas, otras tienen formas más que dudosas, pero no importa. Están buenas, dulces, y el aroma a canela llena la habitación.

—Esa es claramente una estrella que ha visto días mejores —digo, señalando una galleta deforme a la que le falta una punta.

Nicolás toma la galleta y la observa un momento.

—Digamos que es… única —declara, dándole un mordisco.

Me río.

El tiempo y la jornada transcurren.

El sol empieza a ocultarse detrás de las montañas y el chalet queda sumido en una suave penumbra. Nicolás y yo ordenamos la cocina y nos acomodamos en el salón, frente a la chimenea. Hay una caja de fósforos sobre el borde, y Nicolás se levanta para encender el fuego.

Lo observo hacerlo, fascinada por cómo la llama ilumina poco a poco la habitación y proyecta sombras en las paredes. Es hipnotizante. Me hundo un poco más en el sofá, con las piernas dobladas y cierro los ojos un instante para disfrutar del calor que se va extendiendo.

—¡Eh! Clara, mira esto —murmura de pronto Nicolás.

Abro los ojos y giro la cabeza hacia él. Me muestra una foto Polaroid que estaba cerca de la chimenea. En la imagen se ven a dos personas, un hombre y una mujer, decorando este mismo

chalet. Parecen felices. Ríen a carcajadas, con los brazos llenos de guirnaldas.

—Me pregunto quiénes serán —murmura.

Tomo la foto de sus manos y la observo atentamente. Esta imagen me da la sensación de que formamos parte de algo más grande. Como si este lugar hubiera visto pasar generaciones de personas, venir y marcharse, dejando su huella, aunque sea mínima.

—Quizá algún día nosotros también dejemos nuestra marca aquí —digo.

Nicolás me mira un instante, sin responder, luego se vuelve hacia el fuego.

—Tal vez… —responde finalmente.

Tres de diciembre
22 días para Navidad
La corona de Adviento

Escucho unos zumbidos que provienen del salón: el viejo teléfono anuncia un nuevo día. Me doy la vuelta en la cama y respiro profundamente antes de levantarme y bajar las escaleras de madera, que crujen bajo mis pasos. Abajo, Nicolás ya está allí, tirado en el sofá, con el brazo colgando despreocupadamente, y descuelga el auricular.

—Sí, Papá Noel, ¿qué hay para hoy? —dice.

Llego justo a tiempo para escuchar el «¡Ho ho ho!» de nuestro misterioso benefactor. Nicolás me lanza una mirada y me hace señas para que me acerque. Cubre el auricular con la mano.

—Corona de Adviento —murmura, alzando la mirada am cielo—. Tenemos que hacer una corona y colgarla en la puerta.

Levanto las cejas, divertida.

—Supongo que esa es nuestra actividad del día, ¿no? —digo, con un toque de entusiasmo en la voz.

Nicolás asiente. Luego, sin mucha ceremonia, coloca el aparato en su base y cuelga.

—Va a ser divertido, ¿no? Una corona de Adviento va a darle algo de color a esto —digo.

Él se encoge de hombros y se frota los ojos.

—Ya veremos —responde, sin entusiasmo.

Decido tomar la iniciativa. No quiero dejar que el humor sombrío de Nicolás influya en mi ánimo del día. Me dirijo a la caja roja grande de la entrada. Como cada mañana, Papá Noel ha dejado todo el material necesario para la actividad. Esta vez, hay ramas de abeto, cintas rojas, algunas piñas y bayas artificiales. Las saco con cuidado y las coloco en la mesa del salón.

—Vamos, manos a la obra —le digo a Nicolás, tratando de transmitirle algo de motivación.

Me acompaña después de tomarse un momento para despertarse por completo. Nos sentamos alrededor de la mesa y extendemos las ramas frente a nosotros. Un ligero olor a resina llena el aire y me recuerda las Navidades de mi infancia. Comienzo a seleccionar las ramas y trato de elegir las que mejor formarán la base de la corona.

Nicolás me observa, divertido.

—Te lo tomas en serio, ¿eh? —dice.

—¡Claro! Si lo hacemos, que sea bien hecho, ¿no? —respondo mirándolo directamente a los ojos.

Él ríe de forma pícara y sacude la cabeza.

—¡Tú eres la perfeccionista aquí, Clara! Yo solo soy el tipo que sigue la corriente.

Me limito a sonreír y le paso una cinta roja.

—Bueno, señor «sigue la corriente», podrías empezar por atar estas cintas. ¡Hazlo lo mejor que puedas!

Nicolás toma la cinta. Comenzamos a trabajar juntos en la corona. Al principio es bastante tranquilo. Cada uno se concentra en la tarea que tiene entre manos. Seleccionamos las ramas y las atamos para formar un círculo armonioso.

—Es muy curioso, ¿no? —digo después de un momento de silencio—. Digo, ¿quién habría pensado que terminaríamos aquí, años después del colegio, haciendo una corona de Navidad juntos?

Nicolás me mira, intrigado.

—Ah, ¿de verdad te acuerdas de mí en el colegio? —pregunta.

—Claro que me acuerdo —digo—. Eras... cómo decirlo... un poco misterioso, distante. Nadie sabía realmente qué pensar de ti.

Él sonríe, algo incómodo.

—Sí, no era precisamente sociable —murmura.

Asiento y recuerdo esa época en la que solía estar solo durante los recreos.

—¿Y ahora? ¿Sigue siendo así? —pregunto.

Él desvía la mirada y se concentra en su trabajo.

—Depende del día —responde.

Cambio de tema e intento devolver algo de ligereza al ambiente.

—Al menos, parece que tienes cierto talento para esto —digo, señalando la corona que empieza a tomar forma frente a él.

Él observa su trabajo y sonríe ligeramente.

—Sí, supongo. Me recuerda a las manualidades que hacía con mi madre cuando era pequeño.

Seguimos trabajando en la corona. Añadimos algunas piñas aquí y allá y luego atamos cintas rojas alrededor. Nicolás se concentra en ensamblar las ramas y yo me ocupo de la decoración. Poco a poco, la corona toma forma, y el resultado es bastante bonito. Tomamos dos fotos con la Polaroid.

Mientras colgamos la corona en la puerta de entrada, me vuelvo hacia Nicolás e intento nuevamente obtener alguna respuesta:

—Sabes, es extraño encontrarse aquí después de tantos años. ¿Por qué te inscribiste en este concurso, en realidad?

Se toma un momento antes de responder, con la mirada fija en la corona.

—Ya te lo dije. Mis padres querían que hiciera algo que me sacara un poco de la rutina —dice, con el mismo tono misterioso del día anterior.

Entorno los ojos, no convencida.

—¿Y tú? ¿Querías venir aquí? —insisto.

Levanta los ojos y me mira. Parece que mide sus palabras antes de responder.

—No era mi primera opción, no. Pero a veces, simplemente hay que probar cosas, salir de lo que se conoce. Tomar riesgos. No puede hacer daño…

Siento que aún no está listo para decir más. Me limito a sonreír y asentir.

—Entiendo. Yo tampoco sabía bien qué esperar, pero decidí hacerlo… para cambiar de aires.

Asiente y nos quedamos un instante mirando la corona, que se balancea ligeramente con el viento.

—Bueno, al menos hemos hecho un buen trabajo —dice señalando la corona—. ¡Quizá Papá Noel esté orgulloso de nosotros!

Suelto una ligera risa.

—Puede ser.

Ponemos una de las fotos en el buzón y volvemos al interior.

El tiempo pasa.

La luz del día empieza a desvanecerse y el chalet queda bañado en tonos dorados que se filtran a través de las ventanas. Me estiro en el sofá del salón, con la mirada perdida en el baile de las llamas. Nicolás, por su parte, ha encendido una lámpara pequeña y está sentado en el sillón frente a mí.

Finalmente rompo el silencio y giro la cabeza hacia Nicolás.

—Entonces, esta noche, ¿qué hacemos? —pregunto.

Levanta los ojos y me mira, visiblemente sorprendido por mi pregunta.

—¿Esta noche? Bueno, aparte de preparar algo para cenar, creo que podríamos descansar.

Se encoge de hombros, como si esa opción le pareciera obvia. Me incorporo ligeramente. No quiero que la velada termine de una forma tan común.

—¿Y si hacemos otra cosa? Algo un poco… más alegre y festivo —propongo.

Nicolás levanta las cejas.

—¿Del tipo…?

—No sé, podríamos preparar algo especial, jugar a algún juego, o incluso escuchar música… ¿No estaría bien?

Me observa un momento, como si intentara ver si hablo en serio. Finalmente, asiente.

—De acuerdo, ¿por qué no? Pero realmente no hay música aquí, a menos que hayas escondido una radio en alguna parte.

Me levanto y rebusco en uno de los armarios. Saco un viejo reproductor de casetes que había visto antes, junto con unas cintas navideñas algo polvorientas.

—Mira esto —digo triunfante, mostrando el reproductor a Nicolás.

Él se ríe, sorprendido.

—¿En serio, un reproductor de casetes? ¡Hemos vuelto a los años 90, aquí! —bromea.

Sonrío y soplo el polvo que cubre el reproductor.

—Precisamente, ¡es perfecto! Eso le da un toque al lugar, ¿no crees? Vamos, vamos a intentarlo.

Enchufé el reproductor e inserto una cinta. Comienza a sonar una vieja melodía de Navidad, el sonido crepita un poco, pero eso añade autenticidad al momento. Las notas familiares de «Jingle Bells» llenan la habitación, y me vuelvo hacia Nicolás.

—¿Ves? Ya es mejor, ¿no? —digo, marcando el ritmo con el pie.

Sacude la cabeza, pero puedo ver cómo se hace más grande su sonrisa, como si se estuviera divirtiendo a su pesar.

—Bueno, ¿y si hacemos chocolate caliente para acompañar esta música? —añado.

—De acuerdo —dice, poniéndose de pie—. Pero con una condición: quiero prepararlo a mi manera.

Lo miro con curiosidad mientras se dirige a la cocina.

—A tu manera, ¿eh? Eso me interesa —digo, siguiéndolo.

Nicolás abre los armarios, saca leche, cacao y un poco de canela.

—Mi madre los hace así en Navidad, con una pizca de canela —dice—. Le da un sabor especial, ya verás.

Lo observo trabajar, fascinada por el cuidado que pone en calentar la leche, mezclar el cacao

y añadir la canela con precisión.

—Sabes, Nicolás, creo que estás más apegado a la Navidad de lo que quieres admitir —digo, bromeando.

Él se encoge de hombros.

—Quizá. O tal vez solo trato de hacer que esta estancia sea un poco menos aburrida —responde.

Tomo una cuchara y pruebo la mezcla. Está deliciosa.

— Guau, está realmente bueno —digo—. Tu madre sabe lo que hace, Nicolás.

Él asiente.

—Sí, le encanta la Navidad. Hace todo lo posible para que sea especial. Supongo que eso me ha marcado un poco.

Lo miro. Por un instante, veo detrás de su aire distante a alguien que guarda en su interior recuerdos dulces y luminosos.

Coloco una mano en su brazo, en un gesto espontáneo. Nicolás parece sorprendido, pero no se aparta.

Después de verter el chocolate caliente en dos tazas, volvemos a sentarnos frente a la chimenea. La música sigue sonando, y me hundo en el sofá, con mi taza caliente entre las manos.

—Me pregunto qué nos tendrá preparado Papá Noel para mañana —digo.

Nicolás da un sorbo a su chocolate antes de responder, con la mirada perdida en las llamas.

—Solo espero que no sea repostería —dice, con una sonrisa divertida.

Me río y sacudo la cabeza.

—¡Oh, vamos! Admite que fue divertido hacer galletas ayer.

Él sonríe de lado.

—Puede ser. Pero prefiero mucho más encender el fuego o… no sé, construir algo, antes que pelearme con la masa.

Lo observo e intento adivinar quién es realmente Nicolás detrás de sus comentarios, a menudo sarcásticos.

La nieve cae lentamente afuera, y el aroma a canela flota en el aire.

Mientras la cinta sigue sonando, empieza una música más suave, una vieja canción de Navidad, melancólica y reconfortante.

—Clara —dice de repente Nicolás.

Giro la cabeza hacia él.

—¿Sí?

Su mirada me sorprende.

—Gracias por ser… así. Positiva. Supongo que eso ayuda a que esta estancia sea un poco menos… extraña.

Sonrío, agradecida.

—De nada. Y gracias a ti por… hacer buenos chocolates calientes —digo.

Él esboza una sonrisa.

—Creo que deberíamos aprovechar —añado—. No todos los días se puede estar desconectado de todo, sin presiones, sin expectativas. Y además con una recompensa al final…

Él asiente, pensativo.

—Puede ser. Tal vez deberíamos realmente disfrutar de este momento… —murmura.

Cuatro de diciembre
21 días para Navidad
Las tarjetas de felicitación

El estridente timbre del viejo teléfono me saca del sueño. Bajo las escaleras. Nicolás ya está en el salón, sentado en el brazo del sofá, con aire resignado, el auricular en la oreja.

—Sí, estamos aquí, Papá Noel —dice—. Te escuchamos.

Lo observo. A pesar de su aire gruñón, empieza a acostumbrarse a esta rutina matinal.

—Tarjetas de felicitación —añade—. Para desconocidos, sí... Nos encargaremos de ello. Prometido.

Cuelga antes de girarse hacia mí.

—Hoy va a ser genial, ¡vamos a escribir tarjetas de felicitación! —dice, burlón, como si fuera la tarea más ridícula del mundo.

—Tarjetas de felicitación para desconocidos —preciso, sonriendo—. Me encanta la idea. Podría ser emotivo, ¿no crees?

Nicolás se encoge de hombros.

—Supongo, si tienes un alma poética… Pero bueno, al menos es algo diferente a la artesanía.

Me acerco a la caja roja de la entrada, nuestra ya famosa caja que contiene cada día una nueva sorpresa. Dentro encuentro un paquete de tarjetas de papel, adornadas con estrellas doradas pequeñas, copos de nieve e ilustraciones navideñas. Las saco y se las muestro a Nicolás.

—Mira, son bastante bonitas. ¡Va a ser divertido escribir en ellas!

Él toma una tarjeta, la observa un momento y finalmente asiente.

—Vale, vale. ¿Dónde nos ponemos para hacer esto? —pregunta mirando a su alrededor.

—La mesa del salón me parece bien. Tendremos todo el espacio necesario, y será cómodo.

Nos sentamos a la gran mesa, con el paquete de tarjetas entre nosotros, junto a unos bolígrafos de colores que Papá Noel también ha dejado en la caja. Por un momento, nos envuelve el silencio, solo interrumpido por el crujir de los troncos en la chimenea. Nicolás, frente a una tarjeta en blanco, parece un poco perdido.

—Entonces, ¿qué escribimos? —pregunta—. «Feliz Navidad, desconocido». Suena un poco básico, ¿no?

Me río y tomo una tarjeta. Toqueteo la superficie del papel con la punta de los dedos, pensando.

—Quizá podríamos imaginar que escribimos a alguien que esté pasando por un momento difícil… Para intentar llevar un poco de calidez a personas que lo necesiten —digo, alzando la vista hacia él.

Nicolás entrecierra los ojos, pensativo.

—Sí, ¿por qué no? Algo así como un mensaje para levantar el ánimo. Me parece bien.

Empiezo primero y comienzo a escribir en tinta azul. Mis palabras son sencillas, directas:

«Querido desconocido, dondequiera que estés, te envío todo el calor de este chalet cubierto de nieve. Espero que estas fiestas traigan algo de luz a tu vida. ¡Feliz Navidad!»

Una vez que termino, me inclino para ver lo que está escribiendo Nicolás. Él esconde un poco su tarjeta, como un niño que no quiere que le copien las respuestas.

—¿Quieres que lo mire o es un secreto de estado? —bromeo.

Levanta la vista, con una mirada seria.

—No es que sea un secreto, es solo que… No sé muy bien qué decir. A veces, encontrar las palabras adecuadas es complicado…

Dejo mi mano sobre la mesa, junto a la suya.

—Podrías escribir algo que te hubiera gustado escuchar a ti —le digo en voz baja—. Algo que te hubiera ayudado cuando no te sentías bien.

Él baja la cabeza. Luego respira hondo y empieza a escribir.

«A ti, desconocido. Quizá la vida no ha sido amable contigo últimamente. Pero debes saber que todo puede cambiar, que siempre hay una luz en algún lugar, aunque parezca lejana. No dejes que la oscuridad te consuma. Feliz Navidad.»

Deja el bolígrafo, con la mirada fija en su tarjeta y el rostro serio. De él emana cierta tristeza.

—Es bonito, Nicolás —murmuro—. Es… conmovedor.

Asiente sin responder. Sus ojos siguen clavados en la tarjeta, como si estuviera luchando con sus pensamientos. Decido no insistir para no incomodarlo y lo dejo con sus reflexiones. Sigo escribiendo otras tarjetas, variando los mensajes e intentando transmitir algo de ternura en cada una de ellas.

Por un largo rato, escribimos en silencio, cada uno inmerso en su propio mundo. De vez en cuando, levanto la vista hacia Nicolás, que parece absorto y concentrado en sus palabras. Sus rasgos se relajan poco a poco, y me digo que quizá escribir estas tarjetas le esté haciendo bien.

Después de terminar nuestras tarjetas, las apilamos cuidadosamente sobre la mesa. Tomo la Polaroid y me vuelvo hacia Nicolás.

—Vamos, ¡es la hora de la foto! Hay que inmortalizar este momento, ¿no crees?

Levanta los ojos y me mira.

—¿Otra foto? Nunca te cansas, ¿verdad?

—¡Es para Papá Noel! Y, además, forma parte del juego —digo.

Suspira, pero se levanta. Se acerca para posar junto a las tarjetas. Enfoco la Polaroid y tomo la foto. Esperamos unos segundos a que la imagen se revele: dos jóvenes, una pila de tarjetas de felicitación y una leve sonrisa en nuestros rostros.

—Ahí está, misión cumplida —dice Nicolás, tomando la foto y colocándola en el tablero de Adviento.

Hacemos la segunda copia y, juntos, salimos para dejarla en el buzón. Afuera hace un frío gélido, y el viento se cuela por dentro de nuestros abrigos. La nieve cruje bajo nuestras botas mientras nos acercamos al buzón.

— Ya es casi un ritual —digo mientras deposito la foto.

Nicolás asiente. Sus ojos recorren el entorno, los árboles cubiertos de nieve y el bosque silencioso.

—Es pacífico aquí. Entiendo por qué a la gente le gustan estos lugares —murmura.

Observo su rostro vuelto hacia el paisaje nevado. Su expresión se ha suavizado.

—Sabes, Nicolás, a veces me pregunto… Si realmente eres tan indiferente como pretendes aparentar —digo en voz baja.

Él gira la cabeza hacia mí, sorprendido, luego se encoge de hombros.

—Quizá solo soy complicado —responde, con una sonrisa triste.

Regresamos al interior. Nos sacudimos la nieve de las botas antes de cerrar la puerta tras nosotros.

Preparo el té, y nos acomodamos en el salón, cada uno con una taza caliente entre las manos. Nicolás observa las llamas en la chimenea. Yo lo observo, curiosa por saber lo que está viviendo, lo que guarda para sí mismo.

—Sabes, estas tarjetas me recuerdan cuántas veces quise decir cosas importantes… Cosas que, al final, por falta de ocasión o de tiempo, nunca llegué a decir… —empiezo.

Nicolás gira la cabeza hacia mí, atento.

—Cuando estamos siempre conectados, todo es inmediato, rápido. Pero no hay profundidad. Aquí, lejos de todo, me doy cuenta de que este tipo de momentos valen mucho más que todas las notificaciones, los «me gusta» y los comentarios del mundo.

No dice nada, pero siento que me escucha.

Seguimos bebiendo nuestro té, y Nicolás empieza a abrirse poco a poco. Me habla de recuerdos de su infancia, de Navidades que fueron alegres, y luego de otras que, después de cierto «evento», fueron mucho menos felices. No entra en detalles sobre la naturaleza de ese «evento», pero entiendo que dejó una huella profunda en él. Lo escucho sin interrumpirlo y me limito a asentir y a animarlo con una sonrisa comprensiva.

—Sabes, a veces me digo que la Navidad solo sirve para recordarnos que aún puede haber esperanza, incluso cuando pensamos que todo se ha perdido —dice finalmente.

Sus palabras me conmueven. Me doy cuenta de que, detrás de su aire distante y un poco indiferente, Nicolás es una persona sensible.

—Tienes razón —digo después de un momento—. Y creo que por eso estamos aquí. Para recordarnos que siempre hay algo que celebrar, incluso, y, sobre todo, en los momentos más sencillos.

Me mira y sus ojos se suavizan un poco.

—Puede ser —dice.

El resto de la tarde transcurre en una atmósfera tranquila. Revisamos las tarjetas y finalmente decidimos ir a dejarlas en el buzón para Papá Noel, junto con la foto. Luego, damos un paseo. La nieve sigue cayendo, y una capa espesa ha cubierto el claro alrededor del chalet. Todo está en silencio.

Caminamos despacio, nuestros pasos se hunden en la nieve, dejando huellas que serpentean entre los árboles. El bosque es magnífico, todo cubierto de blanco, y el aire fresco revitaliza. Respiro profundamente, siento el frío colarse en mis pulmones, pero me sienta bien. Miro a Nicolás, que parece sumido en sus pensamientos. Está mirando el horizonte.

—¿Sabes, Clara? —dice de repente.

—¿Qué? —pregunto.

—Creo que es la primera vez en mucho tiempo que me siento… realmente presente. Quiero decir, sin pensar en el pasado o preocuparme por el futuro… Me sorprende… —dice, mirándome de reojo.

Sonrío, conmovida por su confidencia.

—Me pasa lo mismo. Este chalet tiene algo de mágico, ¿no crees? Es como si todo lo demás ya no importara.

Él asiente con la cabeza.

—Sí. Quizá sea eso, la «magia de la Navidad». Ese algo que todos buscamos, sin saber realmente cómo es.

Seguimos andando. Rodeamos el claro antes de volver al chalet. La nieve cubre nuestra ropa. Al regresar al interior, me siento junto a la chimenea mientras Nicolás se encarga de reavivar el fuego. Las llamas pronto vuelven a danzar, y me caliento.

Cuando cae la noche, Nicolás me propone una idea:

—Mañana, creo que podríamos intentar hacer algo diferente. Me refiero a la actividad. Tal vez, en lugar de solo seguir las instrucciones, podríamos añadirle algo más… personal. Algo que nos represente. O hacer una actividad extra, algo creado por nosotros.

Lo miro, un poco sorprendida, pero también encantada con su iniciativa.

—Me gusta la idea. ¡Y tengo curiosidad por saber qué tienes en mente! —digo.

Él se limita a encogerse de hombros, pero siento que ya está pensando en algo. Seguimos conversando. Hablamos de las cosas simples que nos rodean, del bosque, de la nieve, de las estrellas que quizás veamos esta noche si las nubes se apartan.

La noche cae lentamente y siento una paz profunda. Una sensación que no había sentido en mucho tiempo. Quizá sea esto, el «espíritu de la Navidad», después de todo. Estar aquí, con alguien que está aprendiendo a abrirse, a compartir una parte de sí mismo, y sentir que el mundo, incluso cubierto de nieve, puede estar lleno de pequeñas luces, de destellos que traen calor y esperanza.

Me preparo para subir al piso de arriba, pero antes de retirarme, le doy una última mirada a Nicolás.

—Buenas noches, Nicolás —digo.

Él me responde con una sonrisa.

—Buenas noches, Clara. Hasta mañana.

Subo las escaleras y entro en mi habitación. Al cerrar la puerta tras de mí, siento una calidez y una paz que me invaden. Y sonrío, curiosa y llena de esperanza por los días que vendrán, segura de que esta experiencia apenas comienza…

Cinco de diciembre
20 días para Navidad
Los hombrecitos de jengibre

Hoy, el bosque parece aún más tranquilo. Una gruesa capa de nieve ha cubierto el paisaje durante la noche. Un leve escalofrío me recorre mientras me dirijo hacia la puerta de mi habitación. Bajo y escucho un sonido familiar.

Nicolás ya está en el salón, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja. Me detengo en el último peldaño y lo observo con una sonrisa divertida.

—Sí, Papá Noel, entendido —responde—. Hoy toca hacer hombrecitos de jengibre. Muy bien. Sí, los haremos bien dulces, lo prometo.

Me acerco, con los brazos cruzados sobre el pecho para calentarme un poco. Nicolás levanta la vista y me mira, cuelga el teléfono y me recibe con una sonrisa.

—¿Lista para hacer hombrecitos de jengibre? —pregunta, con un tono algo burlón.

Asiento, intentando ocultar mi duda. En realidad, no es hacer los hombrecitos lo que me preocupa. Es todo lo demás. La idea de pasar un mes completo aquí, lejos de todo, lejos de las pantallas y de las redes sociales, empieza a pesarme. Tengo miedo de no ser lo suficientemente fuerte para resistir la tentación, de no ser capaz de cumplir la promesa que me hice de cambiar, de escapar de mis malos hábitos.

—¿Clara? ¿Estás aquí? —pregunta Nicolás, agitando una mano frente a mi cara.

Parpadeo.

—Sí, perdón —digo, un poco avergonzada—. Bueno, ¿ha pasado Papá Noel esta noche otra vez?

Nicolás señala la caja roja que está junto a la entrada. Me acerco, la abro y descubro los ingredientes y utensilios necesarios para hacer hombrecitos de jengibre: harina, azúcar, especias, cortadores en forma de muñequitos… Hay una receta manuscrita en el centro, escrita con una bonita caligrafía en letra cursiva.

—Ahí está, ¡todo listo! —digo, sacando los distintos elementos de la caja y colocándolos en la mesa.

Nicolás se frota las manos.

—Muy bien, ¡a por el desafío culinario del día! ¿Estás lista para enfrentarte al rodillo de nuevo? —bromea.

Le guiño un ojo y agarro el rodillo entre mis manos.

—Estoy lista para cualquier desafío —digo, tratando de darme valor.

Nos ponemos manos a la obra, pero muy pronto me doy cuenta de que mi mente divaga. No dejo de preguntarme si todo esto tiene algún sentido. Normalmente, las notificaciones, las

historias y los mensajes marcan el ritmo de mi vida, pero aquí todo es tan… tranquilo. Demasiado tranquilo, quizá. Me pregunto si podré realmente acostumbrarme a esta calma.

—Clara, sigues soñando despierta —observa Nicolás.

Sacudo la cabeza e intento concentrarme.

—Lo siento. Sí, lo sé, estoy un poco en las nubes —digo con un suspiro.

—¿Qué pasa? —pregunta, dejando el rodillo sobre la mesa.

Me detengo un instante. Dudo en responder, pero al final me animo:

—Solo me pregunto si seré capaz de aguantar… Siento que este mes debería ayudarme, pero… no sé, me parece complicado —digo, con la voz un poco temblorosa.

Nicolás me observa un momento sin decir nada. Luego se acerca, agarra un poco de harina y me la aplasta en la punta de la nariz.

—¡Eh! —protesto.

—Estás aquí, Clara. Estás aquí, y estás haciendo lo mejor que puedes. No es fácil, lo sé. Pero mira, estamos haciendo hombrecitos de jengibre. ¿Realmente es un problema si te pierdes tal o cual tendencia o los últimos posts en las redes?

Lo miro.

—Tienes razón… —murmuro.

Él sonríe y toma de nuevo el rodillo.

—Vamos, tenemos que hacer los hombrecitos de jengibre —dice.

Volvemos al trabajo. La masa es difícil de manejar y pegajosa. Pero poco a poco, los hombrecitos van tomando forma. Algunos tienen los brazos demasiado cortos, otros las piernas deformes, pero los colocamos todos en la bandeja de horno, orgullosos de nuestras creaciones.

—Bueno, creo que podemos decir que hemos hecho un buen trabajo —declara Nicolás mirando la bandeja.

Tomo la Polaroid y encuadro la escena. Ya es una tradición. Aprieto el botón, el flash se dispara y la imagen emerge lentamente. Nuestras manos cubiertas de harina, la bandeja con los hombrecitos deformes y nuestras sonrisas aparecen en la foto. Tomamos otra foto más.

—Y ahora, fuera, al buzón —digo.

Nos ponemos los abrigos antes de salir. Nos acercamos al buzón y Nicolás introduce la foto en él.

—Sabes, hay algo tranquilizante en esta rutina —dice, con la mirada fija en los árboles cubiertos de nieve.

Me vuelvo hacia él.

—Sí, estoy de acuerdo —respondo—. Quizás es justo lo que necesitamos, algo simple.

Él asiente y luego se vuelve hacia mí.

—Vamos, entremos antes de convertirnos en cubitos de hielo.

Me río y volvemos al chalet, con el corazón un poco más ligero.

Dentro, Nicolás se ocupa de sacar los hombrecitos del horno. El olor a especias inunda el aire y le da al lugar una atmósfera cálida y acogedora.

—Tienen bastante buena pinta, aunque algunos tienen unas caras un poco raras —comenta Nicolás observando nuestras creaciones.

Me acerco y miro los hombrecitos en la rejilla de enfriamiento. Tienen formas irregulares, pero cada uno tiene su encanto.

—Son perfectos porque son únicos —digo.

Empezamos a decorar las galletas con glaseado. Me doy cuenta de que pongo mucho cuidado

al trazar pequeñas caras sonrientes y dibujar botones en sus torsos, como si los conociera. Nicolás, en cambio, se divierte haciéndolos aún más grotescos. Uno de ellos tiene ojos enormes, otro, una sonrisa torcida.

—Ese parece haber pasado por días difíciles —digo señalando el hombrecito de Nicolás.

Él también se ríe, y es la primera vez que lo escucho reír verdaderamente.

Tomamos un plato de galletas y por fin probamos el resultado de nuestro esfuerzo. Durante un momento, nos quedamos en silencio. Pero sigo sintiendo esa duda en mi interior. ¿De verdad podré aguantar un mes aquí, sin mi teléfono, sin Internet?

—Parece que estás en otra parte —observa Nicolás después de un rato.

Lo miro y trato de encontrar las palabras.

—Solo pienso en todo esto —digo, señalando el chalet—. Tengo la sensación de estar un poco… perdida.

—¿Perdida? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Sí. Es como si intentara encontrarle sentido a todo esto. A por qué estoy aquí. ¿Seré capaz de aguantar sin todo lo que antes me daba seguridad? Las redes sociales, los amigos virtuales, las notificaciones, los «me gusta», los mensajes constantes… Esa sensación de estar hiperconectada todo el tiempo… Aquí es todo lo contrario —digo, con la voz un poco débil.

Nicolás guarda silencio un momento, luego deja su taza y se vuelve hacia mí.

—Sabes, Clara, todos estamos un poco perdidos a veces —dice—. Yo tampoco sé realmente por qué estoy aquí. Pero, de vez en cuando, solo hay que aceptar estar en lo desconocido y ver adónde nos lleva…

Lo miro, conmovida.

—Es cierto —digo finalmente—. Quizá este mes sea una oportunidad para descubrir algo distinto. Algo más auténtico.

Nicolás asiente, y una ligera sonrisa aparece en su rostro.

—¿Y si empezamos por disfrutar de las pequeñas cosas, como estos hombrecitos de jengibre que parecen salidos de una película de terror? —bromea.

Me río, y siento que parte de mi ansiedad se desvanece un poco. Quizá todo esto sea más sencillo de lo que quiero creer. Quizá este mes sea una oportunidad para soltar, para aprender a vivir sin la necesidad de estar siempre conectada, sin validación externa, y simplemente estar aquí, en el presente.

Pasamos el resto de la tarde en una dulce ociosidad. La nieve cae en grandes copos afuera, y decido instalarme junto a la ventana, con una manta sobre los hombros. Miro los árboles cubiertos de blanco. Nicolás, por su parte, se ha sentado en uno de los sillones, con un libro que encontró en una de las estanterías del chalet entre las manos.

Al anochecer, Nicolás se levanta de repente y deja su libro sobre la mesa.

—¡Clara, ven! Después de lo que te dije ayer, he estado pensando, ¡y tengo una idea! —exclama, con los ojos brillantes.

Lo miro, intrigada.

—¿Qué idea? —pregunto, estrechando la manta a mi alrededor.

—Vamos a hacer una fogata afuera. Una fogata de verdad, con malvaviscos y todo lo que hace falta —declara—. ¡Vi que había algunos en la cocina!

Me río.

—¿Una fogata? ¡Pero está nevando!

—Precisamente, ¡es mejor aún! —responde, entusiasmado—. ¿Vamos?

Me levanto, contagiada por su energía repentina. Nos preparamos y salimos. El aire frío nos golpea, pero Nicolás no se desanima. Se dirige al cobertizo junto al chalet donde están almacenados la leña y los troncos. Lo ayudo a transportar todo hasta el claro.

El viento sopla ligeramente, y la nieve nos rodea. Nicolás enciende el fuego con sorprendente facilidad. Pronto, una llama baila ante nosotros y proyecta una suave luz sobre la nieve.

Nos sentamos. Cada uno tiene su palo con un malvavisco en la punta. El bosque nos rodea, y el crepitar del fuego nos acompaña.

—Esto es mágico —murmuro, mirando las llamas.

Nicolás asiente.

—Sí, lo es —dice.

Nos quedamos allí un momento. Me doy cuenta de que, a pesar de mis dudas y temores, hay algo valioso aquí. Algo que no se puede encontrar en ninguna otra parte, ni en una pantalla, ni en un «me gusta», ni en una publicación superficial. Algo real.

—Clara —dice de repente Nicolás, rompiendo el silencio.

—¿Sí? —pregunto, girándome hacia él.

—Prométeme que pase lo que pase, no te rendirás —dice con voz dulce, pero seria.

Su petición me sorprende, pero veo sinceridad en sus ojos. Respiro hondo y luego asiento.

—Lo prometo. ¿Y tú, me prometes que seguirás intentando abrirte?

Me mira un instante, luego sonríe.

—Prometido.

Y allí, bajo ese cielo nevado, alrededor de la fogata, me doy cuenta de que esta experiencia no es solo un concurso con una recompensa al final. Es un camino hacia algo nuevo, algo más grande…

Seis de diciembre
19 días para Navidad
Las velas de Navidad

Habitualmente, el crujido del viejo teléfono y la voz de Nicolás respondiendo a Papá Noel me sacan del sueño. Pero hoy, todo está extrañamente silencioso.

Me levanto. Me envuelvo en una manta para protegerme del frío matutino y bajo las escaleras. Al llegar al salón, veo que está vacío. El teléfono está en su base. No hay llamada, ni rastro de Nicolás. Echo un vistazo por la ventana, entrecerrando los ojos para intentar ver afuera, a pesar del sol deslumbrante que se refleja en la nieve. Nada. ¿Dónde se habrá metido?

Justo cuando la inquietud comienza a aparecer, el teléfono suena y me sobresalto. El sonido retumba en el chalet y corro a contestar.

—¡Ho ho ho! Clara, espero que estés lista para un día lleno de luz y aromas. Hoy, junto con Nicolás, van a hacer sus propias velas aromáticas para calentar el entorno de su pequeño chalet. ¡Ho ho ho!

No puedo evitar sonreír. Papá Noel, con su voz áspera y jovial, se ha convertido en una parte familiar de nuestra rutina. Hacer velas parece una actividad mucho menos arriesgada que hacer galletas u hombrecitos de jengibre.

—Entendido, Papá Noel —digo.

Cuelgo y escucho unos pasos detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Nicolás bajando las escaleras, con el cabello despeinado y un aire de ligera somnolencia en la cara.

—Ah, aquí estás —digo, aliviada de verlo—. ¿Dónde estabas?

Bosteza y se pasa una mano por el cabello revuelto.

—Estaba durmiendo —responde, claramente medio dormido aún—. ¿Ha llamado Papá Noel?

Asiento.

—Sí. Hoy vamos a hacer velas aromáticas. Para «calentar el entorno» —repito, imitando la voz de Papá Noel.

Nicolás suelta una ligera risa.

Nos dirigimos a la caja roja de la entrada. Dentro, encontramos todo el material necesario: tarros de vidrio, mechas, trozos de cera y varias botellitas de aceites esenciales. Lavanda, pino, canela, vainilla… Un suave aroma ya se escapa de la caja. Respiro hondo y disfruto del olor reconfortante.

—Huele tan bien —digo, cerrando los ojos un instante.

Nicolás ríe con picardía.

—Estás realmente en el espíritu, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no disfrutarlo? Estamos lejos de todo… Aprovechemos la experiencia.

Noto que Nicolás me observa con una cierta ternura antes de desviar la mirada. Juntos, empezamos a preparar todo lo necesario. Mientras organizamos los tarros y la cera, me doy cuenta de que, al final, quizá no estoy aquí solo para ganar dinero con este concurso. Estas pequeñas actividades me acercan a Nicolás. Nos obligan a comunicarnos, a reírnos de nuestros propios errores.

—¿Alguna vez has hecho velas? —pregunto, echando un vistazo a Nicolás.

Él piensa un momento.

—No, nunca. Pero parece… relajante. Creo.

Sonrío divertida.

—Veremos si somos tan buenos creando luz como haciendo galletas deformes.

Nos ponemos a trabajar. La cera debe fundirse lentamente al baño maría. Nicolás toma la iniciativa y coloca la cacerola en la placa de la cocina. Mientras tanto, yo ordeno los distintos aceites esenciales, eligiendo los que creo que son mejores para combinar entre sí. Opto por una mezcla de lavanda y vainilla, un aroma suave y relajante. Nicolás, por su parte, elige pino y canela.

—¿Por qué pino y canela? —pregunto, curiosa.

Levanta la vista y me mira.

—Es lo que más me recuerda a la Navidad —responde.

Me quedo en silencio un momento, observando los rasgos de su rostro. Parece más relajado que al principio de nuestra estancia, menos cerrado. Cada día, se abre un poco más.

Echo unas gotas de aceite de vainilla en la cera fundida y revuelvo. Un suave aroma se extiende por la habitación.

—Sabes, esto me hace pensar… —digo—. Siento que este concurso es más que una simple cuestión de dinero.

Nicolás me lanza una mirada interrogativa, y continúo.

—Claro, está esa recompensa al final, y en parte eso fue lo que me impulsó a venir. Pero creo que… también es algo más. Algo inmaterial.

Asiente, pensativo.

—Mi madre también me empujó a participar —continúo—. Pensaba que me ayudaría a desconectar un poco de las redes, a tomar distancia. Y creo que tenía razón, aunque no quería admitirlo al principio.

Nicolás asiente con la cabeza y, tras un instante de duda, se abre un poco.

—Mis padres también insistieron. Creían que me ayudaría… a salir de mi rutina, de mi letargo, a enfrentar ciertas cosas… Y además está la promesa que le hice a alguien que fue importante para mí…

Lo escucho atentamente, intrigada. Es la primera vez que se abre tanto.

Le sonrío, llena de comprensión.

—Quizá eso sea crecer. Hacer cosas incómodas, pero que nos ayudan a avanzar —le digo.

Seguimos trabajando en silencio. Una vez que la cera está lista, la vertemos en los tarros de vidrio, colocamos las mechas en el centro y luego esperamos a que las velas se enfríen.

De repente, el teléfono suena, y ambos nos sorprendemos. Frunzo el ceño.

—¿Quién podría ser? —pregunto—. Papá Noel ya ha llamado.

Nicolás se encoge de hombros.

—Quizá una llamada de nuestros padres. Se deben estar preguntando si seguimos vivos —bromea.

Contesto, y la voz de mi madre suena inmediatamente.

—Clara, cariño, ¿cómo estás?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Todo va bien. Estamos… un poco desconectados, como ya sabes, tú tienes mi teléfono, pero todo va bien.

—¿Estás segura? ¿No te aburres demasiado? ¿Tienes suficiente para comer? Papá Noel me aseguró que tenían todo lo necesario, pero sabes que, si en algún momento quieres abandonar todo esto, vendré a buscarte de inmediato, ¿eh? —continúa diciendo ella.

Suspiro ligeramente e intento tranquilizarla.

—Mamá, de verdad, todo va bien. Sí, es diferente, y a veces un poco difícil, pero creo que me está ayudando, como me dijiste. Y además… Nicolás está aquí. Hacemos actividades de Navidad, y cada vez se vuelve más agradable —explico, echando un vistazo a Nicolás, quien me observa en silencio.

Él me saluda con la mano, y yo sonrío.

—¡Ah! ¡Nicolás! —susurra mi madre—. Espero que se lleven bien…

—Sí, mamá —le digo—. No te preocupes, ¿vale? Disfruta de tus días, y hablamos pronto. Te prometo que estoy bien.

—De acuerdo, querida. Confío en ti. Pero recuerda que siempre estoy aquí, ¿eh? Siempre.

Intercambiamos algunas palabras más y luego cuelgo. Nicolás me mira, curioso.

—¿Y bien? ¿Todo bien?

Me río levemente.

—Está preocupada, como siempre. Quería asegurarse de que no había escapado del chalet en medio de la noche o algo por el estilo.

Él sonríe.

—Al menos, le interesa lo que haces. Mis padres simplemente me desearon suerte y me dejaron aquí. Solo me dijeron que sería bueno para mí «salir de mi rutina» —dice, haciendo comillas con los dedos.

Yo asiento y me sonrío.

—A veces nuestros padres son graciosos. Siempre queriendo nuestra felicidad, incluso cuando nosotros mismos no sabemos qué nos haría felices.

Nicolás asiente, y una expresión pensativa cruza su rostro. Después de unos momentos de silencio, se levanta.

—Vamos, ven, a ver si nuestras velas ya están listas.

Volvemos a la mesa del salón y vemos que la cera ha comenzado a endurecerse. El aroma a lavanda y vainilla flota en el aire, mezclado con el toque especiado de la canela y el pino.

—Es increíble cómo estos olores cambian el ambiente —digo.

—Sí —responde Nicolás—. Hace que el lugar sea más… acogedor. Como un verdadero hogar.

De repente, escuchamos que alguien llama a la puerta.

Nos miramos sorprendidos. ¿Quién podría ser?

Nicolás se acerca a la puerta, cauteloso, y la abre despacio. Una ráfaga de aire helado invade el salón, acompañada de algo aún más sorprendente: un perrito blanco, cubierto de nieve, que salta directamente hacia dentro, seguido por una figura familiar. Papá Noel, con su abrigo rojo y

su espesa barba, se encuentra justo detrás, con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Ho ho ho! ¡Buenos días, mis jóvenes amigos! —dice alegremente.

Me quedo boquiabierta ante esta inesperada aparición. Nicolás parece igual de sorprendido.

—¡Vaya, tenemos visita! —exclama Nicolás, con una mezcla de diversión y asombro.

Papá Noel se agacha para acariciar la cabeza del perrito, que mueve la cola con entusiasmo.

—Les presento a Flocon, su nuevo compañero para el resto de su estancia —anuncia Papá Noel, con orgullo—. Pensé que un poco de compañía extra les haría mucho bien. Cuídenlo bien; les traerá mucha alegría y calidez durante este mes. Y verán que también les ayudará a entender la importancia de cuidar a los demás. ¡También les dejo estos sacos de croquetas para alimentarlo bien!

Me agacho para acariciar a Flocon, quien se frota alegremente contra mi mano.

—Así que ahora tenemos un perro —digo, todavía un poco en shock.

Papá Noel ríe a carcajadas y sacude ligeramente su barba nevada.

—Y no olviden, jóvenes, que esta estancia es también una oportunidad para crecer, para reencontrarse. Ya han empezado muy bien, pero recuerden las reglas del concurso: participen en cada actividad, vivan cada instante al máximo, y al final habrá una gran recompensa. Ya han recibido mil euros que les envié a través de sus padres, ¡pero aún hay diez mil euros esperándolos si llegan hasta el final!

Nicolás rápidamente mete la mano en su bolsillo y saca una de las fotos que tomamos antes y que debíamos poner en el buzón. La otra ya está colgada en el tablero de Adviento, junto a las demás, en el chalet.

—Aquí tiene, Papá Noel —dice Nicolás, entregando la foto. La foto de hoy.

Papá Noel toma la foto con una sonrisa de satisfacción.

—¡Ho ho ho! Muchas gracias. También he recogido todas las demás, dice con un guiño.

Levanto las cejas, intrigada.

—¿Cuándo las recoge? —pregunto.

Papá Noel se ríe.

—Paso por aquí durante la noche —nos explica—. Es en ese momento también cuando les dejo todo lo que necesitan para la actividad del día siguiente. Un poco de magia, ¿saben? ¡Ho ho ho!

Miro a Nicolás, que parece tan perplejo como yo.

—Cuiden de Flocon, cuídense mutuamente y diviértanse. ¡Esa es la alegría de la Navidad! —añade Papá Noel antes de darse la vuelta para marcharse.

Lo observamos alejarse en la nieve. Cuando ha desaparecido por completo, llevamos adentro los sacos de croquetas y los recipientes que ha dejado para Flocon, y cierro la puerta.

Nicolás me mira divertido.

—Bueno, supongo que tenemos una nueva misión: hacer este chalet aún más… acogedor con Flocon —dice.

Me río y acaricio a Flocon, que da vueltas a nuestro alrededor todo emocionado.

—Sí. Y, sinceramente, creo que no me molesta para nada.

Siete de diciembre
18 días para Navidad
Los candelabros

Hoy no me despierta el timbre del teléfono ni el ruido de Nicolás respondiendo. Ya es bastante tarde y todo está en silencio.

Bajo las escaleras, mi pijama está algo arrugado, descubro la caja roja esta vez en medio del salón. Papá Noel ha decidido cambiar la rutina, aparentemente. Sonrío ante la idea. Un poco de novedad en nuestra rutina hace bien. La caja está llena de frascos pequeños de pintura, purpurina, tarros de vidrio y velas de té pequeñas. También encuentro una nota, doblada cuidadosamente y con la caligrafía redonda y envejecida de nuestro misterioso bienhechor.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy van a fabricar candelabros para traer luz al chalet. Recuerden que la luz es la guía en los días oscuros del invierno. Dejen que sus almas se expresen en cada candelabro. ¡Ho ho ho!»

Entrecierro los ojos, con la nota aún en las manos. «Dejen que sus almas se expresen»... Suelto una risa ligera. Es casi filosófico, ¡qué mensaje!

Nicolás termina de bajar las escaleras. Le doy la nota para que la lea.

—Papá Noel tiene otra idea poética para nosotros —le digo.

Él toma la nota, la lee, y luego dice, con una expresión divertida:

—«Dejen que sus almas se expresen en cada candelabro»... Está realmente metido muy dentro del «espíritu navideño», ¿no?

Me río levemente y le muestro los tarros, la pintura y la purpurina.

—Prepárate para tener los dedos llenos de brillo el resto del día —le digo con un tono alegre.

Nos sentamos en la mesa del salón y extendemos el material frente a nosotros. Nicolás toma un frasco de pintura azul y lo agita un poco.

—Sabes, si me hubieran dicho que un día iba a empezar mi diciembre con los dedos llenos de brillo, nunca lo habría creído —bromea.

Sonrío. Nicolás se relaja, y eso me hace apreciar aún más estos momentos.

—Probablemente sea la «magia de la Navidad» —susurro—. Ya está empezando a actuar.

Él me lanza una mirada divertida y luego empieza a pintar uno de los tarros, trazando formas simples y geométricas. Por mi parte, elijo un color cálido: un rojo brillante, y añado algunos toques dorados. Poco a poco, los tarros comienzan a tomar forma. Trabajamos en silencio. El fuego chisporrotea en la chimenea.

Cuando me inclino para tomar un pincel, nuestras manos se tocan accidentalmente. Siento el calor de su mano contra la mía, y nuestros rostros quedan muy cerca. Mi mirada se encuentra con

la suya, y por un instante, todo se detiene. Veo asombro en sus ojos. Mi corazón late más rápido. Al final, me río nerviosamente y me retiro un poco.

—Ehm... adelante, tú primero —digo, dejándole el pincel.

Nicolás permanece en silencio un momento, con la mirada fija en mí, luego desvía los ojos.

—Gracias —murmura.

Vuelve a su trabajo, y yo me concentro de nuevo en mis tarros, pero no puedo ignorar la sensación de su piel contra la mía.

Una vez que los tarros están pintados y espolvoreados con purpurina, los dejamos secar junto a la ventana, en un lugar donde la luz natural los calienta ligeramente. Mientras esperamos que todo esté listo, nos sentamos en el sofá. Traigo dos tazas de chocolate caliente. Nicolás me mira y sonríe.

—Chocolate caliente... parece que estamos adoptando una buena costumbre —dice.

—Es la bebida perfecta para el invierno —respondo, encogiéndome de hombros.

Toma un sorbo y deja escapar un suspiro de satisfacción.

—Sabes, ayer, cuando mencioné mi promesa... Creo que me hizo bien hablar de ello —dice.

Asiento con la cabeza y lo escucho atentamente.

—Y hoy, haciendo estas pequeñas actividades, realmente me ayuda a mantener esa promesa. Me ayuda a encontrar una especie de luz... a ver que todavía hay cosas que apreciar.

Dejo mi taza.

—Me alegra escucharlo, Nicolás —digo—. Creo que... creo que estoy orgullosa de ti y feliz por ti.

Él me mira, sorprendido y sonríe.

—Gracias, Clara. Es…muy amable de tu parte.

Le sonrío de vuelta.

—Sabes, yo también empiezo a disfrutar de esta estancia. Al principio, era por el dinero y para desconectarme, pero ahora... creo que se está convirtiendo en algo más.

Veo un brillo en sus ojos, algo dulce y vulnerable. Nos quedamos en silencio un momento, rodeados de una calidez que no tiene nada que ver con el chocolate caliente.

De repente, Flocon, que se había acurrucado cerca de la chimenea, decide venir a meterse entre nosotros. Apoya su cabecita en mis rodillas y me mira con sus grandes ojos brillantes. No puedo evitar sonreír, llena de ternura.

—Ah, Flocon, ¿quieres participar en la conversación tú también? —digo, acariciándole la cabeza.

Nicolás se ríe y extiende la mano para acariciar al perrito también.

—Sabe cómo ganarse el cariño, este pequeñín —comenta.

Nos quedamos así unos minutos, disfrutando de la calma y la compañía de Flocon. Luego, después de un rato, Nicolás se levanta y se dirige a la ventana para revisar los candelabros —Creo que ya se han secado —dice.

Yo también me levanto. Flocon salta detrás de mí. Tomamos los tarros con cuidado y admiramos nuestras obras. Los colores brillan con una suave intensidad, y la purpurina capta la luz que entra por la ventana.

—Deberíamos encenderlos ahora —propongo—. Realmente iluminarían, como en la nota de Papá Noel.

Nicolás asiente, y colocamos las velas de té pequeñas dentro de cada tarro. Cuando todas las velas están encendidas, apagamos las luces del salón y sumimos el chalet en una suave

penumbra, solo iluminado por las llamas titilantes de los candelabros.

El efecto es mágico. La luz se refleja en las paredes del chalet y proyecta formas y colores que danzan. El aire se llena de calidez, y siento una sensación de seguridad y tranquilidad.

—Es hermoso —digo.

Nicolás está a mi lado y también observa los reflejos de los candelabros en las paredes.

—Sí —dice—. Es como si el lugar hubiera tomado una nueva dimensión.

Lo miro. Estar aquí, con él, creando algo juntos, transformando este lugar en un verdadero refugio, me hace mucho bien.

—Gracias, Nicolás —le digo.

Él gira la cabeza hacia mí, sorprendido.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por estar aquí, por todo esto... Por ayudarme a hacer de esta estancia algo realmente especial —confieso.

Él permanece en silencio un momento, luego sonríe.

—Sabes, creo que eres tú quien hace que esta estancia sea especial, Clara.

Mi corazón da un vuelco. Antes de que pueda decir algo, Flocon empieza a ladrar alegremente. Nicolás se ríe y se inclina para tomarlo y lo levanta en brazos.

—Bueno, Flocon, ¡tienes buen sentido del momento! —bromea.

También me río, y el momento se convierte en una alegría ligera y espontánea. Pasamos un rato más observando las luces. Tomamos dos fotos con la cámara Polaroid para inmortalizar nuestro trabajo, una para el tablero de Adviento y la otra para el buzón de Papá Noel, y luego decidimos preparar algo de comer.

En la cocina, improvisamos unas crepas. Nos reímos de nuestros torpes intentos. Nicolás intenta voltear una crepa en el aire. Aterriza a medio camino sobre la estufa y a medio camino sobre su manga.

—Oh, muy bien, maestro de las crepas —bromeo.

Él sacude la cabeza, divertido.

—No es mi especialidad, al parecer —dice.

Finalmente, logramos hacer algunas crepas decentes. Las disfrutamos en el salón, rodeados de la suave luz de los candelabros. Flocon está acostado a nuestro lado, con los ojos medio cerrados. Parece tan relajado como nosotros.

La velada transcurre así, sin nada en particular, pero con esa atmósfera de simplicidad y complicidad que hace que cada instante sea valioso. Hablamos de todo y de nada, de nuestros recuerdos navideños, de los momentos que extrañamos, de las cosas que nos gustaría hacer. Poco a poco, siento que Nicolás me permite entrar en su mundo, que me abre una puerta.

Cuando la noche avanza y estamos listos para irnos a dormir, me vuelvo hacia él.

—Oye, Nicolás, ¿crees que la «magia de la Navidad» es algo… tangible? ¿O es solo lo que decidimos ver y sentir? —pregunto.

Se toma un momento para reflexionar y sonríe finalmente.

—Creo que es un poco de ambas cosas. La magia es lo que decidimos crear, lo que queremos dejar entrar. Como hoy, con los candelabros… o contigo, Clara. La magia también son las personas que conocemos, los momentos que compartimos.

Mi corazón late con fuerza al escuchar sus palabras.

—Buenas noches, Clara —dice en voz baja al levantarse.

—Buenas noches, Nicolás —murmuro.

Se dirige a su habitación, con Flocon siguiéndolo de cerca, y me quedo un momento más admirando los candelabros. Estas pequeñas luces, nacidas de nuestras manos, son el símbolo de todo lo que estamos construyendo aquí, poco a poco.

Ocho de diciembre
17 días para Navidad
El bosque encantado

Esta mañana, es la luz del sol filtrándose por las cortinas la que me despierta. Todo está tranquilo, y parece que reina una atmósfera de paz. Bajo las escaleras, aún envuelta en mi pijama, y descubro a Nicolás apoyado en la mesa del salón con una taza de café en la mano. Flocon está todavía medio dormido, acurrucado a sus pies.

—Buenos días —dice al verme aparecer.

Le sonrío y me acerco para echar un vistazo a la caja roja en la mesa. No puedo evitar notar un detalle: una ramita de pino asoma por un costado de la caja. La acerco hacia mí y, al abrirla, encuentro conos, hojas dispersas, unas bolsas y una nota cuidadosamente doblada. Con esa misma caligrafía redondeada y antigua que ya conocemos tan bien.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy, irán en busca de tesoros del bosque: ramas de pino, piñas y todo lo que la naturaleza tenga a bien ofrecerles. Llévenlos en las bolsas que les he dejado y decoren su chalet. Que cada adorno cuente una historia. ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista e intercambio una mirada divertida con Nicolás.

—Parece que vamos a salir de aventura —le digo.

—Parece que sí —responde con una sonrisa—. Esperemos que no nos pida traer un jabalí la próxima vez.

Me río y sacudo la cabeza.

—Vamos, no debería ser tan difícil, ¿no? Solo un paseíto por el bosque.

Preparo nuestra expedición cuidadosamente, llevo todo lo necesario, me pongo varias capas de ropa abrigada y luego me uno a Nicolás cerca de la puerta. Él también está bien equipado y ya lleva una bufanda y un gorro. Flocon, emocionado, da vueltas alrededor de nosotros y olfatea nuestras botas. Parece entender que vamos a salir.

El aire es fresco y nítido afuera. El suelo está cubierto de una capa de nieve caída recientemente que cruje bajo nuestros pasos. El bosque, detrás del chalet, parece esperarnos tranquilo y majestuoso. La nieve cubre los árboles y los rayos de sol juegan con las sombras. Avanzamos lentamente. Flocon trota alegremente delante de nosotros y olfatea cada arbusto y cada árbol.

—Entonces —digo—, ¿qué estamos buscando exactamente? Ramas de pino… ¿y qué más?

—Piñas —responde Nicolás, señalando el suelo con la mano—. Como esas.

Bajo la vista y, efectivamente, varias piñas de pino están esparcidas sobre la nieve, algunas

están medio enterradas. Me agacho para recoger una y la sacudo para quitarle la nieve que tiene pegada. Nicolás me mira con una sonrisa divertida.

Caminamos un poco más y recogemos algunas ramas caídas aquí y allá. Flocon nos sigue de cerca y a veces corre hacia adelante para luego regresar con entusiasmo. Nicolás levanta una gran rama cubierta de musgo y la muestra con aire triunfante.

—¿Crees que podemos ponerla sobre la chimenea? —pregunta.

Inclino la cabeza, evaluando la rama en cuestión.

—¿Por qué no? —digo—. Estoy segura de que le dará un toque… rústico —añado riendo.

Continuamos nuestra exploración y nos adentramos un poco más en el bosque. La atmósfera es particular, encantada. Cada ruido parece amplificarse. Cada paso resuena levemente. La naturaleza nos envuelve.

Después de un rato, Nicolás se detiene con una sonrisa en los labios.

—Oye, mira eso —dice, señalando un claro frente a nosotros.

Me acerco. La nieve ha formado una alfombra. Ramas de pino han caído en círculos y el lugar parece un pequeño escondite.

—Deberíamos hacer una pausa aquí —digo—. Simplemente disfrutar del momento.

Nicolás asiente y nos sentamos en una gruesa rama. Flocon se instala entre nosotros, y su pelaje blanco se funde con la nieve a nuestro alrededor. Saco un termo de té caliente de mi mochila y se lo tiendo a Nicolás, quien lo recibe con una sonrisa.

—Parece que lo tienes todo previsto —dice, dando un sorbo.

—Bueno, lo intento —respondo, encogiéndome de hombros—. Es agradable, ¿no? Estar aquí.

Nicolás mira a su alrededor, contempla los árboles que nos rodean y luego fija sus ojos en mí.

—Sí, es realmente agradable —responde—. Es como un paréntesis fuera del tiempo.

Asiento con la cabeza. Es exactamente lo que siento. Un paréntesis que, de alguna manera, me permite reflexionar sobre lo que realmente importa.

Después de un momento, decidimos regresar al chalet, con los brazos y las bolsas llenas de ramas y piñas. Flocon ladra alegremente y, de vez en cuando, Nicolás cuenta alguna anécdota divertida. Eso me hace sonreír.

Ya en el chalet, dejamos nuestra cosecha sobre la mesa del salón. Nicolás enciende rápidamente un fuego para calentarnos, y este crepita en la chimenea. El olor a leña quemada llena el aire. Nicolás se estira, y noto satisfacción en sus ojos.

—Vamos, es hora de transformar todo esto en decoraciones —digo.

Nicolás agarra una rama de pino y la sostiene frente a él, mirándola de manera crítica.

—Sabes, no estoy seguro de tener un talento especial para la decoración, pero… voy a intentarlo.

Sonrío.

—¡Ese es el «espíritu navideño», Nicolás! Hacemos lo mejor que podemos, aunque no seamos perfectos.

Él asiente y empieza a colocar las ramas sobre la chimenea mientras yo trabajo en hacer una corona. Flocon, por su parte, está decidido a participar y, de vez en cuando, agarra una rama y la lleva a un rincón del salón. Eso nos hace reír.

El tiempo se nos pasa volando. Las horas transcurren en un ambiente de buen humor y ligereza. Cuando terminamos, el chalet tiene una atmósfera completamente nueva. Las ramas de pino colocadas alrededor de la chimenea aportan un toque natural, y las piñas, situadas sobre la mesa y las estanterías, añaden un toque aún más rústico. Tomamos dos fotos de nosotros y

nuestras decoraciones: una para el tablero de Adviento y otra para el buzón de Papá Noel.

Contemplo nuestro trabajo con una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, creo que hemos hecho un buen trabajo —digo.

Nicolás se coloca a mi lado y observa nuestra obra.

—Sí. Empieza a parecer una verdadera Navidad —dice.

Giro la cabeza. Él tiene un aspecto sereno, en calma.

Nicolás me mira directamente a los ojos y sonríe un poco.

—Sabes, Clara, debo admitir que realmente estoy empezando a disfrutar estos momentos —dice Nicolás—. No es solo el ambiente o el lugar… también es el hecho de compartirlos contigo.

Mi corazón da un vuelco. Es tan directo y sincero que no sé qué responder. Siento cómo mis mejillas se sonrojan. Desvío la mirada y fijo mis ojos en las ramas sobre la chimenea.

—Yo también siento eso —digo finalmente—. Me hace bien.

Se instala un silencio, interrumpido solo por el crepitar del fuego y los leves ladridos de Flocon, que ha encontrado algo para masticar en un rincón del salón. Nicolás se acerca a la chimenea y arregla una rama que parece a punto de caerse. Luego, sin girarse, dice:

—Este concurso… es mucho más que una cuestión de dinero, ¿no?

Levanto la vista hacia él. Yo también he sentido eso en estos últimos días, esta sensación de que aquí está en juego algo más profundo.

—Sí —respondo, acercándome a él y colocando mis manos sobre el borde de la chimenea, junto a las suyas—. El dinero, al principio, era importante. Pero ahora, cada vez lo es menos. Lo que importa es… todo esto, creo. Todo lo demás.

Él gira la cabeza hacia mí. Nuestros rostros están a solo unos centímetros de distancia. Nuestras miradas se encuentran. Por un instante, parece que el mundo exterior no existe, que lo único que importa somos nosotros dos, aquí, en este chalet, en este refugio.

Pero Nicolás termina por apartar la mirada. Se yergue, frota sus manos una contra la otra y luego se agacha para tomar a Flocon.

—Vamos, Flocon, vamos a darte algo más para masticar —dice con una sonrisa.

Suspiro interiormente y no puedo evitar sentir una pequeña punzada de decepción. Pero lo entiendo. Todo esto es aún nuevo, incluso para mí, y Nicolás parece aún más reservado. Probablemente tiene sus razones, su pasado, del que solo ha compartido fragmentos. Decido darle tiempo y respetar este ritmo que es el nuestro.

La noche avanza. Nicolás propone hacer una sopa para la cena, una receta sencilla que recuerda haber hecho con su madre. Mientras él prepara las verduras, me quedo a su lado, observándolo. El cuidado que pone en cada gesto me inspira. La manera en que corta las zanahorias y añade una ramita de tomillo aquí, un poco de sal allá, me fascina. Me recuerda a la preparación del chocolate caliente, esa misma precisión, esa misma ternura que parecía poner en cada detalle.

—Eres realmente bueno en esto —digo finalmente—. La cocina, quiero decir.

Él sonríe sin mirarme, concentrado en lo que hace.

—Mi madre me enseñó algunas cosas. A ella le gusta hacer que cada momento sea especial, especialmente en Navidad. La cocina, los olores, las pequeñas cosas que prepara… Hace que todo sea mágico.

Yo asiento con la cabeza.

Después de un rato, nos sentamos frente a la chimenea, con la sopa humeante entre las manos. El calor del fuego nos envuelve. Comemos en silencio, disfrutando cada cucharada.

Luego, una vez terminada la cena, Nicolás se levanta, su taza de sopa vacía en la mano.

—Clara, tengo una idea —dice de repente, con los ojos brillantes.

Lo miro, intrigada.

—¿Otra idea? ¿Qué idea?

Él sonríe y mira hacia la caja roja que aún está sobre la mesa.

—Podríamos crear una nueva tradición. Usar estas piñas de pino y hacer de ellas una especie de… amuletos de la suerte. Cada año, podríamos decorar uno nuevo y añadirlo a nuestra colección. ¡Podemos empezar ahora!

Parpadeo, sorprendida por la propuesta. Es como si Nicolás viera este momento no solo como un instante compartido aquí y ahora, sino también como algo que podría continuar más allá de este concurso, más allá de este invierno.

—Es una gran idea —digo, con la voz un poco temblorosa.

Nos ponemos manos a la obra y creamos amuletos de la suerte con las piñas de pino. Los decoramos con lo que nos queda de purpurina y pintura. Cada uno hace su amuleto.

—El tuyo es realmente bonito —dice Nicolás mientras lo observa—. Has puesto mucho dorado… es festivo.

—Es la temporada, ¿no? —respondo.

Él asiente, luego me tiende su piña.

—Y aquí está el mío. Sencillo, pero efectivo.

Tomo su piña en mis manos y la examino con una sonrisa.

—Es perfecto tu amuleto —digo.

Siento que hay algo importante en este simple intercambio, en estos objetos que hemos creado juntos. Tal vez una promesa silenciosa de que estos momentos son valiosos y de que permanecerán con nosotros, sin importar lo que el futuro nos depare.

Nicolás se incorpora y mira a su alrededor.

—Creo que deberíamos colgarlos en algún lugar. En un lugar especial.

Asiento, y decidimos colgarlos cerca de la chimenea, donde la luz de los candelabros se refleja en la pared. Es perfecto. Tomamos nuevas fotos con la cámara Polaroid. Luego, nos quedamos allí, admirando lo que hemos creado juntos.

Es tarde, pero no tengo ganas de que este momento termine. Así que, cuando Nicolás se sienta nuevamente junto al fuego, hago lo mismo, tomo una manta y la coloco sobre nuestras piernas.

Y así es como termina el día, con el calor de la chimenea, rodeados de nuestras creaciones, con Flocon dormido a nuestros pies.

Nueve de diciembre
16 días para Navidad
La pequeña fiesta de Navidad

El día comienza tranquilamente en el chalet. Me quedo un rato bajo el calor de la manta, disfrutando de la calma de la mañana. Los días aquí tienen una forma única de transcurrir. Cada mañana trae una nueva sorpresa, un nuevo desafío por afrontar.

Cuando finalmente escucho el sonido familiar del teléfono sonando en el salón, me levanto con una sonrisa. Es hora de descubrir nuestra misión del día.

Bajo las escaleras y veo a Nicolás. Flocon salta alegremente a su alrededor. Nicolás sostiene el teléfono en una mano mientras acaricia al perro con la otra.

—Sí, Papá Noel, estamos listos —dice con una ligera risa—. ¿Qué tienes planeado para nosotros hoy?

Me acerco, curiosa, y Nicolás me hace señas para que espere. Escucha atentamente las instrucciones de Papá Noel y luego asiente con la cabeza.

—Muy bien, una pequeña fiesta de Navidad, entendido. Lo haremos lo mejor posible —responde antes de colgar y mirarme con una sonrisa divertida.

—¿Entonces? ¿Qué debemos hacer hoy? —pregunto, impaciente.

—Organizar una pequeña fiesta de Navidad —responde él—. Decoraciones, música y todo lo que conlleva. Papá Noel quiere que creemos un ambiente festivo para nosotros, para celebrar un poco el «espíritu de Navidad».

Siento una oleada de alegría al escuchar la idea.

—¡Una fiesta solo para nosotros! —digo sonriendo—. Puede ser realmente divertido, ¿no?

Nicolás se encoge de hombros, pero veo un destello de emoción en sus ojos.

—Sí, es algo diferente a las manualidades y las galletas —bromea—. Vamos, veamos qué podemos hacer con el día de hoy.

Empezamos a explorar los recursos disponibles en el chalet. La caja roja, como siempre, está allí para ayudarnos. En su interior encontramos guirnaldas de papel, velas de colores e incluso bolas de nieve pequeñas.

Nicolás me mira, con las guirnaldas en la mano.

—Bueno, supongo que tendremos que colgar esto en algún lugar —dice con una sonrisa irónica.

—¡Absolutamente! Y también necesitamos música —añado—. ¿Recuerdas ese viejo reproductor de casetes que encontramos?

Él asiente y se dirige al armario para recuperarlo. Elijo una cinta en la que está escrito «Villancicos» en letras desvaídas y la coloco en el reproductor. Las primeras notas de una vieja

canción de Navidad llenan la habitación, con un leve crujido, lo que añade un encanto especial al ambiente.

Colgamos las guirnaldas en las paredes del salón. Las fijamos en las estanterías y en los marcos de las ventanas. Flocon nos sigue con entusiasmo, olfateando cada nueva decoración. Su colita no para de moverse. Nicolás, concentrado, intenta colocar una guirnalda alrededor de la chimenea, pero esta se desliza continuamente y se niega a mantenerse en su sitio.

—Espera, déjame ayudarte —digo, acercándome a él.

Nos encontramos los dos junto a la chimenea. Nuestras manos se rozan mientras intentamos fijar la guirnalda. Hay un momento de pausa en el que nuestras miradas se cruzan, y siento que mi corazón se acelera. Puedo ver en los ojos de Nicolás una duda, como si quisiera decir algo, pero no se atreviera.

Finalmente, aparta la mirada una vez más y vuelve a concentrarse en la guirnalda.

—Listo, creo que ahora debería quedarse en su sitio —murmura.

Asiento. Intento esconder la decepción que siento crecer dentro de mí. ¿Cuándo se decidirá?

Tras terminar de decorar el salón, nos dirigimos a la cocina. Una fiesta no estaría completa sin algo para picar. Nicolás propone preparar unas galletas de mantequilla, una receta que encontró en un viejo libro de cocina que había en una estantería del chalet.

—¿Estás seguro de que quieres meterte en eso? —pregunto riendo—. ¿Recuerdas a nuestros hombrecitos de jengibre?

Él sonríe.

—Sí, lo recuerdo. Pero hoy me siento con ánimo para el desafío. Y, además, solo son galletas de mantequilla. Difícilmente podamos fallar, ¿no?

Saca los ingredientes del armario y nos ponemos manos a la obra. La harina, el azúcar, la mantequilla… todo está listo para mezclarse. Mientras Nicolás se ocupa de la masa, yo me encargo de preparar un glaseado sencillo para decorar las galletas cuando estén listas.

Se escucha la música de fondo, y me siento cada vez más sumergida en el espíritu navideño. El calor del horno llena la habitación, y el olor a mantequilla y azúcar comienza a expandirse. Flocon, acostado cerca de la chimenea, parece disfrutar también del ambiente tranquilo y festivo.

Trabajamos codo a codo, a veces en silencio, a veces bromeando. El contacto de nuestros hombros, las sonrisas intercambiadas, las miradas prolongadas… Hoy todo parece tan natural. Hay una complicidad que se ha instalado entre nosotros, un lazo que se fortalece cada día.

Cuando las galletas están listas y ya se han enfriado, las decoramos. Nos reímos de las formas irregulares y de los diseños torpes que dibujamos con el glaseado. Algunas galletas están realmente bien hechas; otras, mucho menos, pero no importa.

Después de ordenar la cocina, volvemos al salón, donde el ambiente tiene realmente algo mágico. La luz de las velas ilumina la habitación y las guirnaldas añaden un toque alegre.

—Bueno, creo que solo nos falta una cosa para que la fiesta esté completa —digo, con una sonrisa pícara en los labios.

Nicolás me mira con curiosidad.

—Ah, ¿sí? ¿Qué nos falta?

—¡Bailar, por supuesto! —respondo riendo—. Vamos, no se puede tener una fiesta sin bailar.

Sacude la cabeza, divertido, pero veo curiosidad en sus ojos.

—¿En serio? ¿De verdad quieres bailar aquí, en este salón?

Asiento con entusiasmo.

—Claro que sí. Es Navidad, tenemos la música, las decoraciones, todo lo necesario. Vamos,

solo un baile. Por diversión.

Él parece dudar, pero finalmente se encoge de hombros.

—De acuerdo, pero te advierto, no soy un gran bailarín —dice.

Me acerco al viejo reproductor de casetes y adelanto la cinta hasta encontrar una canción más suave, una melodía de Navidad lenta y melancólica, perfecta para un baile tranquilo. Me vuelvo hacia Nicolás y extiendo mi mano hacia él.

—Ven —digo en voz baja.

Él toma mi mano, y la emoción me invade. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, y lo llevo al centro del salón, donde la luz de las velas es más intensa. Nos colocamos uno frente al otro, y pongo mi mano sobre su hombro, mientras él coloca su mano en mi cintura.

Nicolás y yo empezamos a movernos lentamente. Seguimos la melodía que colma el chalet. Es un momento conmovedor. El calor de sus manos, la luz tenue que nos rodea, la música que nos envuelve… parece que todo se detiene.

Siento la mirada de Nicolás sobre mí y levanto los ojos para encontrarme con la suya. Me observa con intensidad. Tengo la impresión de descubrir una parte de él que normalmente mantiene oculta.

—Clara —murmura, su voz baja se pierde en la música.

—¿Sí? —respondo.

Parece dudar, sus labios se aprietan un instante y luego sonríe. Es una sonrisa ligera y un poco triste.

—Gracias por todo esto… —dice.

Siento un impulso de afecto y una inmensa ternura hacia él. Este concurso, este chalet… es mucho más que una simple prueba con actividades diarias. Es un viaje, un camino que recorremos juntos, y que se vuelve cada vez más importante para mí a cada instante.

—Yo también me alegro de estar aquí —digo finalmente.

Seguimos bailando. Nuestros pasos son lentos y un poco torpes. Me acerco un poco más a él y apoyo mi cabeza en su hombro. Él no dice nada, pero siento que se relaja, y sus brazos se estrechan alrededor de mí en un gesto protector que me llena el corazón.

Cuando la canción termina, me alejo un poco y tomo la Polaroid que está sobre la mesa.

—Creo que es el momento perfecto para un recuerdo —digo.

—Sí, de acuerdo —responde Nicolás.

Posamos uno al lado del otro, con sus brazos alrededor de mi cintura, y disparo la cámara. La imagen se desarrolla lentamente, y la miramos juntos. Los contornos de nuestras siluetas aparecen bajo la suave luz de las velas. Tomamos una segunda foto para Papá Noel.

—Este es un momento que quiero conservar —digo.

Nicolás me mira y asiente.

—Yo también —responde.

Nos quedamos allí, inmóviles, el uno junto al otro. Disfrutamos de este momento. Flocon, que hasta ahora dormía plácidamente junto a la chimenea, se levanta y ladra alegremente. Nicolás ríe y se aleja un poco.

—¡Parece que Flocon también quiere participar en la fiesta! —dice, lanzándome una mirada cómplice.

Me río y me inclino para acariciar al perrito que se mueve con entusiasmo entre nosotros.

—Tal vez quiera que juguemos con él —digo.

Nicolás asiente, luego agarra una pelota pequeña que Papá Noel había dejado para Flocon y

que estaba tirada cerca.

—Vamos, Flocon, ¡muéstranos tus habilidades! —exclama, lanzando suavemente la pelota al otro lado de la habitación.

Flocon se lanza, muy emocionado, y pasamos unos minutos jugando con él. Nos reímos de las piruetas que hace para atrapar la pelota. El ambiente es ligero y alegre.

Después de un rato, Nicolás se sienta en el sofá, con Flocon acurrucado a su lado y aún con la pelota en la boca.

—Sabes, Clara —dice—, creo que es la primera vez en mucho tiempo que realmente siento el «espíritu de la Navidad».

Me vuelvo hacia él, sorprendida.

—¿Cómo dices? —pregunto.

Él baja la mirada hacia Flocon y acaricia delicadamente su pelaje blanco.

—Antes… Navidad era sobre todo un momento que pasaba con… alguien a quien quería mucho. Alguien que ya no está aquí —dice, mientras su voz se quiebra ligeramente.

Permanezco en silencio.

—Cuando esa persona se fue —continúa—, fue como si todo lo que hacía la Navidad especial hubiera perdido su sentido. Las decoraciones, la música, la alegría… todo parecía tan vacío, tan inútil. Pero hoy, aquí, contigo, es diferente… Siento algo. Quizás no exactamente la misma magia que antes, pero… algo parecido. Y me hace bien.

Siento un nudo en el corazón. Me acerco al sofá, me siento junto a él y pongo delicadamente mi mano sobre su brazo.

—Gracias por compartir esto conmigo —le digo—. Me alegra que aquí te sientas un poco mejor. La Navidad puede ser… difícil a veces, y arrastrar recuerdos. Pero creo que es precisamente en esos momentos cuando es importante recordar lo que realmente importa.

Él levanta la vista y me mira.

—Sí, tienes razón —murmura.

Nos quedamos así, sentados uno junto al otro, con la música navideña de fondo. Flocon duerme entre nosotros. El fuego crepita en la chimenea. El chalet está envuelto en una atmósfera de calidez y consuelo, y me doy cuenta de que estos momentos, estos instantes compartidos, son los que quedarán grabados en mí, mucho más allá del concurso y del premio.

La noche avanza, y al cabo de un momento, Nicolás se levanta.

—Espera —dice—, tengo una idea.

Lo miro, sorprendida, mientras se dirige hacia la caja roja y saca un sobre blanco pequeño. Me lo tiende con una sonrisa.

—Es un regalo —dice—. Para ti.

Lo tomo, sorprendida.

—¿Un regalo? Pero… yo no tengo nada para ti —digo, algo avergonzada.

Él sacude la cabeza.

—No es gran cosa. Es solo… un recuerdo, algo que encontré aquí y que me hizo pensar en ti.

Miro el sobre, curiosa, y lo abro con cuidado. Dentro encuentro una foto, una vieja imagen en blanco y negro. Representa a una joven de pie frente al chalet, con una sonrisa radiante en el rostro. Lleva una corona de ramas de pino en la cabeza.

—Es… preciosa —digo, emocionada—. ¿Quién es?

—Creo que es una de las antiguas ocupantes de este chalet —responde él—. Cuando la encontré, pensé que se parecía un poco a ti. Esa alegría, esa sonrisa… algo que me hace pensar

en ti.

Me quedo en silencio un instante, conmovida por el gesto.

—Gracias, Nicolás —digo—. Es realmente muy amable de tu parte.

Él sonríe y vuelve a sentarse a mi lado. Nuestras espaldas se rozan.

—Creo que este chalet tiene una historia —dice él—, y creo que nosotros estamos escribiendo nuestro propio capítulo en ella.

Yo asiento con la cabeza.

—Sí, y creo que es una historia hermosa —murmuro.

Miramos la foto, iluminados por la suave luz de las velas y el fuego. Nuestra pequeña fiesta de Navidad improvisada está lejos de ser perfecta, pero es verdadera, sincera, y eso es lo que la hace única…

Diez de diciembre
15 días para Navidad
Los jerséis de Navidad

Me despierto con el sonido de una suave melodía, algo delicado que flota en el aire. No es el tono estridente habitual del viejo teléfono. Me quedo un momento acostada, escuchando y tratando de entender de dónde proviene ese sonido. Parece una caja de música, con notas cristalinas que resuenan en el silencio del chalet.

Intrigada, salgo de la cama y me pongo rápidamente un par de calcetines gruesos y un cárdigan antes de bajar las escaleras. Descubro a Nicolás de pie en el salón, con el ceño fruncido, examinando una caja pequeña sobre la mesa. Flocon está echado a sus pies, con las orejas erguidas, también visiblemente cautivado por ese extraño sonido.

—¿Qué es eso? —pregunto, aún medio dormida.

Nicolás me mira y se encoge de hombros, perplejo.

—Ni idea —responde—. Empezó a sonar sola esta mañana. Supongo que es otra sorpresa de Papá Noel.

Me acerco y reparo en la nota que está atada a la caja. La letra es familiar, esa misma letra redonda y envejecida que vemos cada día.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy he pensado que un poco de novedad no les vendría mal. Aquí tienen una caja de música mágica. Contiene una melodía que los acompañará durante el día y que, cuando se detenga, revelará la actividad del día. Guárdenla con cuidado y escúchenla con atención. ¡Ho ho ho!»

Termino de leer la nota en voz alta y la dejo de nuevo sobre la mesa. Nicolás me observa incrédulo.

—Entonces, si entiendo bien, hoy tenemos un DJ privado que nos anuncia la actividad —bromea.

Me río.

—Sí, parece que sí. Es original, tengo que admitirlo. Me pregunto qué nos anunciará…

Nicolás asiente y se dirige a la cocina.

—Mientras tanto, creo que un café no vendría mal —dice—. ¿Quieres una taza?

—Oh, sí, por favor —respondo, sentándome a la mesa. Escucho la melodía, fascinada. Es tan suave, tan envolvente.

Unos minutos después, Nicolás regresa con dos tazas de café. Nos sentamos frente a la caja de música y dejamos que continúe con su misteriosa melodía. La mañana transcurre tranquila. Flocon, por su parte, parece haber decidido que la caja no presenta ningún peligro y se ha vuelto

a dormir a nuestros pies.

Mis ojos se posan en el tablero de Adviento colgado en la pared. Me levanto, con la taza de café en la mano, y me acerco a él. Todas las fotos tomadas en estos días están colgadas allí, y sonrío al mirarlas. Cada día, una nueva imagen, un nuevo recuerdo. Algunas fotos me hacen reír, otras me emocionan.

—Mira todo lo que ya hemos hecho —le digo a Nicolás, que se acerca detrás de mí—. ¡Hemos hecho tantas cosas!

Se coloca a mi lado y observa las imágenes.

—Es verdad —dice—. Cuando ves todo esto, toma otra dimensión. Realmente muestra el camino que hemos recorrido.

Asiento con la cabeza, y un sentimiento extraño me invade. Una mezcla de orgullo y tristeza. Me encantaría poder compartir estas fotos con mis amigos en las redes sociales. Ya imagino los comentarios, las reacciones. Una parte de mí lamenta no tener mi teléfono para capturar estos momentos, para mostrarlos al mundo.

—Siento una especie de vacío —digo finalmente en voz baja—. Me gustaría estar conectada y poder compartir esto con mis amigos. Me habría gustado publicar estas fotos en las redes, contar lo que estamos haciendo…

Nicolás gira la cabeza hacia mí y me mira a los ojos.

—Es cierto que aquí es diferente, sin toda esa tecnología —dice—. Pero, ¿sabes? Creo que eso es lo que hace que estos momentos sean tan únicos. Los vivimos realmente, sin «filtro», y nunca mejor dicho.

Lo escucho y me calmo. Tiene razón. Estos momentos tienen algo especial precisamente porque no se comparten. Porque nos pertenecen solo a nosotros. Le sonrío.

Él me devuelve la sonrisa, y nos quedamos allí un momento, frente al tablero de Adviento, observando nuestros recuerdos colgados en la pared. Entonces, de repente, la melodía de la caja de música se detiene y el silencio invade el chalet. Nos giramos y nos acercamos a la mesa.

Nicolás abre la caja pequeña. Dentro, encuentra una nueva nota, cuidadosamente doblada. La abre y la lee en voz alta.

«Hoy, queridos amigos, les propongo una competición divertida: ¡confeccionen los jerséis navideños más graciosos que puedan imaginar! Sean creativos y den rienda suelta a su imaginación festiva. ¡Buena suerte! ¡Ho ho ho!»

No puedo evitar reír al escuchar esto.

—¿Jerséis de Navidad? ¡Es genial! ¡Va a ser muy divertido!

Nicolás se incorpora, con una sonrisa pícara.

—No estoy seguro de tener mucho talento para esto, pero lo intentaré. Vamos, vamos a ver qué nos ha dejado en la caja roja.

Nos dirigimos a la entrada, donde la caja roja nos esperaba. Dentro, encontramos unos jerséis corrientes, trozos de fieltro, pompones, purpurina, cascabeles y todo lo necesario para transformar estos jerséis en verdaderas obras maestras… o en desastres absolutos.

—Oh, ¡esto va a ser épico! —digo.

Nos instalamos en la mesa del salón con todo el material y comenzamos a trabajar. Nicolás, concentrado, agarra un jersey verde y empieza a coserle cascabeles, mientras yo me dedico a transformar el mío en un verdadero espectáculo navideño. Pompones, purpurina y fieltro en forma de árboles de Navidad, no me privo de nada.

El tiempo pasa y el chalet se llena de nuestras risas. Nicolás intenta coser un cascabel, pero no se queda en su lugar. Eso lo desespera.

—¿Por qué no se queda quieto? —exclama, exasperado.

—Quizás porque nunca has cosido en tu vida —le digo, riendo—. Déjame ayudarte.

Me acerco a él, me inclino y sostengo el cascabel en su lugar mientras él pasa la aguja. Nuestras manos se rozan, nuestras miradas se encuentran. Él sonríe.

—Gracias —murmura.

—De nada —digo, volviendo a mi lugar.

Seguimos trabajando, y finalmente, nuestros jerséis están listos. El mío es rojo, cubierto de purpurina, arbolitos de fieltro y pompones multicolores. El de Nicolás es verde, adornado con cascabeles y muñecos de nieve pequeños hechos de fieltro. Es… tan gracioso, pero ese es precisamente el objetivo.

—Bueno, creo que podemos decir que hemos cumplido nuestra misión —digo riendo, admirando nuestras creaciones.

—Sin duda —responde Nicolás—. Creo que nunca había visto algo tan gracioso en mi vida.

Nos ponemos los jerséis y decidimos hacer nuestra sesión de fotos habitual con la Polaroid. Una foto para el tablero de Adviento, otra para el buzón de Papá Noel. Posamos de manera exagerada y reímos en cada momento.

A veces pienso en mi teléfono, en todo lo que podría haber compartido en las redes. Pero al mismo tiempo, me doy cuenta de que estos recuerdos son aún más valiosos precisamente porque son secretos, o casi...

—Venga, nos merecemos una recompensa después de todo esto —digo mientras me dirijo a la cocina—. ¿Qué podríamos preparar?

Nicolás me sigue, con Flocon detrás.

—¿Qué tal otro chocolate caliente? —propone.

—Perfecto, aprobado.

Preparamos nuestro chocolate caliente, añadiendo crema batida y malvaviscos pequeños. Luego nos instalamos junto a la chimenea y saboreamos cada sorbo.

Nicolás y yo nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad del chalet. Flocon, tumbado junto a la chimenea, duerme con la cabeza apoyada en sus patas.

—Sabes —empieza Nicolás después de un momento—, tengo la sensación de que cada día aquí estamos creando recuerdos que nunca podré olvidar. Estos jerséis, por ejemplo. Jamás habría imaginado hacer algo tan ridículo, y mucho menos disfrutarlo tanto.

Me río y me acomodo un poco más en el sofá.

—Yo tampoco. Debo admitir que, aunque al principio no estaba muy entusiasmada con la idea de venir aquí, creo que al final fue una buena decisión. Quiero decir... míranos. Estamos en un chalet perdido en medio de la nada, bebiendo chocolate caliente con jerséis navideños graciosísimos, y nos encanta. ¿Quién lo habría imaginado?

Nicolás gira la cabeza hacia mí y me sonríe.

—Sí. Es cierto que tiene algo... especial.

Nos quedamos así, hablando de todo y de nada, con el sabor dulce del chocolate en la boca. El fuego nos calienta los pies. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero el sol empieza a ponerse.

Cuando la jornada está llegando a su fin, un ruido extraño nos hace sobresaltarnos. Es un sonido agudo, cristalino, parecido al de un cascabel. Nicolás se yergue y frunce el ceño.

—¿Oíste eso? —pregunta.

Yo asiento y me levanto lentamente.

—Sí, fue raro. Parecía un cascabel... Venía de afuera, ¿no?

Intercambiamos una mirada antes de dirigirnos a la puerta de entrada. Nicolás la abre con cuidado y una ráfaga de viento helado entra en el chalet. La nieve cubre el jardín, y la luz del crepúsculo tiñe todo el paisaje de un tono azulado. Escudriñamos los alrededores, buscando el origen del sonido, pero no hay nada más que el silencio y la nieve que cae lentamente.

—Quizás solo fue el viento —digo.

Nicolás asiente, pero su mirada sigue fija en el bosque que rodea el chalet.

—Tal vez... o tal vez sea otro truco de Papá Noel.

Sonrío y cierro la puerta. Es extraño, sin duda, pero decido no preocuparme demasiado. Nicolás parece más intrigado, pero finalmente se encoge de hombros.

—Venga, voy a preparar algo de comer —propone—. ¿Qué te parece unos bocadillos de jamón y queso tostados en la chimenea? Tenemos todo lo que necesitamos.

Mi rostro se ilumina. La idea es perfecta. Es una comida sencilla, reconfortante, y el hecho de prepararla junto a la chimenea añade un toque que me gusta mucho.

—¡Me parece genial! Podríamos incluso usar el pan que sobró de esta mañana —digo mientras voy a buscar los ingredientes.

Nos dirigimos a la cocina, donde reunimos todo lo necesario: pan, jamón, queso, mantequilla... Nicolás calienta una sartén sobre las brasas de la chimenea mientras yo unto mantequilla en las rebanadas de pan. El aroma del queso derritiéndose pronto se mezcla con el olor de la leña. Todo esto crea un ambiente cálido y acogedor.

—Me recuerda un poco cuando hago fogatas —dice Nicolás, sonriendo—. Pero debo decir que es la primera vez que preparo bocadillo así.

Me río y admiro la escena.

—A mí me recuerda las noches de invierno cuando mi madre preparaba platos sencillos y reconfortantes —digo—. Siempre dice que lo importante no es la dificultad de la receta, sino compartir la comida con las personas adecuadas.

—Creo que tiene razón —responde Nicolás.

Terminamos de preparar los bocadillos y nos sentamos a degustarlos. Flocon se acomoda a nuestros pies, expectante. Sin duda, espera algunas migas. El primer bocado es delicioso, crujiente.

—Está realmente bueno —digo, todavía con la boca llena—. Me encanta la idea de hacerlos en el fuego de la chimenea.

Nicolás asiente, satisfecho.

—Sí, ha salido bastante bien. Es verdad que les da un sabor algo diferente, más auténtico.

Seguimos comiendo entre risas. Bromeamos sobre los trozos un poco demasiado tostados y compartimos historias de nuestra infancia en torno a las comidas de invierno. Flocon finalmente consigue un bocado de pan tostado, lo que parece hacerlo muy feliz. Nos observa, moviendo la cola, y Nicolás se ríe.

—Este pequeño va a terminar tomándonos por sus cocineros personales.

Me río al ver la expresión de Flocon, y siento esta complicidad que se establece entre todos nosotros, incluso con el perrito, que parece integrarse perfectamente a esta divertida familia improvisada.

Después de terminar nuestra comida, nos preparamos para levantarnos y limpiar, cuando un detalle llama mi atención. Un sobre blanco sobresale por debajo de la puerta de entrada. Lo

señalo con el dedo.

—¡Nicolás, mira eso!

Él sigue mi mirada, y su expresión cambia, pasando de la curiosidad a la sorpresa.

—¿Qué será? —pregunta, levantándose para recoger el sobre.

Lo recoge, lo voltea en sus manos, examina la textura del papel y luego me lo tiende.

—Es él otra vez, ¿no? —pregunta, con una sonrisa en los labios.

Tomo el sobre con cuidado y lo abro lentamente. Dentro encuentro una carta escrita a mano, con esa letra redonda y familiar que ahora reconocemos sin dificultad.

«Mis queridos amigos,

Me alegra ver que se están divirtiendo tanto. Cada instante cuenta, cada recuerdo es precioso. Mañana les espera un nuevo día, lleno de sorpresas. Sigan escuchando su corazón, sigan descubriéndose. Y no olviden que el espíritu de la Navidad es, ante todo, el del compartir y el amor. Flocon, su fiel compañero, tiene mucho que enseñarles. Cuídenlo, como él cuida de ustedes. ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás.

—¡Vaya! Realmente le gustan los misterios a nuestro benefactor —dice él.

—¿Crees que deberíamos esperar más sorpresas como esta? —pregunto.

Nicolás se encoge de hombros.

—¡Con él, creo que debemos esperar cualquier cosa!

Once de diciembre
14 días para Navidad
Los regalos hechos a mano

Al bajar las escaleras, veo a Nicolás ya en la cocina, inclinado frente a la nevera abierta. Su expresión me parece extraña. Flocon está a su lado, moviendo la cola con entusiasmo, como si supiera que acaba de ocurrir algo especial.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras me acerco.

Nicolás se yergue.

—Ven a ver esto —dice, señalando el interior de la nevera.

Me acerco y me inclino también. Entonces, entiendo por qué está tan sorprendido. La nevera está literalmente llena hasta el tope. Frutas frescas, verduras, quesos, mermeladas, un montón de productos que estoy segura de no haber visto antes aquí. Es como si alguien hubiera hecho las compras durante la noche y hubiera reabastecido la nevera. ¡Todo un «milagro de Navidad»!

—Esto es… increíble —susurro—. Pero ¿cómo…?

Nicolás se encoge de hombros y sonríe.

—Supongo que debemos darle las gracias a nuestro misterioso Papá Noel —dice—. Al parecer, no quiere que nos falte nada. ¡No escuché nada anoche!

—¡Yo tampoco! —digo riendo—. ¡Es un verdadero profesional, este Papá Noel!

Me río. La idea de que alguien esté pendiente de nosotros y se asegure de que tenemos todo lo que necesitamos me resulta conmovedora. Aunque se trate de un concurso que ganamos y nuestros padres nos hayan asegurado que todo iba a ir bien, esto me hace bien al corazón.

—Bueno, supongo que el desayuno está asegurado —digo mientras agarro algunas frutas—. ¡Vamos a darnos un buen festín!

Preparamos el desayuno juntos, usando los ingredientes recién descubiertos. Frutas frescas, pan aún suave, mantequilla salada… es todo un manjar. Nos sentamos a la mesa del salón, con los platos llenos de delicias, y saboreamos cada bocado. Flocon recibe un trocito de queso, y su alegría es contagiosa.

—¿Crees que va a seguir sorprendiéndonos así todos los días? —pregunto entre bocados.

Nicolás lo piensa.

—Podríamos esperar cualquier cosa. Y, honestamente, eso hace que esta experiencia sea aún más especial, ¿no crees? Este lado impredecible, estos pequeños detalles…

Asiento. Es cierto. Cada día aquí es una sorpresa, y me doy cuenta de que me gusta cada vez más. Esa sensación de no saber qué nos espera, esa magia impredecible que forma parte de nuestro día a día.

Cuando terminamos el desayuno, me levanto para revisar la caja roja de la entrada. Como

cada día, está allí, esperándonos. Pero hoy, junto a la caja roja, hay otra caja aún más grande, decorada con un lazo dorado. Mi corazón se acelera al ver este nuevo paquete. Le hago una señal a Nicolás.

—¡Ven a ver, hay algo nuevo otra vez!

Se acerca, y Flocon trota detrás de él. Nos arrodillamos frente a las dos cajas. Abro primero la caja roja, impaciente por descubrir la actividad del día. Dentro, nos espera una nota, escrita en esa letra redonda y envejecida que conocemos tan bien.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy van a confeccionar regalos el uno para el otro. Pongan todo su corazón en estos presentes, sean creativos y recuerden: lo que importa es el cariño y el amor que pongan en ellos. ¡Ho ho ho!»

Miro a Nicolás, quien sonríe.

—¿Regalos hechos a mano? Esto va a ser interesante —dice.

Me río. La idea es adorable, y me emociona. Crear algo para Nicolás, poner un poco de mí en un regalo que sea solo para él… Me parece tan emocionante como intimidante.

—Pero primero, veamos qué hay en esta otra caja —digo, señalando la caja grande decorada con lazo dorado.

Nicolás asiente y levanta con cuidado la tapa. Dentro, encontramos una increíble colección de objetos: juegos de mesa, un rompecabezas de un paisaje nevado, libros, juguetes para Flocon e incluso recargas de papel para nuestra Polaroid. Nuestro benefactor ha pensado en todo. Hasta ha anticipado que podríamos quedarnos sin papel para las fotos.

—Bueno, realmente no quiere que nos aburramos —murmura Nicolás, impresionado.

Sonrío, con el corazón reconfortado por tanta generosidad. Estos objetos representan más que simples distracciones. Son una manera de crear aún más recuerdos juntos, de hacer que cada día aquí sea aún más especial.

—¿Empezamos con los regalos hechos a mano? —propongo.

Nicolás asiente.

—Sí, vamos. Ya tengo algunas ideas —dice, guiñándome el ojo.

Me río y empiezo a pensar en qué podría regalarle a Nicolás. Algo que salga del corazón, algo personal, que refleje lo que estamos viviendo aquí.

La inspiración me llega de repente. Decido subir a mi habitación para escribirle una carta a Nicolás. Una carta en la que le cuento lo que estos días a su lado significan para mí. Me tomo mi tiempo. Busco cada palabra con cuidado. Escribo en el papel decorado con estrellas doradas pequeñas que encontré en la caja roja. Me esfuerzo por describir los momentos que me han marcado, lo que he aprendido de él y por qué ocupa un lugar cada vez más especial en mi corazón.

Mientras tanto, Nicolás permanece en el salón, y lo escucho rebuscar entre los objetos. Siento curiosidad por saber qué está preparando, pero decido respetar la sorpresa.

Pasamos gran parte de la mañana trabajando en nuestros respectivos regalos, cada uno concentrado en su tarea. Cuando termino mi carta, la doblo cuidadosamente y la envuelvo en un papel de regalo que he encontrado en la caja.

Bajo las escaleras. Mi corazón late un poco más rápido. Encuentro a Nicolás sentado en la mesa del salón, con un paquete pequeño delante. Levanta la cabeza al verme llegar y me sonríe.

—¿Listo para el intercambio? —pregunto, con un toque de emoción en la voz.

—Listo —confirma.

Nos sentamos frente a frente, con nuestros paquetes delante. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Es un momento especial e intimidante.

—El honor es tuyo —digo, extendiéndole mi paquete.

Nicolás lo toma con cuidado, y veo en sus ojos un brillo de curiosidad infantil. Rompe el papel delicadamente y descubre mi carta, cuidadosamente doblada. Su mirada se nubla mientras la abre y comienza a leer.

El silencio que sigue es casi solemne. Lo observo y mi corazón late con fuerza. Espero que mis palabras resuenen en él. Esto es lo que le he escrito:

«Querido Nicolás,

No sé por dónde empezar…

Cuando llegué aquí, el frío de diciembre me golpeó, al igual que este silencio, que al principio era opresivo. Estaba ansiosa, y la idea de compartir estos días con un desconocido me intrigaba y preocupaba al mismo tiempo. Y entonces apareciste tú. Otro solitario, envuelto en tu propia coraza. Al principio, eras un enigma. Pero día tras día, con cada actividad y cada momento compartido, te fui descubriendo.

He aprendido a ver más allá de tu apariencia reservada, a captar el calor escondido detrás de tus pocas palabras. Lo que quiero decirte, Nicolás, es que, desde ya, me has cambiado. No esperaba que la simplicidad de tus gestos, tus miradas discretas y tu forma de abrirte poco a poco me calaran tan hondo. Me has enseñado que se puede ser feliz con poco y que se puede reír sin filtros, sin preocuparse por lo que puedan pensar los demás.

No te voy a mentir, a veces una parte de mí lamenta no poder compartir todo esto en fotos, en publicaciones o en comentarios en las redes. Pero cuando te miro, a ti, que vives el momento sin sobrecargarlo con todo ese ruido exterior, me doy cuenta de que esto es exactamente lo que necesitaba: vivir sin testigos, sin "me gusta", solo vivir.

Quería darte las gracias. Gracias por mostrarme que la soledad no es una condena cuando se encuentra a la persona adecuada con quien compartirla. Gracias por aceptar mis torpezas, por reír cuando era necesario y por saber tranquilizarme.

También quiero decirte que, más allá de este concurso, de este chalet cubierto de nieve y de este calendario de Adviento que llenamos día tras día con nuestras actividades y nuestras fotos, hay algo más. Algo que ahora me une a ti.

Estoy impaciente por ver a dónde nos llevará todo esto. Tal vez salgamos de aquí y la magia se apague junto con las luces de este chalet. O tal vez, como la llama de la chimenea que calienta cada rincón, algo siga ardiendo dentro de nosotros.

De cualquier forma, me alegra estar aquí, contigo.

Clara»

Cuando levanta la vista y me mira, parece visiblemente conmovido, sus ojos están llorosos.

—Clara, esto es… hermoso —dice—. No sé qué decir. Gracias… de verdad.

Sonrío, algo avergonzada.

—Quería decirte cuánto significa todo esto para mí —susurro.

Nicolás guarda silencio un momento, luego me extiende su paquete.

—Te toca.

Abro el papel con cuidado y descubro una pulsera hecha de cordones y cintas, con una piña de pino diminuta como colgante. La sencillez y la simbología de este regalo me conmueven.

—Encontré esta mini piña el otro día, cuando estuvimos en el bosque —explica Nicolás—. Me pareció adorable. Pensé que esta pulsera podría ser un bonito recuerdo. Un recordatorio de lo que estamos viviendo aquí.

Levanto la vista hacia él, emocionada.

—Es perfecta —digo—. Me encanta.

Me pongo el brazalete en la muñeca. Es un regalo sencillo, pero cargado de significado.

Nos quedamos en silencio un momento. Luego, Nicolás se levanta, coge una caja de juego y exclama:

—¡Vamos, ya basta de emociones por hoy! ¿Qué te parece una partida de este juego para ver quién es el mejor? —me desafía.

Me río.

—¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a mí? Porque te advierto que soy una temible adversaria.

Así pasamos la tarde, jugando a distintos juegos, riendo y provocándonos mutuamente. Los juguetes para Flocon también son un éxito, y pasa largos ratos corriendo tras una pelota roja pequeña que Nicolás le lanza por el salón.

Jugamos, reímos. Es un día tranquilo, lleno de momentos de alegría y complicidad. Flocon corre de un lado a otro, y sus patitas resbalan a veces en el suelo de madera, lo que nos hace estallar de risa cada vez.

Cuando la luz comienza a atenuarse afuera, Nicolás y yo decidimos hacer una pausa. Nos acomodamos junto a la chimenea, y esta vez decido preparar un chocolate caliente un poco especial. Le añado canela, un toque de crema batida y unos trocitos de chocolate negro. Nicolás observa la preparación, curioso por probar esta nueva bebida.

—Aquí tienes, está listo —le digo, extendiéndole una taza a Nicolás.

Él toma la taza y huele el aroma especiado del chocolate caliente.

—Hmm… Huele increíblemente bien —dice antes de dar un sorbo.

Me siento a su lado y pasamos un momento en silencio, saboreando nuestras bebidas. El crepitar del fuego en la chimenea, el aroma del chocolate, el calor de la manta… Todo es perfecto.

—Este día ha sido realmente genial —digo finalmente.

Nicolás asiente.

Este chalet, este aislamiento… todo esto podría haber sido pesado, pero, al contrario, se ha convertido en una especie de refugio. Y sé que es en gran parte gracias a Nicolás, gracias a este vínculo que se ha ido tejiendo entre nosotros día tras día.

—Tal vez deberíamos tomar una foto para inmortalizar nuestros regalos —digo mientras tomo la Polaroid.

—Claro —responde Nicolás—. No querríamos que nuestro benefactor piense que hemos olvidado nuestro ritual y que ya no respetamos las reglas del concurso —añade con un guiño.

Tomamos nuestra foto, sonrientes, con nuestros regalos hechos a mano. Una foto para el tablero de Adviento y otra para el buzón de Papá Noel. Cuando la segunda foto se imprime, se la doy a Nicolás.

—¿Listo para enfrentarte al frío? —digo con una sonrisa traviesa.

Él se levanta, se pone el abrigo, y yo lo imito. Flocon nos sigue, impaciente. Abrimos la puerta del chalet.

Avanzamos hacia el buzón. Nuestros pasos crujen sobre la nieve. Nicolás desliza la foto en el buzón y damos media vuelta para regresar al interior. Es en ese momento cuando noto algo.

—¡Nicolás, mira! ¡No lo vimos al salir! —digo, señalando a un paquete pequeño colocado junto a la puerta, en el exterior.

—¿Es otro regalo? —dice él, acercándose para recoger el paquete.

Es un paquetito, cuidadosamente envuelto en papel rojo con una cinta dorada. Nicolás lo coge, le da vueltas entre las manos y luego me mira.

—¿Lo abrimos ahora o esperamos? —pregunta.

Yo miro hacia el cielo.

—¡Ahora, por supuesto! ¿Cómo podrías resistirte a un misterio como este?

Entramos, y Nicolás deposita el paquete sobre la mesa del salón. Nos sentamos, y Flocon se cuela bajo nuestros pies, curioso por este nuevo paquete.

Nicolás deshace la cinta y el papel de regalo. Dentro encuentra una caja de madera pequeña, elegantemente grabada con motivos de abetos y copos de nieve. La abre, y descubrimos una serie de figuras de madera diminutas, todas talladas a mano. Representan animales del bosque: un zorro, un conejo, un ciervo… e incluso un perrito que se parece mucho a Flocon.

—¡Es genial! —digo, emocionada por la delicadeza de las figuritas.

Nicolás asiente con la cabeza.

—Parece que nuestro benefactor tiene realmente sentido del detalle —dice—. Quizás quiera que creemos una escena navideña con estas figuritas.

Tomo una de las figuras en mis manos y la giro bajo la luz del fuego. La madera es lisa, trabajada con esmero, y hay algo fascinante en la forma en que cada detalle está representado.

—Sí, podría ser una buena idea —digo—. Podríamos ir añadiendo una nueva figura de vez en cuando y crear un mundo.

Nicolás asiente.

Colocamos las figuritas en el borde de la chimenea. Este día ha estado lleno de emociones, risas, sorpresas, y me doy cuenta de que no podría haber soñado algo mejor.

Cuando cae la noche y el fuego sigue calentándonos, me vuelvo hacia Nicolás y le digo:

—Gracias por hoy, Nicolás. Fue perfecto.

Él me mira, y veo la ternura en sus ojos.

—Gracias a ti, Clara. Estos momentos, nunca los olvidaré.

Doce de diciembre
13 días para Navidad
Los cuentos de Navidad

Esta mañana, todo está en calma. Nicolás y yo bajamos las escaleras hacia el salón. Me dirijo a la caja roja, nuestro ritual diario.

Me arrodillo frente a la caja. Nicolás se une a mí. Flocon, nuestro fiel compañero, ya parece emocionado y mueve la colita con alegría.

—Veamos qué nos tiene preparado hoy Papá Noel —digo con una sonrisa.

Abro la caja y encuentro una nota doblada con mucho cuidado. Nicolás se inclina sobre mi hombro mientras leo las palabras escritas con esa caligrafía redonda.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy me gustaría que redescubrieran la magia de los cuentos de Navidad. Tomen los libros que les he dejado, léanlos juntos y dejen volar su imaginación. Improvisen sus propias historias, compartan recuerdos y recuerden que la Navidad es ante todo un momento de compartir, escuchar y soñar. ¡Ho ho ho!»

Levanto la cabeza. Mis ojos se encuentran con los de Nicolás.

—Cuentos de Navidad, ¿eh? Parece perfecto para un día de diciembre —dice él.

—Sí, y la idea de improvisar nuestras propias historias es genial —le digo.

Al fondo de la caja, hay una colección de viejos cuentos de Navidad. Las portadas están ilustradas con dibujos que evocan una atmósfera vintage y encantada. Paso los dedos por una de las portadas y siento la textura del libro bajo mi piel.

—Son hermosos —digo.

Nicolás me mira.

—Entonces, ¿nos acomodamos junto a la chimenea para comenzar esta sesión de lectura? —propone.

Yo asiento con entusiasmo. Nos instalamos en la alfombra acogedora del salón, frente a la chimenea, que crepita ligeramente. Flocon se acomoda entre nosotros, con la cabeza sobre sus patas, listo para escuchar. Nicolás toma el primer libro y empieza a leer. Su voz grave resuena en la habitación, y pronto me pierdo en las descripciones de bosques nevados, de duendes traviesos y de milagros de Navidad.

Las historias son hermosas. Cuando Nicolás termina un cuento, tomo el relevo y leo otro pasaje. Mi voz sube y baja al ritmo de las emociones de los personajes.

Después de varios cuentos, decidimos pasar a la improvisación. Nicolás toma una respiración dramática.

—Muy bien, Clara, escucha esto —comienza—. Había una vez, en lo profundo del bosque, un zorro que había perdido su camino… ¡y no adivinarás por qué!

Me río, lista para seguir el juego.

—Porque había comido demasiado pudín de Navidad y ya no podía correr lo suficientemente rápido —propongo.

—¡Exacto! —responde Nicolás asintiendo con la cabeza y simulando un zorro barrigón con las manos—. Y fue entonces cuando conoció a una pequeña, que parecía decidida a ayudarlo… o tal vez a guiarlo hacia donde había más pudín.

Nuestras improvisaciones se vuelven cada vez más disparatadas y las risas son frecuentes. En un momento, Nicolás hace una voz ridículamente aguda para imitar a un duende gruñón, y no puedo evitar estallar en carcajadas hasta que se me llenan los ojos de lágrimas.

Las horas pasan. El ambiente es propicio para la confidencia.

Hacemos una pausa y bebemos el té que he preparado con especias. Nicolás, sentado a mi lado, parece pensativo. Decido intentar aclarar algo que llevo un tiempo queriendo preguntar.

—Nicolás —digo mientras él levanta la vista y me mira—, ¿qué te impulsó realmente a participar en este concurso? Quiero decir, sé que está el dinero y tus padres, pero… ¿hablaste de una promesa? ¿Podrías contarme un poco más?

Su rostro se ensombrece y aparta la mirada. Observa las llamas de la chimenea, y su expresión se endurece. Me siento culpable por haber arruinado el ambiente, pero ahora que la pregunta está formulada, no sé cómo echarme atrás.

—Clara —empieza, con un tono más frío de lo habitual—, hay ciertas cosas de las que prefiero no hablar demasiado, ¿de acuerdo? Es… complicado.

Asiento. Entiendo que he cruzado una línea, pero me duele a pesar de todo. Una barrera se alza entre nosotros. Pensé que en estos últimos días había logrado acortar esa distancia, pero está ahí de nuevo. Nicolás se levanta de repente.

—Voy a sacar a Flocon —dice, dirigiéndose a la puerta sin mirarme.

Lo veo marcharse. El leve sonido de la puerta al cerrarse resuena, dejándome sola con el crepitar del fuego. Suspiro y dejo mi taza de té. Quizás he sido demasiado impaciente, demasiado curiosa. Todo el mundo tiene cicatrices…

Me quedo un rato mirando las llamas y reflexionando. Luego, para no dejarme llevar por la tristeza, decido concentrarme en algo positivo. Tomo la Polaroid que está sobre la mesa y me acerco al tablero de Adviento. Hemos vivido tantos buenos momentos, y aunque este instante esté teñido de cierta amargura, no debería borrar el resto.

Tomo una foto del borde de la chimenea, donde hemos colocado las figuras pequeñas de madera para crear nuestra escena navideña. Los animales están todos juntos, como una pequeña familia reunida para el invierno. Pongo la foto en el tablero, junto a las demás, y sonrío al ver la creciente colección de recuerdos.

Después de un largo rato, Nicolás regresa. No dice nada y se limita a sentarse junto a la chimenea. Flocon se acurruca junto a sus piernas. Me acerco y me siento a su lado en silencio. Al principio, el silencio entre nosotros es pesado. Deslizo con delicadeza mi mano sobre la suya, solo para hacerle entender que estoy ahí, y que estoy dispuesta a esperar hasta que esté listo.

Él aprieta mi mano en respuesta, y eso es todo lo que necesito para recuperar algo de esperanza. Nos quedamos así, en silencio, observando cómo el fuego se consume lentamente.

—Perdón —susurra al final.

No respondo nada. Me limito a sonreír.

Nos quedamos así un momento.

—Sabes, creo que hemos olvidado algo importante hoy —digo.

Nicolás gira la cabeza hacia mí.

—Ah, ¿sí? ¿Qué cosa?

Señalo la Polaroid.

—Tenemos que tomar nuestra foto de hoy. Es nuestro ritual, ¿no?

Nicolás parece dudar un instante, pero luego asiente. Su mirada se suaviza y una ligera sonrisa vuelve a su rostro.

—Sí, tienes razón. No querríamos romper la tradición —dice.

Tomo la Polaroid, un libro de cuentos de Navidad, y me acerco a Nicolás. Flocon, al ver la cámara, mueve la cola, y yo me río.

—¿Listo? —digo.

Nicolás toma una profunda respiración, luego coloca un brazo sobre mis hombros y sostiene a Flocon contra nosotros con la otra mano. Presiono el botón y el sonido familiar de la Polaroid se escucha, seguido de la impresión de la foto. De inmediato, tomo otra.

Las fotos se van revelando, y nuestras sonrisas aparecen, algo cansadas, pero sinceras. Flocon parece especialmente contento de estar aquí. Le muestro la foto a Nicolás, quien asiente con una leve sonrisa.

—Este es un recuerdo para atesorar —dice.

Coloco una de las fotos en el tablero de Adviento. Cada momento inmortalizado en esas imágenes cuenta un poco más de nuestra historia. Me giro hacia Nicolás, y nuestras miradas se cruzan.

Vamos a dejar la segunda foto en el buzón de Papá Noel.

El tiempo pasa.

El ambiente de la noche es más relajado. Para despejarnos un poco y alejar las tensiones del día, decido sacar el rompecabezas que representa un paisaje nevado. Nicolás me ayuda a extender las piezas sobre la mesa. Flocon está tumbado cerca y nos observa con sus ojitos curiosos.

—¿Tú eres del tipo que empieza por las esquinas o prefieres armar por colores? —pregunto.

Nicolás levanta la vista y me mira.

—Oh, soy un hombre de lógica, así que siempre empiezo por las esquinas, claro. ¿Y tú?

—Yo soy del tipo que toma las piezas al azar y espera que encajen —digo riendo.

—Eso explica muchas cosas —responde él, en tono burlón.

—Oye, ¿qué estás insinuando? —pregunto, lanzándole una mirada de fingida indignación.

—Nada, solo es una observación —dice, encogiéndose de hombros.

Nos reímos, y el ambiente se relaja cada vez más. Poco a poco, el paisaje nevado comienza a tomar forma bajo nuestras manos.

Al cabo de un rato, hemos avanzado bastante con el rompecabezas. Nicolás me mira.

—Deberíamos terminarlo mañana, ¿te parece? —propone, el cansancio es visible en su rostro.

Yo asiento.

—Sí, buena idea. Será una buena excusa para volver a sentarnos juntos en la mesa.

Guardamos las piezas restantes y apagamos la luz. Subimos las escaleras, Nicolás delante y yo justo detrás. En la puerta de mi habitación, me detengo y me giro hacia él.

—Nicolás… —digo.

Él se detiene y espera.

—Gracias por no enfadarte conmigo por… por mi curiosidad fuera de lugar hace un rato.

Él niega con la cabeza, se acerca a mí y coloca una mano sobre mi hombro.

—Clara, no es tu culpa. Hay cosas… difíciles y complicadas, pero eso no significa que no aprecie lo que haces.

Nicolás se aleja lentamente. Me desea buenas noches y se dirige a su habitación.

Trece de diciembre
12 días para Navidad
El tronco de Navidad

Esta mañana, bajo primero. Nicolás se une a mí frente a la caja roja que, como cada día, ocupa su lugar junto a la entrada. Flocon está a nuestros pies.

—Veamos qué ha planeado Papá Noel para nosotros hoy —digo mientras abro la caja.

Dentro, nos espera una hoja blanca. Tomo la carta, la abro y leo en voz alta:

«Queridos Clara y Nicolás,

Preparen juntos hoy un postre tradicional de Navidad. Tienen un libro de recetas en la caja, todos los ingredientes y todo lo que necesitan en la nevera. ¡Cocinando juntos se crean los recuerdos más dulces! ¡Ho ho ho!»

Levanto la mirada hacia Nicolás, con una mezcla de emoción y un poco de inquietud. Preparar un postre de Navidad juntos... Suena a un nuevo reto que podría complicarse, especialmente después de nuestra pequeña discusión de ayer. Pero me siento con ganas de aceptar el desafío.

—Un postre tradicional, ¿eh? Eso debería ser fácil —murmura Nicolás, con aire indiferente, pero percibo un leve nerviosismo en su mirada.

—¿Fácil? ¿Ah sí? ¿Tienes alguna idea? —pregunto.

Él cruza los brazos.

—Claro. Podríamos hacer un tronco de Navidad, ¿no? Es clásico, delicioso, y está dentro de nuestras habilidades... siempre y cuando no le pongas demasiada azúcar.

—¡Oye, domino perfectamente el azúcar! —respondo. ¿Un tronco de Navidad? ¿Por qué no? Seguro que será divertido.

Nos dirigimos a la cocina, listos para afrontar el reto. Consultamos el libro de recetas.

—Entonces, necesitamos chocolate, crema, huevos… Empecemos sacando todo lo que necesitamos —digo mientras abro la nevera.

Rápidamente, la tensión se hace presente. Nos detenemos en un detalle de la receta: el glaseado.

—Creo que deberíamos hacerlo con mantequilla y azúcar glas —dice Nicolás.

Niego con la cabeza.

—No, espera, sería mejor hacerlo con mascarpone y un poco de ralladura de naranja. Papá Noel dejó todo lo necesario. Le daría un sabor más original, ¿no crees?

Nicolás frunce el ceño.

—Original, quizá, pero no sería un tronco tradicional. Y de eso se trata, ¿no? ¡De tradición!

Suspiro levemente. Aquí estamos, discutiendo sobre un simple detalle del glaseado.

—Sí, pero la tradición también se puede reinterpretar un poco, ¿no crees? —digo, intentando no sonar impaciente.

—Es el tronco de Navidad, Clara. ¡No un experimento moderno! —replica, molesto.

—¡Oh, vamos! Un poco de originalidad nunca mató a nadie, ¿verdad? —le respondo, alzando los ojos al cielo.

Se hace un silencio. Por un instante, temo que este desacuerdo arruine toda la actividad. Pero, tras un largo momento, Nicolás se encoge de hombros y deja escapar un suspiro resignado.

—Está bien. Hagamos tu glaseado de mascarpone. Pero si no funciona, la próxima vez lo hacemos a mi manera.

Sonrío, aliviada.

—Trato hecho.

Poco a poco, la tensión se disipa. Nos concentramos en la preparación, cada uno con tareas distintas. Nicolás bate los huevos, mientras yo me ocupo de derretir el chocolate. Durante algunos minutos, trabajamos en silencio.

Finalmente, mientras mezclo el mascarpone, Nicolás se acerca, con el rostro más relajado.

—Huele bien —admite. Tengo curiosidad por ver cómo quedará tu glaseado.

Me río levemente.

—¿Ves? Un poco de novedad no hace daño a nadie. Y, además, combinará bien con el chocolate.

Envolvemos el tronco juntos.

El tiempo pasa y, al fin, el tronco está terminado. Lo colocamos con orgullo en la mesa de la cocina, lo decoramos con trozos de chocolate y un poco de ralladura de naranja. No es perfecto, pero tiene su encanto.

—No está... nada mal —digo contemplándolo. Un poco rústico, quizás, pero al menos es casero.

Nicolás sonríe levemente.

—Es cierto. Y si sabe tan bien como parece, supongo que hicimos un buen trabajo.

Corta una rebanada fina y me la ofrece. Tomo el plato, lo pruebo. El chocolate, la naranja, la suavidad del mascarpone, todo combina a la perfección.

—Está bien, debo admitir... es realmente bueno —dice Nicolás con una sonrisa genuina.

Me río, satisfecha.

—Te lo dije, ¿verdad?

Nos miramos, y luego estallamos en risas.

Flocon, atraído por nuestras risas y el delicioso aroma, viene a sentarse a nuestros pies, con la cabeza inclinada hacia un lado. Le acaricio la cabeza y miro a Nicolás.

—Creo que nos hemos ganado el derecho de reír un poco —digo.

Nicolás asiente y hace una mueca ridícula, imitando a Flocon que también reclama su parte del postre. Esto provoca otra carcajada de mi parte, tan fuerte que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Creo que este tronco tiene propiedades mágicas —digo, secándome las lágrimas.

Nicolás se ríe. Coge el tronco y lo lleva cerca de la chimenea. Lo sigo con los platos y los cubiertos. Seguimos degustando nuestro postre y disfrutando del reconfortante calor del fuego.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunto.

Nicolás parece reflexionar un momento, luego su mirada se dirige hacia el rompecabezas que empezamos la víspera.

—Terminamos este rompecabezas, ¿no? Flocon espera ver este paisaje nevado completamente terminado —dice, echando un vistazo al perrito que está tumbado en la alfombra.

Asiento con entusiasmo.

—¡Muy bien, vamos allá! Pero cuidado, creo que esta vez voy a ganar —digo riendo.

—¿Ganar? —repite Nicolás, perplejo—. No es una competencia, ¿sabes?

—Quizás, pero aun así quiero ser la que encuentre la última pieza —digo con una sonrisa cómplice.

Nos sentamos frente al rompecabezas. La atmósfera es mucho más ligera. Nuestra risa y el éxito de nuestro postre han ayudado claramente a aliviar la tensión.

Empiezo a clasificar las piezas por color, mientras Nicolás se concentra en los bordes restantes.

—Oye, Clara… —murmura Nicolás tras un silencio, con los ojos fijos en el rompecabezas.

Levanto la vista, sorprendida por la suavidad de su tono. Permanece concentrado en las piezas.

—Ayer… siento la forma en que reaccioné —dice—. No es que no quiera hablarte de lo que me impulsó a venir aquí. Es solo… que es… delicado…

No respondo de inmediato; prefiero darle el espacio necesario para continuar, si así lo desea. Parece dudar un instante. Sus dedos juegan con una pieza del rompecabezas.

—Hice una promesa, como ya sabes —dice finalmente, con una voz apenas perceptible—. Una promesa a alguien que ya no está...

Contengo la respiración. Sé que no debo apresurarlo. Me limito a asentir con la cabeza. Mis ojos buscan los suyos. Estoy lista para acoger lo que quiera compartir.

—Ya es mucho que me digas esto, Nicolás —murmuro—. Entiendo que sea difícil, y no quiero forzarte. Tómate el tiempo que necesites.

Él levanta finalmente la mirada, me mira y esboza una leve sonrisa.

—De acuerdo —murmura—. Más adelante. Te lo prometo.

Seguimos colocando las piezas, y el paisaje nevado va tomando forma.

—¡Listo! —dice Nicolás al colocar la última pieza del rompecabezas—. ¡Terminado!

Lo miro y sonrío.

—¡Lo logramos! —digo—. Flocon, ¿qué opinas?

Flocon, curioso, olfatea el rompecabezas, con sus orejitas erguidas, como si aprobara nuestra obra. Nicolás y yo nos echamos a reír.

—Quizá suene tonto, pero… me hace sentir orgullosa —digo, mirando el rompecabezas.

Nicolás asiente.

—No es nada tonto, Clara. Es verdad que es solo un rompecabezas, pero lo hicimos nosotros. Juntos. Eso es lo que importa, ¿no?

Se gira hacia mí. Nuestras miradas se cruzan. Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

Pongo mi mano sobre la de Nicolás, y él la aprieta en respuesta.

Después de un momento, me levanto y me estiro.

—Creo que deberíamos celebrar esto, ¿no? —propongo.

Nicolás parece sorprendido:

—¿Celebrarlo? ¿Quieres decir… celebrar un rompecabezas terminado?

—Absolutamente —respondo riendo—. ¿Y qué mejor que un postre para ello? ¡Vamos a

buscar otro trozo de nuestro tronco de Navidad!

Nicolás sonríe y asiente.

—Está bien, vamos allá. Pero esta vez, te toca a ti cortarlo, ¿vale? ¡Y nada de excederte con el mascarpone!

Nos reímos y nos dirigimos a la cocina. Tras servirnos dos nuevas porciones de nuestro tronco, nos acomodamos junto a la chimenea.

Comemos en silencio.

Después de terminar nuestras porciones, me vuelvo hacia Nicolás.

—Nicolás… —digo, con una sonrisa traviesa—. Recuerdas el ritual, ¿verdad?

Él me mira, algo confundido, antes de entender y soltar un suspiro divertido.

—La Polaroid, claro. ¿Cómo podría olvidarlo?

Me levanto y agarro la cámara. Me acerco a Nicolás, me apoyo ligeramente contra él, y él pasa un brazo alrededor de mis hombros. Flocon, como siempre, está listo para posar.

—¿Listos? —pregunto.

—¡Siempre listos! —dice Nicolás.

Catorce de diciembre
11 días para Navidad
Las bolas de Navidad

Esta mañana, bajo antes que Nicolás. El silencio aún reina en el chalet. Me acerco a la caja roja. Flocon trota a mi alrededor.

Abro la caja. Como siempre, me espera una hoja blanca. La abro con una sonrisa en los labios.

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy, creen juntos bolas de Navidad personalizadas. Los materiales necesarios están en la caja y sobre la mesa del salón. Que sus creaciones reflejen la magia de la Navidad y los recuerdos que están compartiendo. ¡Ho ho ho!»

Nicolás aparece en la parte superior de las escaleras, con aire somnoliento. Su cabello alborotado le da un aspecto desenfadado y encantador.

—¿Qué nos tiene preparado para hoy? —me pregunta mientras se frota los ojos.

—Bolas de Navidad —digo, levantando la hoja frente a mí—. Tenemos que personalizarlas.

Nos instalamos en el salón. En la mesa, un montón de pequeñas bolas transparentes, purpurina, pintura y otros accesorios nos esperan pacientemente. Acerco la caja de decoraciones hacia mí.

—Bien, entonces, artista Nicolás, ¿cuál será tu primera obra? —pregunto mientras hundo la mano en la purpurina y dejo que se deslice entre mis dedos.

Él sonríe, luego toma una bola transparente.

—Podríamos empezar con algo simple, ¿no? Tal vez solo… una montaña nevada —propone.

Lo miro.

—¿Una montaña? ¿Simple, de verdad?

—Bueno, más simple que algunas ideas alocadas que se me ocurren cuando pienso en ti —replica él, burlón.

Yo sacudo la cabeza, con una sonrisa divertida en los labios. Me concentro en mi propia bola y decido crear algo personal, algo que nos recuerde estos días juntos aquí. Los recuerdos comienzan a mezclarse: el tronco de Navidad, el rompecabezas que completamos juntos, las carcajadas.

Trabajamos en silencio por un rato. Flocon se acuesta entre nosotros, con la cabeza sobre sus patas.

De repente, el sonido del teléfono rompe la quietud de la mañana. Me sobresalto, con la bola en las manos, y cruzo una mirada sorprendida con Nicolás. Hace tiempo que no recibimos una

llamada.

—Yo contesto —digo, dejando con cuidado mi bola en la mesa.

Descolgué.

—¿Hola?

La voz de mi madre, suave y reconfortante, se escucha al otro lado de la línea.

—¡Clara, cariño! ¿Cómo estás? Quería asegurarme de que todo va bien. ¿No tienen demasiado frío allá en el chalet?

Sonrío. Mi madre y su instinto protector, siempre lista para asegurarse de que estoy bien, incluso a la distancia…

—Todo va bien, mamá. Estamos muy cómodos. Y te sorprendería ver lo capaz que puede ser Nicolás… —digo, dejando escapar una risa nerviosa.

La escucho reír al otro lado de la línea.

—Me alegra mucho. Sabes, estoy tan orgullosa de ti. De ustedes. Es importante tomarse un tiempo para uno mismo, lejos de todo lo superficial.

Frunzo el ceño y me pregunto si sabe más de lo que quiere admitir.

—Gracias, mamá. Pero… ¿a qué te refieres exactamente? —pregunto.

—Oh, nada, nada —responde rápidamente—. Solo… disfruta, es todo. Te quiero, cariño. Cuídate.

Me quedo en silencio por un momento.

—Yo también te quiero, mamá. Hasta pronto.

Cuelgo, con el corazón ligeramente encogido. Ese tono, esa forma de hablar, como si supiera… Mi mente se llena de preguntas. Nicolás levanta la vista y me mira, con las manos cubiertas de pintura dorada.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, era mi madre. Quería saber cómo va todo aquí… pero estaba un poco rara —digo frunciendo el ceño.

Nicolás no tiene tiempo de responder porque el teléfono suena de nuevo. Esta vez, es él quien se levanta. Lo observo e intento descifrar la extraña sensación que me invade. ¿Por qué esta segunda llamada, justo después?

—¿Hola? —dice Nicolás.

Permanece en silencio un momento, y luego veo que se tensa un poco.

—¿Papá? Sí, sí, todo va bien. Estamos… estamos ocupados en una actividad de Navidad.

Aguzo el oído, incapaz de evitar escuchar. La voz de su padre es lo suficientemente fuerte como para que pueda oír fragmentos de la conversación.

—…solo quería decirte que tu madre y yo pensamos mucho en ti. Sabes, es bueno que estés allá, puede ser algo positivo… para seguir adelante. Para dejar el pasado atrás.

Veo que la mandíbula de Nicolás se tensa. Su mirada se pierde más allá de las ventanas del salón y se fija en la nieve que cubre el jardín.

—De acuerdo, papá. Gracias por preocuparte.

Cuelga sin más formalidades y cierra los ojos un momento como para recuperar la compostura. Cuando vuelve hacia mí, parece más pesado, como si algo acabara de caer sobre sus hombros.

Permanezco en silencio un instante y lo observo.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

Él asiente, pero puedo ver que no es completamente cierto. Tras unos segundos, finalmente

cruza su mirada con la mía.

Toma una profunda respiración. Sus dedos juegan nerviosamente con una pequeña bola de Navidad aún vacía.

—Clara… creo que es hora de que te hable de… por qué realmente estoy aquí —comienza, con la voz temblorosa.

Lo miro, con los ojos bien abiertos, el corazón latiéndome a toda velocidad.

Permanezco en silencio. Nicolás observa fijamente la bola de Navidad que tiene en su mano, con la mirada empañada. Siento que cada palabra que está a punto de decir le resulta dolorosa.

—Se llamaba Juliette —comienza, con una voz apenas perceptible—. Ella era… todo para mí. Nos conocimos en la universidad, y muy pronto supimos que queríamos estar juntos. Para siempre, ¿sabes? Hacíamos planes. Queríamos formar una familia. Tenía esa energía… iluminaba todo, incluso mis peores días.

Mantengo mis ojos fijos en él, y mi corazón se encoge. Él continúa:

—Todo iba bien, de verdad. Y luego… un día, empezó a sentir dolores, mareos. Pensábamos que no era nada, solo un cansancio pasajero. Pero no pasaba. Fuimos al médico, al hospital, y… resultó ser mucho más grave de lo que imaginábamos.

Hace una pausa, sus dedos sujetan con mucha fuerza la bola transparente, como si se esforzara en mantener el control.

—Era leucemia mieloide aguda —dice finalmente, con la voz quebrada—. Una forma de cáncer en la sangre muy agresiva. Los médicos dijeron que podía pasarle a cualquiera, sin previo aviso. Un golpe de mala suerte… un terrible golpe de mala suerte…

Me quedo sin palabras. Mi mirada se posa en él, y trato de imaginar por lo que tuvo que pasar.

—Ella luchó —retoma, con los ojos llenos de lágrimas—. Luchó con tanta fuerza. Pero en unos meses, todo cambió. Pasamos de planificar nuestras vacaciones a organizar sesiones de quimioterapia, y luego a cuidados paliativos. Estuve allí todo el tiempo. Hasta el final…

Se detiene, su voz se quiebra mientras intenta continuar. Siento las lágrimas brotar en mí, pero las contengo. No quiero sobrecargarlo más. Me inclino hacia él y pongo mi mano sobre la suya.

—Lo siento muchísimo, Nicolás —murmuro.

Cierra los ojos y deja escapar un largo suspiro.

—Justo antes de morir, le hice una promesa… —continúa, su voz impregnada de un dolor palpable—. Le prometí que no me dejaría hundir. Que seguiría adelante. Eso era… lo que ella quería. Que encontrara una manera de seguir viviendo, incluso sin ella.

Aprieta mi mano, como si buscara un ancla para no perder el control.

—Pero decirlo es mucho más fácil que hacerlo —dice, mientras una lágrima rueda por su mejilla—. Me encerré en mí mismo, alejé a mis padres, a mis amigos. Era incapaz de imaginar un futuro sin ella. Y entonces apareció este concurso… Pensé que quizá… quizá esto me ayudaría a salir de ese pozo, de esa espiral infernal…

No sé qué decir. Lentamente, me acerco a él y lo abrazo. Él se deja llevar, apoya su cabeza contra la mía y siento su respiración temblorosa sobre mí.

—Eres valiente, Nicolás —susurro, mientras las lágrimas finalmente ruedan por mis mejillas —. Lo que viviste… nadie debería pasar por eso. Pero sigues aquí, y estoy segura de que Juliette estaría orgullosa de ti.

Permanece en silencio un momento, luego levanta ligeramente la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos parecen buscar algo en los míos.

Me inclino hacia él y dejo un beso en su sien. Lo abrazo con fuerza, él cierra los ojos y deja

descansar su cabeza sobre mi hombro.

Nos quedamos así, un buen rato, en silencio.

Luego, él se yergue y se limpia los ojos con el dorso de la mano.

—Gracias, Clara —murmura, con la voz todavía un poco ronca—. Yo… nunca había hablado de esto. No así.

Le sonrío.

—No tienes que agradecerme, Nicolás. Estoy aquí, y estaré mientras tú quieras.

Él asiente y esboza una tímida sonrisa. Luego toma una profunda respiración y coloca la bola de Navidad sobre la mesa.

—Bueno, ya basta de dramas por hoy —dice—. Tenemos bolas de Navidad que terminar, ¿no?

Me río levemente. Asiento y tomo otra bola. Juntos, volvemos a nuestra creación y decoramos las bolas de Navidad con pintura, purpurina y, sobre todo, con un poco de la esperanza que llevamos dentro.

El teléfono ya no suena, y el resto del día transcurre en calma. Nuestras manos se rozan a veces al alcanzar una decoración, y cada vez, Nicolás me dedica una sonrisa más sincera, más apaciguada.

Cuando terminamos de decorar nuestras bolas, tomo la Polaroid.

—No podemos olvidar nuestro ritual —digo, sonriendo.

Nicolás asiente, se acerca a mí y pasa un brazo alrededor de mis hombros. Flocon se coloca en posición, como si supiera que este también es su momento. Presiono y el flash ilumina la habitación por un instante. De inmediato, tomo una segunda foto.

—Un recuerdo más —digo en voz baja.

Cuelgo una de las dos fotos en nuestro tablero de Adviento, luego me giro hacia Nicolás. Intercambiamos una mirada.

El tiempo pasa.

El día va llegando a su fin lentamente, y mientras la luz del exterior va desapareciendo, decidimos encender las velas que decoran el salón. Sentados junto a la chimenea, contemplamos las bolas de Navidad que hemos creado. Cada una lleva un pedazo de lo que somos, de lo que hemos compartido.

—¿Sabes algo? —digo finalmente.

—¿Qué cosa? —responde Nicolás, sin apartar sus ojos de los míos.

—Creo que este día era necesario. Quizás no ha sido fácil, pero sí necesario para los dos.

Él sonríe.

—Sí, creo que tienes razón. Quizás no podemos borrar el pasado, pero podemos aprender a vivir con él. Y a veces, solo necesitamos a alguien que nos lo recuerde…

Asiento, conmovida por sus palabras. Nos quedamos allí, en silencio, unidos por la luz parpadeante de las velas y el calor de la chimenea, listos para seguir avanzando, un día a la vez.

Quince de diciembre
10 días para Navidad
Las estrellas en el cielo

Bajo despacio las escaleras, deslizando mis dedos a lo largo de la barandilla de madera. Nicolás ya está despierto, sentado en la alfombra del salón, con una taza de té entre las manos. Flocon está acurrucado contra él, con los ojos entrecerrados.

—Hola —le digo, estirándome un poco.

—Hola, Clara —responde Nicolás sonriéndome—. ¿Lista para la actividad de hoy?

Me acerco a la caja roja, con curiosidad por saber qué nos tiene preparado Papá Noel esta vez. Me arrodillo frente a la caja, levanto la tapa con cuidado y descubro una nueva carta.

«Queridos Clara y Nicolás,

Esta noche quiero que disfruten de la magia del cielo. Abríguense bien, salgan bajo las estrellas y contemplen juntos la inmensidad del cielo invernal. Tómense el tiempo de pedir deseos, de soñar, de reconectar con el universo. La naturaleza es hermosa, y todo lo que nos ofrece es una fuente de maravilla. ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás, esbozando una sonrisa.

—Me gusta esta idea. Observar las estrellas… hace mucho que no lo hago —digo.

—Yo también —admite Nicolás, con una chispa en los ojos—. Debería ser una noche especial.

El día transcurre en calma. Preparamos chocolate caliente, leemos cuentos de Navidad junto al fuego y jugamos con Flocon.

Al caer la noche, nos abrigamos con nuestras prendas más calentitas: bufandas, gorros, guantes… Me aseguro de llevar la Polaroid en mi bolso. Nicolás toma una manta y se la pone sobre los hombros, y nos preparamos para salir.

La nieve cruje bajo nuestros pies cuando salimos del chalet. El aire está fresco, incluso cortante, pero increíblemente vigorizante. Flocon salta de un lado a otro, hundiendo sus patitas en la nieve y olfateando, curioso. Alzo la vista. La belleza del cielo me maravilla. Miles de estrellas brillan, inmóviles, suspendidas sobre nuestras cabezas. La Vía Láctea es visible, extendiéndose ante nosotros.

—Es precioso —digo—. No se ve un cielo tan despejado muy a menudo… Creo que nunca había visto tantas estrellas.

Nicolás se acerca y envuelve parte de la manta alrededor de mis hombros para compartir el calor, levantando también su mirada.

—Sí… es muy relajante —murmura.

Nos sentamos lado a lado en la nieve, sobre la manta extendida en el suelo. Siento el calor de Nicolás junto a mí y la presencia reconfortante de Flocon, que se acurruca en nuestro regazo. El frío me carcome las mejillas, pero no me importa.

—Me pregunto cuántas historias habrán escuchado las estrellas —digo mirando hacia arriba —. Cuántos deseos, cuántos secretos…

—Suficientes para que creamos en ellas, un poco al menos —responde Nicolás.

Las estrellas parpadean, como si nos estuvieran observando a su vez. Luego, tras un momento, Nicolás gira su rostro hacia mí.

—Clara, ¿te gustaría pedir un deseo? —me pregunta.

Observo las estrellas y pienso. Luego, lentamente, cierro los ojos. Aspiro una gran bocanada de aire helado y formulo mi deseo.

—Quisiera… que esta Navidad sea el comienzo de algo nuevo —digo finalmente.

Nicolás me mira. Sus ojos brillan bajo la tenue luz de las estrellas. Luego respira hondo y fija también su vista en el cielo.

—Yo también —susurra—. Yo también quiero que sea un renacer. Un momento para avanzar.

Permanecemos en silencio un momento y luego me inclino y le doy un beso a Nicolás en la mejilla. Él cierra los ojos y sonríe.

Saco la Polaroid de mi bolso.

—¿Inmortalizamos el momento? —pregunto.

Nicolás asiente. Sostengo la cámara a la altura de mis brazos, enfocando el cielo estrellado y nuestros rostros debajo. El flash nos ilumina y Flocon, curioso, alza la cabeza. Tomo una segunda foto para el buzón de Papá Noel. Esperamos a que las fotos se revelen, y cuando las estrellas se hacen visibles en el papel, se las muestro a Nicolás.

—Es perfecto —digo.

Nicolás asiente y sonríe. Luego, me ayuda a ponerme de pie y regresamos al chalet. Flocon nos sigue con paso alegre. Colocamos una de las fotos en el buzón y, de regreso en el interior, colgamos la otra en el tablero de Adviento. Este comienza a llenarse. Cada foto representa un recuerdo, una actividad, una emoción.

Nos sentamos junto al fuego y calentamos nuestras manos con tazas de chocolate caliente. El ambiente es sereno y acogedor.

Mientras avanza la noche y el cansancio comienza a mostrar síntomas, Nicolás me mira con una chispa divertida en los ojos.

—Clara, ¿alguna vez has pensado en intentar sorprender a nuestro misterioso Papá Noel? —pregunta de repente.

Lo miro, algo sorprendida, y una sonrisa traviesa se extiende por mis labios.

—Oh, ¿te refieres a… intentar pillarlo cuando viene a dejar las instrucciones y el material para las actividades? Podría ser divertido, ¿no?

Nicolás asiente.

—Debe venir bien tarde, cuando estamos dormidos, porque nunca lo oímos. Pero, ¿y si nos quedamos despiertos, solo por esta vez, para intentar verlo?

Me río como una niña a punto de hacer una travesura.

—Me encanta la idea —digo—. ¡Veamos si logramos verlo!

Nicolás sonríe, y así comienza nuestro plan para sorprender a Papá Noel.

Pasamos las horas siguientes conversando, intentando no dejarnos vencer por el sueño. Con

los párpados pesados, nos contamos anécdotas, reímos para mantenernos despiertos y aguzamos el oído. Flocon, por su parte, se ha acomodado a nuestros pies, plácidamente dormido, ajeno a nuestro plan nocturno.

El reloj de la cocina marca más de la medianoche cuando un ruido se escucha afuera. Un crujido en la nieve y algo que parece un leve tintineo de campanillas. Nicolás y yo nos quedamos inmóviles al instante y cruzamos una mirada cómplice.

—¿Escuchaste eso? —murmuro.

—Sí. Probablemente es él —susurra Nicolás mientras se levanta con cuidado.

Sin perder tiempo, nos dirigimos hacia la puerta de entrada. Tomo mi abrigo, Nicolás hace lo mismo, y salimos a la fría noche. El aire helado me corta la piel, pero la emoción me calienta casi de inmediato. Observamos alrededor e intentamos distinguir una silueta en la penumbra.

Hay movimiento a la orilla del bosque, pero es demasiado rápido para que podamos ver con claridad. Nicolás señala en esa dirección.

—¿Viste eso? —pregunto, mientras mi aliento forma nubes pequeñas en el aire helado.

—Sí, por allá. Vamos a ver.

Avanzamos con cautela, pero la figura desaparece casi de inmediato entre los árboles, dejando solo un perfecto silencio, interrumpido únicamente por el crujido de la nieve bajo nuestros pasos. Me detengo, desconcertada.

—Es demasiado rápido —susurro—. Nunca podremos verlo si sigue moviéndose así.

Nicolás asiente, y nos quedamos ahí un momento, observando el bosque. El frío empieza a sentirse cada vez más, y tiemblo. Flocon, que nos ha seguido, ladra, como diciéndonos que es hora de volver.

—Tienes razón, Flocon. No vamos a congelarnos aquí afuera —dice Nicolás, volviéndose hacia mí—. ¿Entramos?

Asiento con la cabeza, un poco decepcionada de no haber podido ver a nuestro Papá Noel, pero a la vez divertida por nuestra pequeña escapada nocturna. Damos la vuelta y regresamos al chalet. Nuestras pisadas dejan huellas en la nieve.

Al entrar, nos quitamos las chaquetas y cerramos la puerta detrás de nosotros. El calor del chalet contrasta con el aire helado de afuera. Me estiro, el cuerpo está entumecido por el frío.

—Esta vez no lo logramos, pero estoy segura de que algún día lograremos atraparlo —digo con una sonrisa divertida.

Nicolás ríe levemente.

—Sí, tarde o temprano caerá. ¿Sabes? Aunque no lo hayamos visto, me ha parecido bastante divertido. Parecemos dos niños intentando sorprender a Papá Noel en pleno trabajo.

Me río, pero me detengo al ver algo extraño. Hay un nuevo lazo dorado sobre la caja roja, y parece que no está en el mismo lugar que hace un rato.

Me acerco, intrigada. Nicolás me sigue.

—¿Crees que entró mientras estábamos afuera? —pregunto, abriendo la caja.

Dentro, encuentro una nueva carta, acompañada de una bolsita roja. Miro a Nicolás, incrédula, luego tomo la carta y la leo en voz alta.

«Queridos Clara y Nicolás,

Me alegra ver que están tan impacientes por descubrir la magia de la Navidad. Pero la paciencia es a veces la clave. Sigan creyendo, sigan soñando, y quizás algún día me sorprenderán. Mientras tanto, aquí les dejo algo para la actividad de mañana. Pero atención:

¡no abran la bolsita hasta mañana por la mañana! ¡Sean pacientes! ¡Ho ho ho!»

Levanto la mirada hacia Nicolás.

—Ahora sí que estoy impresionada —digo—. Estábamos afuera, ¡y aun así logró entrar sin que lo viéramos!

Nicolás sacude la cabeza, divertido.

—Este tipo es realmente bueno. Creo que me cae bien.

Me río.

Cerramos la caja y decidimos ir a dormir. Después de esta noche llena de sorpresas, me pesaban ya los párpados. Nicolás me acompaña hasta la puerta de mi habitación.

—Buenas noches, Clara —dice en voz baja—. Gracias por esta noche… Ha sido realmente especial.

—Buenas noches, Nicolás —murmuro.

Él duda un instante, luego se inclina y deposita un beso delicado en mi mejilla. Mi corazón se acelera, y le devuelvo la sonrisa antes de entrar en mi habitación.

Cierro la puerta detrás de mí. Cuando me meto bajo las mantas, aún veo estrellas.

Dieciséis de diciembre
9 días para Navidad
Los deseos de Navidad

La mañana está fría, gélida incluso. Al mirar por la ventana de mi habitación, veo el jardín nevado del chalet y los copos cayendo lentamente. Oigo a Flocon trotando por el pasillo. Me estiro.

Cuando bajo al salón, Nicolás ya está allí, inclinado sobre la caja roja. Se gira hacia mí con una sonrisa pícara, sus ojos aún muestran signos de cansancio debido a nuestra escapada nocturna.

—¡No lo adivinarías jamás! —dice.

Me acerco, intrigada. Abre la caja y descubro, para mi gran sorpresa, no solo la bolsita roja que debíamos abrir hoy, sino también un montón de material adicional. Hay sobres, papel fino, plumas y tinteros color ébano.

—¿Ha vuelto a pasar durante la noche? —pregunto, con los ojos bien abiertos.

Nicolás asiente, divertido.

—Sí, ¡es increíble este Papá Noel! Aunque lo vigilamos, siempre se escabulle.

Dejo escapar una ligera risa, mitad maravillada, mitad frustrada. Este misterioso benefactor no deja de sorprendernos. Respiro hondo y tomo la bolsita roja, curiosa por saber qué contiene.

—Veamos qué nos ha reservado —digo.

Abro la bolsita y saco una pequeña carta en un delicado pergamino. La leo en voz alta:

«Queridos Clara y Nicolás,

Hoy les propongo tomarse un momento para escribir. No se trata de simples palabras, sino de deseos, pensamientos sinceros, para aquellos que ocupan un lugar especial en sus corazones. Escriban una carta que nunca se hayan atrevido a escribir, a una persona querida, del pasado o del presente. Dejen que sus sentimientos fluyan en el papel. Porque a veces, es expresando lo que hemos retenido como logramos finalmente avanzar. Dejen hablar a sus corazones. ¡Ho ho ho!»

Cierro la carta y levanto la vista hacia Nicolás, que me observa en silencio.

—Es… bastante intenso —murmuro.

Permanecemos un momento en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos. Sé de inmediato que lo que él va a escribir tratará sobre Juliette. Y yo… pienso en mi padre. Trago con dificultad. Los recuerdos ya empiezan a venir.

Nicolás aclara su garganta y toma una pluma. La hace deslizar entre sus dedos, como para probar su ligereza.

—Supongo que debemos ponernos a ello —dice.

Asiento y me instalo en la mesa del salón, frente a él. Preparamos nuestras cartas. Respiro hondo y comienzo a pensar en lo que quiero escribir.

Papá…

Navidad siempre me recuerda aquellos momentos de infancia a su lado, y cada año, lo extraño un poco más. Tomo la pluma y empiezo a escribir, dejando que las palabras se plasmen en el papel, como si hubieran estado esperando este momento para ser liberadas.

«Papá,

No sé realmente por dónde empezar. La Navidad es siempre una época extraña para mí, porque es a la vez un tiempo de alegría… pero también de añoranza. Tu ausencia deja un vacío que nadie ha podido llenar.

Recuerdo las Navidades que pasábamos juntos, las risas que compartíamos los tres, contigo y mamá, los regalos que elegías con tanto esmero… Tú eras quien hacía mágica esta celebración. Y cada año, desde que ya no estás, trato de recuperar un poco de esa magia. Es difícil. A veces, tengo miedo de decepcionarte, de no estar a la altura de los sueños que tenías para mí. Te prometo que hago lo mejor que puedo y que seguiré esforzándome.

Te quiero, papá. Te extraño…

Clara.»

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras concluyo la carta. La doblo con cuidado, la meto en un sobre y la dirijo simplemente: «Para papá». Me seco los ojos con el dorso de la mano y levanto la cabeza.

Nicolás sigue inclinado sobre su carta, concentrado. Su rostro se ve tenso, una sombra se dibuja en sus facciones. Finalmente, deja la pluma. Sus manos tiemblan levemente. Permanece inmóvil por un instante. Luego, alza la vista y me mira.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

Asiente, pero puedo ver que su dolor sigue ahí. Toma una profunda respiración y me muestra su sobre. En él, ha escrito: «Para Juliette».

Le dirijo una sonrisa comprensiva.

—¿Quieres hablar de ello? —le digo.

Nicolás sacude la cabeza lentamente, pero, tras un momento de duda, se decide.

—Juliette era… todo para mí —comienza murmurando—. Escribir esta carta es… un desafío, pero probablemente sea necesario. Es como si tuviera que decirle todo lo que nunca pude confesarle, por falta de tiempo. Mostrarle que estoy avanzando. Que hago lo posible por cumplir mi promesa. Que intento vivir, incluso sin ella…

Siento un nudo en el pecho al escucharlo. Me levanto y bordeo la mesa para acercarme a él.

—Juliette estaría orgullosa de ti, Nicolás —le digo, colocando mi mano sobre la suya.

Me mira, y veo la emoción en sus ojos. Sin decir una palabra, aprieta mi mano con suavidad en respuesta.

Después de un momento, Nicolás se yergue, se limpia los ojos discretamente y me dedica una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa y luego miro las dos cartas, colocadas una al lado de la otra en la mesa.

Tomo la cámara Polaroid.

—Hay que hacerlo —digo en voz baja.

Él asiente, y nos levantamos, cada uno con nuestra carta. Tomo dos fotos y cuelgo una en el tablero de Adviento.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos con estas cartas? —pregunto, un poco insegura.

Nicolás piensa un instante, luego se levanta.

—Ven, —dice, tomando las dos cartas—. Tengo una idea.

Llevo la segunda foto y lo sigo al exterior, donde el aire frío nos golpea de inmediato. Nicolás camina hasta un rincón del jardín donde la nieve forma una ligera colina rodeada de algunos árboles.

—Aquí —dice.

Se arrodilla, coloca las dos cartas sobre la nieve y comienza a cubrirlas lentamente con una capa delgada e inmaculada de esta.

—Las dejaremos aquí —explica—. Bajo la nieve. Como un símbolo. Los recuerdos, el pasado, todo eso forma parte de nosotros… pero también necesitamos dejarlos descansar en paz.

Asiento con la cabeza. Me arrodillo junto a él y terminamos de cubrir las cartas. Cuando hemos terminado, permanecemos en silencio frente a esta pequeña tumba de nieve y papel.

Nicolás se gira hacia mí y toma mi mano.

Coloco la segunda foto en el buzón de Papá Noel y, luego, regresamos al chalet, dejando atrás nuestras cartas enterradas en la nieve.

Dentro, nos quitamos los abrigos y nos sentamos en el salón, uno junto al otro. El calor del fuego nos envuelve. Flocon, se despierta debido a nuestro regreso, trota hacia nosotros y se sube al sofá para acurrucarse junto a Nicolás.

Observo a Nicolás, que mira fijamente la chimenea, absorto en sus pensamientos. Sé que lo que acaba de hacer no es algo trivial.

Después de un momento de silencio, me inclino y tomo un leño pequeño para avivar el fuego.

—¿Sabes? —digo—, creo que lo que hicimos hoy es más importante de lo que pensamos.

Nicolás asiente.

—Sí… tienes razón, Clara. Creo que lo necesitaba. Creo que esto me ayuda… a ver las cosas de otra manera.

Gira la cabeza hacia mí, y nuestras miradas se cruzan.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Te hizo bien escribirle a tu padre?

Respiro hondo y reflexiono un instante antes de responder.

—Sí, creo que sí. A veces me pregunto si realmente he hecho el duelo… o si solo he enterrado el dolor. Y hoy, es como si finalmente le hubiera permitido a ese dolor respirar, salir a la luz… Antes de dejarlo descansar en paz, como lo hemos hecho.

Nicolás asiente, luego extiende la mano, toma la mía y la aprieta con suavidad.

—Me alegra que hayamos hecho esto juntos —dice—. No creo que hubiera tenido la fuerza para hacerlo solo.

Nos quedamos un largo rato sentados junto al fuego, nuestras manos entrelazadas, y nuestras mentes divagan entre el pasado y el presente.

El tiempo pasa.

La jornada transcurre. Lentamente, el día termina. El cielo afuera adquiere un tono azul oscuro, y la luz de la chimenea danza en las paredes del chalet. Bebemos té.

Me vuelvo hacia Nicolás.

—Nicolás, ¿alguna vez has pensado en… lo que harás después de este concurso? —pregunto.

Permanece en silencio un momento, con la mirada fija en las llamas. Luego, toma una

profunda inspiración y vuelve su rostro hacia mí.

—Sí —dice—. Honestamente, aún no sé exactamente qué haré. Pero de algo estoy seguro: quiero seguir adelante. No quiero volver a ser la persona deprimida y desesperada que era antes de llegar aquí…

Entiendo lo que quiere decir.

—Yo también —murmuro—. Pero tengo miedo de lo que me espera después. Tengo miedo de volver a caer en mis viejos hábitos, de regresar a esa vida que ahora me parece tan… superficial.

Nicolás aprieta mi mano, su mirada permanece clavada en la mía.

—Entonces, no dejes que eso suceda —dice—. Creo que los dos tenemos una oportunidad para cambiar, Clara. Para elegir lo que realmente queremos, sin las expectativas de los demás, sin el ruido constante. Este concurso, de alguna manera, nos muestra el camino. Y tú me has ayudado a ver todo eso.

Le sonrío.

—Tú también me has ayudado mucho, Nicolás —digo.

Él asiente, y veo esperanza en sus ojos.

—¿Sabes qué? Si después de todo esto, si una vez terminado el concurso, todavía quieres que nos apoyemos mutuamente… estaré aquí —dice.

—Creo que me gustaría mucho eso, Nicolás —murmuro.

El fuego crepita y Flocon se acurruca contra nuestras piernas, como si aprobara nuestra promesa. No hablamos más, pero todo está dicho.

Entonces, aprieto un poco más la mano de Nicolás, levantamos nuestras tazas y brindamos por la vida, por la esperanza y por esa magia que nos rodea.

Estamos listos.

Diecisiete de diciembre
8 días para Navidad
Los muñecos de nieve

El frío se instala desde temprano. Una neblina plateada se eleva de las ramas cargadas de nieve. Nicolás y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de abrir la caja roja. Dentro, un simple mensaje:

«¡Construyan muñecos de nieve! Sean creativos y diviértanse. ¡Ho ho ho!»

No he hecho realmente un muñeco de nieve desde que era niña. Siempre he pasado las Navidades anteriores en la ciudad, entre escaparates decorados y luces muy brillantes. Aquí estamos frente a algo desconocido.

Tomamos algunas cosas y salimos.

El jardín del chalet se extiende ante nosotros, en él se perciben algunas huellas de Flocon. Nicolás se gira hacia mí, con su gorro bien calado en la cabeza.

—¿Hacemos uno cada uno? —sugiere.

Levanto las cejas.

—¿Quieres decir… una competencia?

Él asiente.

—¿Por qué no? El perdedor prepara los chocolates calientes.

Finjo pensar un momento, luego asiento con una sonrisa desafiante.

—¡Trato hecho!

Nos ponemos manos a la obra mientras Flocon salta a nuestro alrededor, cavando agujeritos en la nieve fresca. Me concentro en la base de mi muñeco de nieve y trato de hacerla lo más redonda y sólida posible. Pero no es tan fácil… Mis manos se hunden en la nieve, mis guantes se humedecen, y cada vez que me detengo para recuperar el aliento, echo un vistazo hacia Nicolás. Él trabaja con una soltura que me irrita un poco. ¡Todo parece tan fácil para él! Apila la nieve con una tranquilidad envidiable y siento cómo crece en mí algo de frustración.

—¿Todo bien por allá? —grita él sin levantar la vista de su escultura.

Le lanzo una mirada burlona.

—¡Muy bien! ¡No creas que ganarás tan fácilmente! —respondo.

Él ríe. Me enderezo y continúo ensamblando las partes de mi muñeco, decidida a no dejarme superar. Recojo ramas pequeñas para los brazos, piedras para los ojos, y también tengo una bufanda y un viejo gorro que encontré en el chalet.

El aire frío nos envuelve, pero apenas lo siento. La competencia me absorbe. Mis guantes están empapados, la punta de mi nariz está irritada y mi respiración forma pequeñas nubes. De

vez en cuando, Nicolás y yo nos echamos una ojeada. Cada uno vigila el progreso de su oponente. Flocon, mientras tanto, va de un muñeco al otro ladrando alegremente.

Tras una hora de esfuerzos intensos, doy un paso atrás para admirar mi obra. Mi muñeco está bastante bien logrado. Tiene ojos expresivos, una gran sonrisa hecha con una rama torcida, y una bufanda roja que ondea ligeramente en el viento. Me vuelvo hacia Nicolás, quien coloca el toque final en su propio muñeco: acomoda cuidadosamente unas ramas de pino en su cabeza, formando una corona.

—Entonces, ¿veredicto? —pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho.

Él se gira hacia mí con una sonrisa de satisfacción.

—Nada mal, Clara. Pero mira esto —dice señalando su muñeco.

Me acerco para verlo de cerca, y tengo que admitir que Nicolás ha hecho un buen trabajo. Su muñeco es enorme, imponente, y ha usado piedras pequeñas para darle una expresión seria y solemne. Parece un rey. Me muerdo el labio e intento no mostrar que estoy impresionada.

—Bueno, parece que estamos empatados —digo encogiéndome de hombros.

Nicolás ríe levemente.

—Puede ser… Pero ¿sabes qué? ¡No importa quién gane! ¿Verdad que fue divertido?

Lo miro y me relajo.

—Sí —murmuro—. Fue divertido.

Nicolás se acerca a mí, y sin decir una palabra, pasa un brazo por mis hombros. Me acurruco contra él y disfruto del momento. Inmortalizamos nuestros muñecos de nieve con la Polaroid.

Nicolás vuelve a abrazarme, me aprieta un poco más fuerte, y sé que siente lo mismo que yo.

Pero de repente, noto algo extraño. Flocon ya no está.

Me separo ligeramente de Nicolás y miro a mi alrededor.

—¿Dónde está Flocon? —pregunto.

Nicolás recorre con su mirada el entorno blanco impoluto que nos rodea. Flocon, que jugaba alegremente a nuestro alrededor hace apenas unos minutos, ya no está a la vista.

—Estaba aquí justo antes —dice Nicolás, algo inquieto.

La angustia me sobreviene. Flocon es un perrito curioso, valiente y lleno de energía. Pero con este frío y este paisaje tan vasto, temo por él. Sin dudarlo, empiezo a llamarlo:

—¡Flocon! ¡Ven aquí! ¿Dónde estás? —grito.

Nicolás se une a mí. Su voz fuerte resuena, pero no hay respuesta, no escuchamos ningún ladrido. Siento cómo mi estómago se encoge y la ansiedad crece. La idea de perder a Flocon me aterra. Somos responsables de él.

—Lo encontraremos —dice Nicolás con un tono tranquilizador, aunque noto la preocupación en sus ojos.

Asiento, convencida, y decidimos separarnos y partir en direcciones diferentes para cubrir más terreno. Mis botas se hunden en la nieve profunda, cada paso es un esfuerzo, y sigo llamándolo.

Me aventuro más lejos, donde el bosque se vuelve más denso. Los árboles se alzan oscuros y silenciosos, y siento un escalofrío que no proviene precisamente de las bajas temperaturas. Llamo a Flocon una vez más. Detrás de mí, escucho a Nicolás que sigue buscando en la otra dirección.

Me doy la vuelta, lista para ir hacia otro lado, cuando de repente percibo un ruido. Una rascadura, casi imperceptible, un poco más lejos. Me detengo, aguzo el oído y trato de localizar la fuente del ruido. Luego lo escucho de nuevo, un sonido de garras arañando la nieve, seguido

de un leve ladrido apagado.

—¡Nicolás! —grito—. ¡Por aquí!

Corro en dirección al sonido, mis botas resbalan, y Nicolás se une a mí lo más rápido posible. Corremos juntos y seguimos el ruido que nos guía a través del bosque. ¿Qué le habrá pasado a Flocon? ¿Habrá caído en un agujero? ¿Se habrá quedado atrapado?

Finalmente, llegamos a un pequeño montículo de nieve, junto a un viejo tronco de árbol. Y es ahí donde vemos a Flocon. Está allí, con las patas hundidas en la nieve, rascando frenéticamente. Su cola se mueve de un lado a otro en el aire.

—¡Flocon! —exclama Nicolás, aliviado.

Me arrodillo inmediatamente junto a Flocon y extiendo la mano para acariciarlo. Flocon levanta la cabeza y me mira, sus ojos brillan, no muestra ninguna señal de miedo o dolor. No estaba perdido, solo estaba absorto en algo que encontró en la nieve.

—Pero ¿qué has descubierto, pequeñín? —murmuro.

Nicolás se agacha también y observa el lugar donde Flocon rasca con tanta determinación. Juntos apartamos la nieve y descubrimos un objeto enterrado. Es un objeto pequeño tallado en madera. A medida que removemos más nieve, empiezo a distinguir lo que es: una escultura que representa a una pareja abrazada, sus rostros se miran y sus cuerpos están juntos.

La escultura es sencilla. Los colores que la recubrían alguna vez apenas se distinguen, pero las dos figuras siguen allí, congeladas en un abrazo eterno.

Nicolás toma el objeto en su mano y lo observa desde todos los ángulos.

—¿Qué hace esto aquí? ¿Qué crees que sea exactamente? —pregunto.

Él sonríe.

—Quizás un mensaje del pasado —dice—. Alguien que estuvo aquí antes que nosotros… Otra pareja… Tal vez el chalet sea el testigo silencioso de todas estas historias…

Mis dedos tocan la escultura y noto un grabado casi ilegible en la base de la madera. Entrecierro los ojos para intentar leer lo que dice.

—Mira, Nicolás… Aquí hay algo —digo, señalando las letras apenas visibles.

Nicolás se inclina. Finalmente, logra descifrar algunas palabras.

—«Por siempre… juntos» —lee en voz baja.

Mi corazón se encoge.

Nicolás levanta la vista, me mira y veo un destello en sus ojos.

—Realmente me asusté —dice—. Flocon es parte de esta aventura. Tanto como tú…

Siento un nudo en el pecho. Extiendo mi mano y aprieto la suya.

—Sí, es nuestro ángel guardián —digo, echando una mirada afectuosa a Flocon.

Nicolás me atrae con delicadeza hacia él, y sin decir nada, me envuelve en sus brazos. Me acurruco contra él. Siento el frío de la nieve bajo mis pies, pero también el calor de su abrazo. No es solo un abrazo, es una promesa.

Regresamos al chalet. Caminamos despacio, uno al lado del otro, Nicolás y yo, nuestras manos todavía entrelazadas, mientras Flocon, este pequeño mensajero del destino, trota a nuestro alrededor, orgulloso de su hallazgo.

Dieciocho de diciembre
7 días para Navidad
Los patines de hielo

La mañana es especialmente luminosa. El sol ha salido detrás de las montañas y baña la nieve con una luz dorada. Cuando bajo, Nicolás ya está frente a la caja roja, con una expresión curiosa. Me está esperando.

—¿Lista para ver qué nos ha dejado Papá Noel hoy? —pregunta con los ojos brillantes.

Asiento con entusiasmo. Nicolás abre la caja y descubrimos juntos el contenido: dos pares de patines de hielo, una vieja brújula, un mapa dibujado a mano y una carta. Nicolás me tiende la carta y comienzo a leerla en voz alta:

«Queridos amigos,

Hoy les propongo una aventura. Sigan el mapa y descubran el estanque congelado donde podrán patinar juntos. Y no se preocupen, ¡he pensado en todo, incluso en sus tallas! Sí, conozco sus números de pie, no me pregunten cómo… ¡es otro truco de magia! ¡Ho ho ho!

Disfruten mucho y recuerden: a veces hay que perderse un poco para encontrar lo que realmente importa.»

Me vuelvo hacia Nicolás.

—Sabe nuestras tallas… Este Papá Noel realmente está en todas partes —digo, alzando los ojos al cielo.

Nicolás ríe y comenzamos a estudiar el mapa. Es un dibujo sencillo. Los caminos que debemos seguir están marcados por una línea simple que serpentea el bosque. Pequeñas cruces señalan los puntos de referencia.

—Parece que tenemos una expedición por delante —comenta Nicolás, con aire decidido.

Nos abrigamos bien, nos ponemos gorros y bufandas y tomamos los patines, el mapa y la brújula. Flocon da vueltas a nuestro alrededor, ansioso por acompañarnos en esta aventura. Meto la Polaroid en mi bolso. Una vez listos, emprendemos el camino. Nicolás sostiene la brújula frente a él.

El bosque está hermoso esta mañana; los árboles están repletos de nieve y sus ramas se unen sobre nosotros como una bóveda. Seguimos el camino lo mejor que podemos, pero rápidamente siento que nos estamos perdiendo. Nicolás se concentra en el mapa y frunce el ceño.

—Debe ser por aquí, ¿no? —dice, mirando a su alrededor.

Miro la brújula, que parece indicar una dirección ligeramente distinta. La duda empieza a invadirme. El bosque es denso y cada árbol se parece al anterior. Echo un vistazo a Flocon, que olfatea aquí y allá.

—Creo… que estamos perdidos —digo, intentando no dejar que el pánico se apodere de mí.

Nicolás deja escapar un suspiro y se frota la frente con una expresión contrariada.

—Genial… Papá Noel debió dejarnos un GPS —dice con una risa nerviosa.

También río para intentar relajar el ambiente, pero en el fondo siento la inquietud creciendo. Seguimos caminando, dudando sobre qué dirección tomar. Flocon nos sigue, con la nariz pegada al suelo, como si intentara entender qué estamos haciendo.

Después de varios minutos de una caminata que parece interminable, me detengo.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Estamos perdidos en medio del bosque, sin teléfono, ¡y el estanque podría estar en cualquier lado!

Nicolás me mira, luego baja la vista hacia Flocon.

—Espera un segundo —dice Nicolás, y sus ojos se iluminan de repente.

Saca los patines de nuestros bolsos, se agacha y se los muestra a Flocon, quien los olfatea con curiosidad. Luego, Nicolás se vuelve hacia mí con una mirada llena de esperanza:

—¿Y si Flocon sabe hacia dónde ir? Quiero decir, seguro que tiene un mejor sentido de la orientación que nosotros.

Lo miro, escéptica, pero sin tener nada que perder, asiento con la cabeza. Flocon, tras un instante de reflexión, comienza a trotar en una dirección sin despegar su hocico del suelo y agitando su cola.

—Vamos, digo.

Seguimos a Flocon, que parece cada vez más seguro de sí mismo a medida que avanza. El bosque se abre poco a poco, y pronto distingo un claro entre los árboles. El sol ilumina la nieve. Continuamos siguiendo a Flocon hasta que salimos a una vasta extensión de hielo, rodeada de árboles.

—Aquí estamos… Es el estanque —susurro, maravillada.

El estanque está cubierto por una gruesa capa de hielo que parece perfecta, lisa y brillante bajo el sol. Flocon, orgulloso de su descubrimiento, corre en círculos a nuestro alrededor y ladra con alegría. Me vuelvo hacia Nicolás con una amplia sonrisa en los labios.

—Tenías razón. ¡Flocon es nuestro salvador!

Nicolás ríe y se inclina para acariciar a Flocon.

—Bien hecho, campeón.

Nos sentamos en un tronco caído para ponernos los patines, con los dedos entumecidos por el frío. Siento una mezcla de emoción y aprensión. Me levanto con cuidado.

Nicolás, ya de pie, me tiende la mano.

—¿Lista para enfrentar el hielo, Clara?

Tomo su mano, y juntos avanzamos hacia el estanque. Nuestros primeros pasos son inestables, torpes. Siento mis piernas temblar y me agarro a Nicolás para no caerme. Él se ríe y pasa su brazo alrededor de mi cintura para sostenerme.

—¿Ves? Es como nuestra estancia aquí —dice—. Al principio vacilábamos, pero solo había que confiar el uno en el otro para lograrlo.

Siento el calor de su brazo a mi alrededor y su mano que me sostiene.

Nos deslizamos lentamente sobre el hielo y reímos de nuestras torpezas. Flocon, por su parte, está eufórico. Resbala en todas direcciones y sus patitas se extienden de forma graciosa. A veces cae y se levanta de inmediato, sin desanimarse, y estallamos en carcajadas cada vez.

Empiezo a ganar algo de confianza, suelto la mano de Nicolás y trato de patinar sola. Mis movimientos son inciertos. Nicolás, en cambio, intenta hacer algunos movimientos más amplios,

pero pronto pierde el equilibrio y se sostiene apenas.

De repente, lo veo tambalearse cerca del borde del estanque, y sus brazos se mueven tratando de estabilizarse. Patino hacia él, pero cuando lo alcanzo y lo agarro, pierde el equilibrio, cae y me arrastra con él en su caída. Los dos terminamos tumbados en la nieve, sin aliento por el impacto. Una risa se me escapa, seguida de inmediato por la de Nicolás.

—Creo que soy mejor haciendo muñecos de nieve que patinando —dice.

Me reincorporo. Mi mirada se encuentra con la de Nicolás. Nuestros rostros están cerca, y puedo ver cada detalle de su expresión.

Se inclina ligeramente hacia mí y me besa en la mejilla. Me quedo inmóvil un instante, con el corazón latiendo a toda prisa. Quisiera que este momento durara para siempre, pero no puedo evitar una risa nerviosa.

—Bueno, podríamos practicar un poco más antes de intentar acrobacias, ¿no crees? —digo, para bromear con él.

Nicolás se ríe.

—De acuerdo, de acuerdo, prometo que solo haré deslizamientos simples por ahora —dice, levantándose.

Veo a Flocon que sigue corriendo en todas direcciones. Su felicidad es contagiosa, y me levanto también.

Volvemos a movernos, con más cautela esta vez, nuestras manos entrelazadas. Nos deslizamos lentamente sobre el hielo.

—Sabes, Clara —comienza Nicolás después de un largo silencio—, a veces me pregunto qué habría sido de mí si no hubiera aceptado participar en este concurso.

Lo miro y nos detenemos.

—Creo que… me habría dejado llevar por mi dolor y mis remordimientos —confiesa, con la voz baja—. Pero aquí, contigo, cada día es como si recuperara algo que había perdido.

Aprieto un poco más su mano entre la mía.

—No sé qué nos depara el futuro, pero no me arrepiento de estar aquí, contigo —digo, mirándolo a los ojos.

Él me sonríe.

Después de varios intentos de figuras torpes, finalmente decidimos sentarnos al borde del estanque para recuperarnos. Aprovechamos este momento para tomarnos fotos con la Polaroid.

Me quito los patines. Flocon se acurruca contra mí, buscando el calor de mis brazos. Nicolás está a mi lado.

Nos quedamos sentados un rato, disfrutando de la calma y la belleza del estanque helado. Pero cuando decidimos que es hora de regresar, de repente nos asalta una pregunta crucial.

—Eh… ¿cómo volvemos al chalet ahora? —digo, frunciendo el ceño y mirando a nuestro alrededor.

Nicolás observa la brújula, luego el mapa que se suponía debíamos seguir, y permanece perplejo. Flocon, que parecía tan seguro de la dirección hace un momento, ahora trota sin preocuparse por el regreso.

—Fue Flocon quien nos guió —dice Nicolás, sacudiendo la cabeza—. ¿Y ahora?

Comenzamos a caminar en la dirección que nos parece correcta. Intentamos regresar siguiendo nuestras huellas, pero rápidamente se vuelve confuso. Los árboles que nos rodean se parecen todos. Siento mi estómago encogerse.

Intentamos que Flocon huela objetos del chalet, pero no reacciona y nada sucede.

—Realmente estamos perdidos… —digo, preocupada.

Pero justo cuando la angustia comienza a apoderarse de nosotros, un sonido de campanillas resuena a lo lejos. Levanto la cabeza, con los ojos muy abiertos, y busco la fuente de ese sonido. Una silueta emerge de entre los árboles, y un inmenso alivio me invade.

—¡Miren quién está aquí! —dice una voz alegre—. Es el mismísimo Papá Noel, ¡llegando a su rescate!

Nicolás y yo nos quedamos boquiabiertos por un instante. Papá Noel, vestido con su traje rojo y blanco, con una gran sonrisa traviesa, se acerca a nosotros.

—¿De verdad pensaron que los iba a dejar solos, perdidos en este bosque? —dice riendo—. Vamos, vamos, los estaba vigilando desde lejos. ¡Es demasiado arriesgado dejarlos así, sin teléfono, con este frío!

Nicolás sonríe.

—Debimos imaginárnoslo —dice—. ¡Tiene un don para aparecer en el momento adecuado!

Papá Noel se acerca. Nicolás saca una de las dos fotos que tomamos antes.

—Esta es para usted —dice Nicolás, entregándole la foto.

Papá Noel la toma, la mira sonriendo y la guarda en el bolsillo interior de su abrigo.

—Muchas gracias. Veo todas sus fotos, cada día, gracias al buzón —dice, malicioso—. Esto me permite verificar que siguen bien todas las actividades… y también admirar sus progresos. ¡Van por el buen camino, sigan así! Faltan solo unos días para que termine el concurso. Están cerca, así que manténganse firmes y sigan el dictado de su corazón.

Nos hace una señal para que lo sigamos. Nicolás y yo intercambiamos una mirada, y luego le seguimos los pasos. Flocon trota alegremente detrás de Papá Noel.

Caminamos en silencio a través del bosque, y el sendero parece de pronto más despejado. La silueta roja de Papá Noel se destaca entre los troncos oscuros. Las campanillas que lleva en el cinturón suenan ligeramente.

Después de un momento, empiezo a reconocer algunos puntos de referencia: la curva de un árbol, un tocón viejo, un pequeño montículo de nieve que habíamos pasado al venir. La inquietud que sentía va desapareciendo poco a poco y una sensación de seguridad la reemplaza.

—Lo ven —dice Papá Noel volviéndose hacia nosotros con una sonrisa bondadosa en los labios—, ¡nunca hay que perder la esperanza!

Finalmente llegamos frente al chalet. Papá Noel se detiene, se gira hacia nosotros y nos dirige una cálida sonrisa.

—Aquí están, jóvenes. De vuelta a casa. No olviden: sigan mostrando valor y dejen que la magia actúe.

Nos hace un gesto de despedida. Nicolás y yo le agradecemos sinceramente antes de verlo alejarse. Su figura roja se pierde en el paisaje nevado, y el sonido de sus campanillas resuena un instante más antes de apagarse en el bosque.

Nos quedamos un momento frente al chalet, mirando los copos de nieve que caen lentamente a nuestro alrededor. Luego, Nicolás aprieta mi mano entre la suya.

—¿Lista para entrar? —me pregunta.

Asiento. Caminamos juntos hasta la puerta del «Chalet del renacer», con Flocon a nuestro lado, y finalmente entramos «a casa».

Colgamos la segunda foto en el tablero de Adviento, y luego nos instalamos junto a la chimenea. Nicolás prepara dos chocolates calientes, y yo me acurruco contra él.

—Entonces —digo en voz baja—, ¿crees que realmente vamos por el buen camino?

Él sonríe.
—Creo que sí, Clara. Creo que ya casi llegamos…

Diecinueve de diciembre
6 días para Navidad
El calendario de Adviento retrospectivo

Esta mañana nos levantamos con cierta lentitud, la aventura de ayer nos ha dejado algo cansados. Nicolás está frente a la caja roja, con un tazón de café en las manos.

—¿La abrimos juntos? —digo, acercándome.

—Claro, vamos a ello —responde.

Nos arrodillamos frente a la caja, curiosos por descubrir qué ha planeado Papá Noel para nosotros hoy. Nicolás levanta la tapa y encontramos papeles de colores, acompañados de tijeras, rotuladores, pegamento y una gran hoja en blanco. También hay una carta. Nicolás la toma y me la entrega.

Empiezo a leer en voz alta:

«Mis queridos amigos,

Hoy los invito a hacer una pausa. Creen juntos un calendario de Adviento retrospectivo para recordar los momentos vividos aquí, en el chalet. Miren las fotos en el tablero de Adviento y cuenten lo que cada día ha significado para ustedes. Que sus recuerdos iluminen este calendario y revivan la magia de cada instante compartido. ¡Diviértanse y recuerden: cada recuerdo es una estrella en el cielo! ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás. Él me observa, pensativo.

—Un calendario retrospectivo, ¿eh? Podría estar bien… aunque debo admitir que algunos recuerdos son más fáciles de evocar que otros —dice, con una ligera sonrisa.

Me río y asiento. Los primeros días fueron un poco tensos y torpes, pero hay algo reconfortante en la idea de trazar nuestro recorrido, de ver cómo todo esto nos ha transformado poco a poco.

—Lo haremos juntos —digo, llena de entusiasmo.

Reunimos todas las fotos del tablero de Adviento, las colocamos en el centro de la mesa y empezamos a recortar los papeles de colores. Cada papel representará un día, una actividad, un recuerdo.

De repente, unas voces en el exterior rompen el silencio de la mañana. Frunzo el ceño y me levanto para ir a la ventana. Tres figuras se acercan al chalet. Me vuelvo hacia Nicolás, intrigada.

—Viene gente…

Distingo a mi madre acercándose, seguida por los padres de Nicolás, a quienes vi el día de nuestra llegada. Una ola de sorpresa, mezclada con un ligero nerviosismo, me invade. Miro a Nicolás.

—Mi madre y tus padres están aquí —le digo.

—¿Qué? Pero ¡no nos dijeron que iban a venir! —exclama.

Unos momentos después, llaman a la puerta. Abro y dejo entrar a mi madre, seguida de los padres de Nicolás. El frío de la mañana les ha puesto las mejillas rojas.

—¡Hola, querida! —exclama mi madre, abrazándome con calidez.

La abrazo, algo desconcertada, y cruzo la mirada con los padres de Nicolás. Ellos sonríen. Echo un vistazo a Nicolás, que también sonríe mientras saluda a sus padres, aunque parece un poco indeciso.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa… —dice Nicolás, mientras besa a su madre en la mejilla.

Los padres de Nicolás y mi madre intercambian miradas cómplices. Me muerdo ligeramente el labio.

Después de tomarse un momento para entrar en calor y quitarse los abrigos, nuestros padres se instalan en el salón.

—Entonces, ustedes dos, ¿cómo va el concurso? —pregunta la madre de Nicolás con una sonrisa enigmática.

Me siento un poco nerviosa y miro a Nicolás, que parece no estar demasiado desconcertado por la pregunta.

—Bueno, estamos aprendiendo muchas cosas —responde él.

Mi madre asiente.

—Eso es lo importante —dice ella—. Aprender… y tal vez acercarse… —añade con una sonrisa pícara.

Siento que mis mejillas se sonrojan, pero guardo silencio. Algo me dice que ellos saben exactamente lo que está pasando aquí, quizás incluso mejor que nosotros. Nicolás evita la mirada de sus padres. Sonrío levemente e intento no parecer demasiado avergonzada.

El tiempo pasa, y la conversación gira en torno a banalidades, pero siempre hay esa sensación de control misterioso y benevolente que flota sobre nosotros. Nuestros padres finalmente se levantan.

Antes de irse, los padres de Nicolás colocan una mano en el hombro de su hijo.

—Estamos orgullosos de ti, ¿sabes? —le susurra su madre.

Mi madre me abraza una última vez antes de irse. Me susurra al oído:

—Confía en mí, Clara. Esta estancia bien podría ser el comienzo de algo importante.

La miro, sin responder. Ella me sonríe y acaricia mi mejilla.

—Disfruta de cada instante —añade.

Luego se marchan, dejándonos a Nicolás y a mí ligeramente conmocionados por esta visita inesperada.

Una vez solos, intercambiamos una larga mirada.

—Creo que saben más de lo que dicen —murmuro, acercándome a Nicolás.

Él sonríe, pensativo.

—Sí… pero, al fin y al cabo, quizá sea mejor así, ¿no? —dice—. Mientras esto nos haga bien.

Asiento, y volvemos a nuestro calendario.

Nos sentamos de nuevo a la mesa. Tomo una de las fotos del tablero de Adviento, la del día en que hicimos galletas, el segundo día, y se la entrego a Nicolás.

—Ese día… ¿te acuerdas? —digo riendo.

Nicolás sonríe y asiente.

—Sí, me acuerdo… ¡Teníamos harina por todos lados!

Anoto eso en un papel pequeño, con la fecha, y lo pego en la hoja grande. Continuamos así, pasando de una foto a otra. Para cada día, escribimos una nota, un recuerdo especial. Los primeros días son torpes, llenos de dudas. Luego, poco a poco, nuestras sonrisas se comienzan a ver más y más en las fotos y nuestras palabras se vuelven más tiernas.

Seguimos trabajando juntos. Nuestras manos se tocan a veces cuando tomamos las fotos o los rotuladores. Recorrimos cada momento, cada actividad. A medida que completamos los días, nuestro calendario de Adviento retrospectivo toma forma en la hoja grande. Es un mosaico colorido que representa nuestro recorrido desde el primer día aquí.

Llegamos al día catorce de diciembre, el día en que creamos bolas de Navidad personalizadas.

—Ese día… fue realmente intenso —digo, colocando la foto frente a nosotros.

Nicolás asiente con la cabeza, y veo que su mirada se pierde un instante. Luego toma un rotulador, duda un poco, y comienza a escribir lentamente en un trozo de papel:

«Ese día, enfrenté mis recuerdos. La promesa que había hecho. Entendí que era hora de dejar ir una parte de mi pasado. Gracias, Clara, por permitirme hacerlo.»

Lo observo escribir, y siento un nudo en el corazón. Nicolás deja el rotulador, levanta la vista y me mira.

—Ese día… fuiste tú quien me ayudó a dar ese paso —murmura.

Asiento, conmovida, y pongo mi mano sobre la suya.

Permanecemos así un momento, hasta que Nicolás toma otra foto. La del día siguiente, cuando observamos las estrellas juntos, y luego otra en la que escribimos nuestros deseos de Navidad.

Para cada día, añadimos una pequeña nota en el calendario, algo que represente nuestro estado de ánimo en ese momento.

Finalmente llegamos a la foto del día anterior, la del estanque congelado.

—Ese día… —comienza Nicolás riendo ligeramente—. No pensé que pudiera divertirme tanto patinando. Fue sencillo, pero tan auténtico.

Tomo el rotulador y escribo algunas palabras en un papel:

«El día en que dejamos el miedo atrás y aprendimos a deslizarnos en la vida, juntos.»

Pego este último pedazo de papel en la hoja, y luego me tomo un momento para admirar nuestra obra. La inmortalizamos con la cámara Polaroid, tomando nuestras dos fotos habituales. El calendario está muy colorido. Cada día es una parte de nuestra historia.

Luego me dejo caer en la alfombra mullida, con la vista fija en el techo. Nicolás se tumba a mi lado. Nuestras espaldas se tocan. Nos quedamos un momento en silencio, mirando hacia arriba.

—Casi hemos llegado —murmura él—. Solo unos días más…

Giro la cabeza hacia él. Hay en sus ojos una ternura, un cariño que me llama.

—Nicolás… —susurro, sin saber realmente a dónde quiero llegar.

Su rostro está a unos centímetros del mío. Veo cómo su mirada se desliza hacia mis labios. Mi corazón late más rápido, y me acerco lentamente. Cierro los ojos.

Nuestros labios se encuentran en un beso tierno, primero vacilante, luego más seguro. El tiempo se detiene a nuestro alrededor.

Cuando finalmente nos separamos, mantengo los ojos cerrados por un instante, saboreando el momento. Luego los abro y veo a Nicolás mirándome y sonriéndome.

Nos quedamos acostados uno al lado del otro. Nuestras manos se buscan y se encuentran.

Después de un largo rato simplemente disfrutando de este silencio cómodo, terminamos por levantarnos, algo entumecidos.

Miramos nuestro «calendario de Adviento retrospectivo». Cada palabra es una parte de nosotros, una parte de este mes que hemos pasado juntos.

—Creo que Papá Noel va a estar orgulloso de nosotros cuando vea esto —digo.

Sonreímos, y nos instalamos juntos cerca del fuego de la chimenea, compartiendo una manta sobre los hombros. Nicolás prepara dos chocolates calientes y me tiende una taza.

—Por nosotros y por estos recuerdos —dice, alzando su taza.

Levanto la mía y la choco lentamente contra la suya.

—Por nosotros —murmuro.

Veinte de diciembre
5 días para Navidad
El camino de luz

La noche ha sido tranquila. Los recuerdos de nuestro beso de ayer vuelven a mi mente y me dejan una sonrisa en los labios. Nicolás ya está despierto cuando bajo al salón. Está junto a la caja roja, concentrado. Flocon está a sus pies, moviendo su cola.

—¡Parece que estamos listos para otra sorpresa! —digo.

Nicolás me sonríe y abre la caja. Dentro encontramos guirnaldas solares, una rama de pino, tijeras, cuerda y una nota de Papá Noel. La tomo y la leo en voz alta:

«Queridos amigos,

Hoy les propongo que usen las guirnaldas y lo que encuentren en la naturaleza para crear un camino de luz que los lleve hasta la entrada del chalet. Que esta luz los guíe y que los recuerdos que han construido juntos iluminen sus corazones. ¡Diviértanse y dejen que la magia haga su trabajo! ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás. Él examina las guirnaldas.

—Será perfecto para iluminar la nieve —dice.

—¿Cómo funciona? —pregunto.

Nicolás me lo explica. Las guirnaldas tienen paneles solares pequeños que capturan la luz durante el día y la convierten en energía. Al final del día, se encienden automáticamente cuando desaparece la luz del sol. Es práctico, ecológico y, sobre todo, perfecto para nosotros aquí, en plena naturaleza.

—¡Va a quedar increíble! —digo, ya emocionada con la idea de crear nuestro propio camino de luz.

Nos ponemos nuestros abrigos, guantes y gorros, listos para enfrentar el frío. El aire es fresco, pero el sol está alto en el cielo e ilumina la nieve. Nos dedicamos a buscar ramas de pino y otros elementos naturales para completar nuestra decoración.

Flocon nos sigue y salta en la nieve, olfateando las ramas que recogemos, curioso de todo lo que hacemos. Encuentro una hermosa rama de pino cubierta de piñas pequeñas y se la muestro a Nicolás.

—Esta es perfecta —digo.

Nicolás asiente con una sonrisa.

Pasamos gran parte de la mañana recogiendo todo lo necesario. Luego, nos ponemos a trabajar. Atamos las guirnaldas a las ramas y las colocamos formando un camino que lleva a la entrada del chalet. Hacemos pausas para reírnos cuando Flocon intenta «ayudarnos» arrastrando

las ramas que ya habíamos acomodado.

—Hoy está realmente motivado, este pequeñín —digo riendo.

Seguimos colocando las guirnaldas. Es un trabajo en equipo.

Después de terminar todo, sacamos la Polaroid y tomamos dos fotos de nuestro camino ya listo. La primera para el buzón, la segunda para el tablero de Adviento.

Volvemos al interior, satisfechos con nuestro trabajo. Es hora de hacer una pequeña pausa después de esta mañana tan ajetreada.

La tarde transcurre tranquila y una dulce fatiga se instala después de nuestro esfuerzo matutino. Nicolás y yo nos sentamos en el sofá, con una manta sobre los hombros. Miramos nuestro camino a través de la ventana y anticipamos el momento en que se iluminará al caer la noche.

Pero cuando el sol empieza a ponerse, notamos algo: la chimenea se ha apagado. El fuego, que había calentado el chalet durante todo el día, no es más que un montón de brasas y cenizas.

—Oh, creo que es hora de volver al trabajo —digo, levantándome.

Nicolás me mira y sonríe.

—Vamos. Encendámoslo juntos.

Nos arrodillamos frente a la chimenea. Reunimos los troncos y preparamos los trozos pequeños de madera. Es un trabajo delicado, y trabajamos en silencio. Nicolás me muestra cómo apilar la madera para propiciar el encendido de las llamas.

—Es cuestión de paciencia y método —me dice, concentrado.

Lo observo y sonrío al verlo tan aplicado. Finalmente, Nicolás enciende un fósforo. La llama danza, luego se propaga lentamente a los trozos pequeños de madera. Permanecemos agachados frente a la chimenea, viendo cómo las llamas cobran vida, crecen e iluminan de nuevo la habitación. El calor regresa poco a poco.

—Ahí está —dice Nicolás, girándose hacia mí—. ¡El fuego ha vuelto! ¡Se ha reavivado la llama!

Me acurruco junto a él, y él pasa un brazo sobre mis hombros. Nos quedamos sentados frente a la chimenea, disfrutando del calor y la luz.

Ya ha caído la noche y el camino que creamos empieza a iluminarse poco a poco. Las luces pequeñas se encienden una a una y las guirnaldas comienzan a brillar. Desde la ventana, el espectáculo es mágico. Es un sendero resplandeciente que lleva hasta nuestro chalet.

—Es magnífico —digo en voz baja, maravillada.

Nicolás está a mi lado, su mirada fija en el camino. Asiente en silencio antes de abrazarme con fuerza.

—No sé cómo lo hace Papá Noel, pero siempre nos sorprende y hace que cada día sea un poco más mágico —murmura Nicolás.

Sonrío. Tiene razón.

—Este camino de luz, representa bien lo que hemos vivido, ¿no? —digo.

Nicolás gira la cabeza y clava sus ojos en los míos.

—Sí, creo que tienes razón, Clara —responde.

Nos quedamos en silencio un rato, observando las guirnaldas que brillan en la noche.

—Tengo una idea, dice de repente Nicolás. ¡Ven!

Lo sigo, intrigada. Toma una manta del salón y luego me guía hacia la puerta de entrada. Abre la puerta, y siento el aire frío de la noche golpearme, pero no me importa. Siento curiosidad por saber qué tiene en mente.

—Ven, vamos afuera, dice.

Nos ponemos los abrigos y salimos los dos. Nicolás extiende la manta sobre la nieve, en un lugar desde donde podemos ver bien todo el camino de luz. Se sienta y luego me invita a sentarme a su lado. Me acomodo y él me envuelve en sus brazos.

El cielo está despejado, y las estrellas brillan sobre nosotros. Las guirnaldas iluminan el camino, y a nuestro alrededor, el bosque está en silencio. Es un momento de pura magia.

—Sabes, empieza Nicolás, creo que no he sido tan feliz en… mucho tiempo.

Giro la cabeza hacia él. Tiene los ojos fijos en las luces, y veo la emoción en su mirada.

—Antes de venir aquí, me sentía… perdido. Como si mi vida ya no tuviera sentido, como si no tuviera más razones para continuar. Pero desde que estoy aquí, contigo, cada día es una nueva razón para sonreír.

Siento que mis ojos se humedecen. Mi corazón se encoge.

Él me mira, y me inclino hacia él. Nuestros labios se encuentran de nuevo, en un beso tierno y sincero, lleno de esperanza.

Nos quedamos un rato más afuera, mirando el camino de luz y las estrellas. Luego, cuando el frío empieza a hacerse sentir de verdad, volvemos adentro.

De regreso en el chalet, Nicolás se asegura de que el fuego siga ardiendo en la chimenea. Nos acomodamos junto al fuego. El calor de las llamas es reconfortante, y siento que mis párpados se vuelven pesados. Nicolás prepara dos chocolates calientes y me tiende una taza.

Brindamos y luego bebemos en silencio. Es un momento perfecto.

Cuando terminamos nuestros chocolates, me acurruco contra Nicolás, y él pasa un brazo por mis hombros. Nos quedamos así, con la mirada fija en las llamas, mientras nuestros corazones laten en armonía.

Veintiuno de diciembre
4 días para Navidad
La aldea navideña

Aún estoy un poco adormilada cuando bajo al salón, pero una silueta familiar me despierta de golpe. Papá Noel está allí, vestido con su abrigo rojo y su gorro, rodeado de un saco lleno de cajas. Nicolás, a su lado, lo mira, visiblemente tan sorprendido como yo.

—¡Ho ho ho! ¡Buenos días, Clara! —exclama Papá Noel, girándose hacia mí con una tierna sonrisa—. ¡Justo a tiempo!

—¿Papá Noel? —digo, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué hace usted aquí?

—Ah, mis jóvenes amigos, hoy es un día muy especial. He venido en persona a traerles una sorpresa y a recordarles algo importante —dice señalando el saco.

Se vuelve hacia Nicolás y hacia mí y nos hace un gesto para que nos acerquemos. Abre una primera caja y comienza a sacar figuritas de madera, delicadamente esculpidas: casas, animales, personajes con ropa de invierno, pinos, muñecos de nieve. Todo un mundo en miniatura que coloca sobre la mesa frente a nosotros.

—He traído lo necesario para que construyan su propia aldea navideña —dice, sonriendo—. Y, no olviden las figuritas que ya les he regalado. ¡Podrán reutilizarlas e integrarlas en la aldea!

Nicolás lanza una mirada hacia la chimenea, donde todavía están las figuras de animales que recibimos antes.

—Es cierto… Habíamos empezado una pequeña escena con ellas —dice.

—¡Exactamente! —dice Papá Noel—. Hoy crearán una aldea navideña en miniatura, un lugar donde cada detalle importa. Tómense su tiempo, diviértanse y, sobre todo, recuerden que cada elemento que coloquen debe tener un significado preciso y especial.

Sonrío. Es un proyecto hermoso.

—Los dejaré con su obra —dice, tomando su ahora saco vacío —. Y no lo olviden, amigos míos, ¡construyan esta aldea juntos!

Nos guiña un ojo antes de alejarse y cierra la puerta detrás de él. El silencio se apodera del chalet.

—Bueno, parece que tenemos trabajo por hacer —digo, sonriéndole a Nicolás.

Nos sentamos en la mesa y empezamos a examinar las figuritas. Hay docenas, todas más bonitas que las anteriores. Cada personaje, cada casa, parece contar una historia.

—Primero veamos lo que tenemos —digo—. Podríamos comenzar con las casas y luego añadir los personajes y los animales.

Nicolás asiente. Sacamos las figuritas de las cajas, una por una, y las colocamos sobre la

mesa. Los animales de la chimenea se unen a las demás figuras.

—Me gusta mucho esta casita —digo, tomando una figura que representa un chalet diminuto con una chimenea humeante—. Se parece un poco al nuestro, ¿no?

Nicolás asiente.

—Sí, tienes razón. Podríamos ponerla en el centro, como si fuera la casa principal.

Coloco el chalet en el centro de la mesa. Añadimos las otras casitas alrededor. Representan los diferentes edificios de la aldea. Hay una panadería con un cartel que dice «Pan de jengibre», una iglesia pequeña con un campanario, e incluso una casa de músicos con instrumentos en la fachada.

Tomo una figurita que representa a una niña con una canasta y la coloco frente a la panadería.

—Esta niña podría ir a buscar pan para su familia —digo.

—Y él —dice Nicolás, tomando una figura que representa a un hombre con una guitarra—, podría animar la plaza de la aldea.

Colocamos cada figurita dándole una historia. Estamos construyendo una versión en miniatura de todo lo que representa la Navidad para nosotros.

Flocon, curioso, se acerca a la mesa y olfatea una de las figuritas. Nicolás ríe y lo acaricia.

—Mira, Flocon, ¡hasta hay un perrito que se parece a ti! —le dice, mostrándole la figurita en cuestión.

Flocon ladra, y Nicolás coloca la figura junto al chalet, al lado de la puerta.

—Aquí está, nuestro guardián —añade con una sonrisa.

La mañana pasa rápido. Pronto, hemos creado una aldea completa. Hacemos una pausa para observar el resultado.

—Es realmente… increíble —murmuro—. Todo es tan diminuto, pero parece que cobró vida.

Nicolás asiente, visiblemente emocionado también.

Tomo la Polaroid y hacemos dos fotos de nuestra aldea navideña. La primera es para Papá Noel y la segunda para nuestro tablero de Adviento. Colocamos esta última de inmediato.

Nos quedamos un momento frente al calendario, observando todas las fotos que hemos colgado. Luego, volvemos a nuestra aldea en miniatura.

—¿Crees que podríamos iluminarlo esta noche? Podríamos usar las velas pequeñas, como para los candelabros.

—Buena idea —dice Nicolás—. ¡Eso lo haría aún más mágico!

Pasamos la tarde perfeccionando los detalles. Añadimos elementos que encontramos en la naturaleza, musgo, ramitas, para decorar nuestra aldea. Flocon nos observa, acostado cerca de la chimenea.

Cuando cae la noche, encendemos las velitas entre las casas y bajo los pinos. Le dan una dimensión mágica a nuestra aldea. Las luces se reflejan en las fachadas de las casas. El espectáculo es encantador.

Flocon, siempre curioso, se acerca a la aldea, y lo tomo en brazos. No quiero que lo derribe todo. Nicolás ríe al verlo, y yo también.

—Creo que Flocon quiere mudarse a nuestra aldea —digo, acariciándole la cabeza.

El silencio vuelve a caer, interrumpido solo por el crepitar del fuego. Las estrellas llenan el cielo, visible desde la ventana.

—Sabes, Clara —empieza Nicolás—, esta aldea que construimos hoy es un poco como lo que podríamos tener…

Giro la cabeza hacia él. Continúa, dudando ligeramente.

—Un lugar que sería nuestro, donde podríamos estar en paz. Donde podríamos crear todo juntos, cada día.

Siento que mi corazón se encoge. Yo, que estaba tan aferrada a las redes sociales, a las apariencias, a la necesidad de mostrar siempre algo a los demás… Aquí, en este chalet, todo eso ha perdido importancia…

—Ahora entiendo lo que significa realmente estar presente, vivir momentos reales, lejos de todo lo superficial —digo—. Y contigo… todo eso es aún más valioso.

Nicolás pone una mano sobre la mía, y nuestros dedos se entrelazan.

—Desearía que esto nunca se acabara —susurro, mis ojos se pierden entre las lucecitas de la aldea.

—Yo también —dice él—. Pero pase lo que pase, siempre tendremos lo que hemos construido aquí. Y quiero que sea solo el comienzo.

Me mira, y sus ojos reflejan la luz de las velas.

Nos quedamos un rato observando nuestra pequeña aldea. Luego, Nicolás se levanta lentamente y me tiende la mano.

—Ven, Clara.

Tomo su mano, curiosa, y me guía hacia la puerta de entrada. Salimos al umbral. Nicolás levanta el brazo y señala el cielo estrellado.

—Mira allá arriba —me dice.

Alzo la vista. De repente, una estrella fugaz cruza el cielo.

—Pide un deseo —murmura Nicolás.

Cierro los ojos y pido un deseo.

Cuando los abro, Nicolás me está mirando, y sé que ha pedido el mismo deseo. Nos quedamos un momento afuera, bajo las estrellas, con las manos todavía entrelazadas.

Veintidós de diciembre
3 días para Navidad
Las linternas voladoras

El aroma familiar de la chimenea crepitante llena la habitación. Nicolás está arrodillado frente a la caja roja de Papá Noel, concentrado.

—¿Parece que tenemos algo nuevo? —pregunto.

Él se gira hacia mí. Sus ojos brillan de emoción.

—Ven a ver, Clara, hoy tenemos algo interesante —dice.

Nos arrodillamos juntos frente a la caja. Nicolás levanta la tapa y descubrimos varios rollos de papel de seda, varillas de madera, cordeles, más velas de té y una nota de Papá Noel. La leo en voz alta:

«Mis queridos amigos,

Hoy usarán estos materiales para fabricar linternas voladoras. Que estas luces iluminen la noche. Que simbolicen lo que están dispuestos a dejar ir para avanzar hacia un futuro brillante. ¡Diviértanse y dejen que la magia actúe! ¡Ho ho ho!»

Nos ponemos manos a la obra de inmediato. Extendemos todos los materiales sobre la mesa y discutimos cómo podríamos construir las linternas. Nicolás se ocupa de cortar las varillas de madera para formar las estructuras, mientras yo empiezo a desenrollar el papel de seda. Escojo colores que combinan bien. Trabajamos en armonía mientras escuchamos villancicos en las viejas cintas de casete.

—Sabes —empieza Nicolás—, creo que deberíamos escribir algo en nuestras linternas antes de soltarlas.

—Sí, buena idea. ¿Algo que queremos dejar atrás, como dijo Papá Noel? —pregunto.

Nicolás asiente.

—Sí. Angustias, miedos, traumas… todo lo que nos retiene y nos impide seguir adelante —dice.

Reflexiono un momento. Siento que este gesto podría marcar una etapa importante para ambos.

Seguimos con la preparación durante toda la mañana. Nicolás y yo fabricamos nuestras linternas cada uno por su lado, pero conversamos todo el rato. Compartimos anécdotas y bromeamos sobre momentos torpes que hemos pasado aquí en el chalet. Flocon nos observa junto a la chimenea.

—¿Qué piensas escribir? —le pregunto, mientras doy los últimos toques a mi linterna.

Nicolás levanta la cabeza.

—Creo que escribiré una carta para despedirme de ciertos momentos o comportamientos de mi pasado —dice.

Pongo mi mano sobre la suya.

—¿Y tú? ¿Qué vas a escribir? —me pregunta él.

Respiro hondo. Pienso en todo lo que me ha retenido y agobiado estos últimos años. En esa vida en la que cada momento debe compartirse en línea, donde cada sonrisa está trabajada y filtrada. En mi dependencia de las redes sociales. En mi obsesión por la opinión de los demás… Quiero dejar todo eso atrás, de una vez por todas.

—Creo que voy a escribirme una carta a mí misma. Una carta para prometerme vivir plenamente, lejos de las apariencias y las falsas ilusiones. Una carta para no volver a caer en mis viejos hábitos —digo.

Nicolás asiente. Él me entiende. Nos sonreímos.

Volvemos a nuestra tarea y terminamos de preparar nuestras linternas. Cada una es única. La mía es roja y dorada, adornada con estrellitas que recorté en el papel. La de Nicolás es verde y blanca, con patrones de árboles. Escribimos nuestros mensajes en trozos pequeños de papel y los pegamos en el interior.

El tiempo pasa y el día transcurre en calma.

Finalmente, llega la noche y estamos listos para el momento final.

—¡Es el momento de dejarlas ir! —dice Nicolás con emoción.

Nos abrigamos bien, tomo la Polaroid, y salimos. Flocon corretea a nuestro alrededor. El jardín está en penumbra, y las últimas luces del crepúsculo se desvanecen, dando paso a la noche. Las guirnaldas que instalamos se encienden a medida que oscurece, y nuestro camino de luz cobra vida.

—¿Lista? —me pregunta Nicolás, sosteniendo su linterna con una mano.

Asiento. Nos dirigimos al centro del jardín, tomamos dos fotos y encendemos juntos las velas dentro de nuestras linternas. Lentamente, el papel se calienta y nuestras linternas se llenan de aire caliente, comenzando a elevarse en el aire helado. Flotan sobre nuestras cabezas. Permanecemos en silencio, mirando esas lucecitas danzar en el cielo. Suben cada vez más alto, mezclándose con las estrellas que comienzan a brillar.

—Es hermoso —murmuro, con lágrimas en los ojos.

Apoyo mi cabeza en el hombro de Nicolás, y él rodea mis hombros con su brazo. Miramos nuestras linternas volverse cada vez más pequeñas, hasta confundirse con las estrellas.

Después de un momento, Nicolás toma una gran bocanada de aire.

—Clara, quiero decirte… gracias por ayudarme a encontrar una forma de seguir adelante.

Sonríe.

Nos quedamos afuera un rato, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Las linternas se han fundido en el cielo estrellado.

Flocon, siempre curioso, empieza a correr por la nieve y ladra para llamar nuestra atención. Miro a Nicolás con una sonrisa divertida.

—¿Crees que deberíamos ver qué ha encontrado esta vez, este travieso? —pregunto.

Nicolás se ríe y se encoge de hombros.

—Con Flocon, ¡todo es posible! Vamos a ver —dice.

Lo seguimos. Parece querer llevarnos a algún lugar. Flocon camina sin despegar el hocico del suelo. Corre hasta un pequeño montón de nieve, a unos metros del chalet. Nicolás y yo nos detenemos, intrigados.

—¿Qué ha encontrado esta vez? —digo, mientras Flocon cava frenéticamente.

Después de un momento, levanta la cabeza, con una caja vieja de madera atrapada entre los dientes. Me arrodillo frente a él y le acaricio la cabeza con suavidad.

—Bueno, Flocon, parece que has encontrado otro tesoro —digo.

Nicolás se agacha a mi lado y examina la caja de cerca.

—¿Quieres abrirla? —me pregunta.

Con delicadeza, abro la tapa y descubro una serie de cartas amarillentas, cuidadosamente dobladas.

—Cartas… —murmuro, con el corazón acelerado.

Nicolás se acerca para ver mejor, y juntos tomamos una de las cartas. Abrimos con cuidado el frágil papel y leemos:

«A quien encuentre estas cartas, le deseo una vida llena de luz. La vida es preciosa. Cuídenla. Cada instante es una estrella que brilla».

Miro a Nicolás.

—Parece un deseo dejado por alguien que vivió aquí antes que nosotros —dice él—. Como la escultura de la pareja que Flocon encontró hace unos días. Proviene de alguien que quería que quienes encontraran estas palabras siguieran creyendo en el futuro.

Doblo la carta con cuidado y la devuelvo a la caja.

—Es como un eco de lo que estamos viviendo —murmuro, emocionada.

Nicolás me mira, con una sonrisa tierna.

—Tal vez esa sea la verdadera «magia de la Navidad». No solo decoraciones o regalos… —dice.

Nos levantamos, llevamos la caja con nosotros y volvemos al chalet. En el camino, coloco una de las dos fotos en el buzón.

Una vez dentro del chalet, Nicolás coloca la caja sobre la mesa, entre nosotros.

—¿Y si escribimos nuestras propias cartas para dejarlas aquí también, para aquellos que vengan después de nosotros? —propongo—. Ya enterramos algunas en el jardín el otro día, pero ahora podríamos escribir unas más alegres y positivas.

Nicolás me mira, sorprendido, antes de sonreír.

—¡Me encanta esa idea, Clara!

Entonces, decidimos tomar algunas hojas y escribir cada uno una carta llena de esperanza.

Cuando terminamos nuestras cartas, las colocamos en la caja de madera y cerramos con delicadeza la tapa. Miro a Nicolás con una sonrisa cómplice.

—Deberíamos volver a ponerla donde la encontramos —digo—. Ahora, también contiene una parte de nuestra historia.

Nicolás asiente.

Nos levantamos, nos ponemos nuevamente los abrigos y salimos al frío de la noche. Flocon nos sigue de cerca. Juntos, caminamos hasta el lugar donde encontramos la caja. La dejamos en el suelo y la cubrimos con nieve.

—Algún día, tal vez, alguien la encuentre, y quizás eso también lo ayude… —digo.

Veintitrés de diciembre
2 días para Navidad
Las decoraciones de Nochebuena

Bajo las escaleras. Ya siento la emoción por el día que nos espera. Hoy es veintitrés de diciembre, la víspera de Nochebuena, y tengo el presentimiento de que será un día increíble. Nicolás ya está despierto. Ha puesto la caja roja de Papá Noel sobre la mesa. Me está esperando, con una sonrisa en los labios.

—Veo que ya encontraste la sorpresa del día —digo.

—Sí, pero estaba esperando a que llegaras para abrirla —responde.

Me siento a su lado y abrimos juntos la caja. Dentro encontramos guirnaldas luminosas, bolas de Navidad brillantes, ramas de pino artificial decoradas con bayas rojas, cintas de terciopelo rojo y dorado, y una nueva carta de Papá Noel. La leo en voz alta:

«Mis queridos amigos,

Hoy tienen una misión muy especial. Decoren el chalet de manera definitiva, tanto por dentro como por fuera, para que esté listo para recibir la Nochebuena mañana por la noche. Utilicen todo lo que encuentren, incluidas sus propias creaciones, y asegúrense de que cada rincón del chalet refleje su aventura. ¡Que este día sea un momento de alegría y celebración! ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás, motivada por la tarea que nos espera.

—¡Vamos a convertirlo en un verdadero chalet de Navidad! —digo.

—Ya está bien decorado, pero tenemos mucho por hacer si queremos que luzca deslumbrante —dice Nicolás, levantándose—. ¡Vamos, manos a la obra!

Primero pasamos un rato planificando. Decidimos empezar por el exterior para aprovechar la luz del día. Nicolás toma las guirnaldas y las despliega. Las colocamos alrededor de la puerta y las hacemos serpentear por las paredes. Yo me ocupo de las cintas y las ramas de pino. Las dispongo alrededor de las ventanas y cerca de la entrada.

Flocon, como siempre, está ahí para «ayudar». Tira de las ramas, salta sobre las cintas y las mordisquea. Nicolás y yo estallamos de risa cuando termina con una pata atrapada en un lazo dorado.

—Flocon, ¡eres una verdadera pequeña tormenta! —digo, riendo.

Pasamos la mañana decorando. Colocamos velas a lo largo del camino que lleva al chalet, junto a las guirnaldas. Una vez terminado el exterior, retrocedemos para admirar el resultado.

—¡Parece realmente un chalet de cuento de hadas! —digo.

Nicolás asiente.

—Tienes razón. Pero esto no ha terminado, ¡aún nos falta el interior!

Entramos. Después de una pausa con un chocolate caliente, nos ponemos manos a la obra en el interior. Reorganizamos las figuras del pueblo de Navidad, colocándolas en un lugar destacado, rodeadas de ramas de pino y velas pequeñas.

Añadimos decoraciones en cada rincón del chalet. Coloco guirnaldas alrededor de la chimenea, mientras que Nicolás cuelga bolas de Navidad y distribuye piñas de pino doradas por todo el lugar.

El tiempo pasa. La tarde avanza.

Más tarde, la noche empieza a caer.

Miro a mi alrededor. El chalet ha sido transformado. Está cálido, lleno de luces y colores.

—Es tan hermoso, digo.

Nicolás me mira, luego pone una mano sobre mi hombro.

—Todo esto, somos nosotros, Clara.

—¡Hemos hecho un trabajo increíble! digo.

Nicolás se ríe, y decidimos tomar la Polaroid para inmortalizar nuestro trabajo. Hacemos dos fotos, como siempre: una para el tablero de Adviento y otra para el buzón.

Colocamos la foto en el calendario y admiramos nuestro recorrido.

La luz de las velas llena el chalet. La noche ha caído, y el frío exterior nos recuerda que ya casi es Navidad.

—Creo que merecemos una pequeña recompensa, digo, girándome hacia Nicolás. ¿Quieres bailar?

Nicolás me mira.

—¿Por qué no? dice, tomándome de la mano.

Elijo una de las cintas de Navidad que encontramos aquí, y la música comienza a sonar. Una suave melodía llena el aire, y pongo mis manos sobre los hombros de Nicolás. Él pasa sus brazos alrededor de mi cintura.

Comenzamos a bailar lentamente. Nuestros movimientos se ajustan a la música. Nicolás es un poco torpe al principio, lo que nos hace reír, pero poco a poco se vuelve más fluido.

El calor de la chimenea, la música suave, las guirnaldas, las velas, Flocon que nos mira todo feliz... todo esto es mágico.

La música sigue sonando, y cuanto más bailamos, más disminuye la distancia entre nosotros. Las manos de Nicolás aprietan mi cintura, y siento su calor contra mí. Nuestras miradas se encuentran. Solo quedamos él y yo.

Siento su respiración en mi mejilla, y su frente se apoya en la mía. Nuestros movimientos se ralentizan. La mirada de Nicolás se sumerge en la mía.

Duda un instante. Entonces, sin pensarlo, lo beso. El beso es sutil al comienzo, pero pronto se vuelve mucho más profundo y seguro, muy intenso.

Nos separamos lentamente. Nicolás me mira fijo.

—Clara… murmura.

—Sí… digo, deslizando mis manos hacia su cuello.

No necesita decir más. Entiendo lo que siente. Siento lo mismo.

Me pongo de puntillas y lo beso de nuevo. Mis manos se aferran a sus hombros. Él responde a mi beso. Sus manos se deslizan por mi espalda y me atrae aún más hacia él. Mi corazón late con fuerza. Sus brazos me envuelven y me estrechan.

Lentamente, me alejo, mis ojos clavados en los suyos. Luego, tomo su mano. Sin decir una palabra, lo conduzco hacia las escaleras. Subo un escalón, luego otro. Nicolás está justo detrás de

mí, su mano en la mía.

Al llegar al final de las escaleras, nos detenemos un momento, y me giro hacia él. Me mira con intensidad. Le sonrío y lo llevo a mi habitación…

Veinticuatro de diciembre
1 día para Navidad
Nochebuena

Me despierto lentamente, aún envuelta en el calor reconfortante de las mantas. Lo primero que noto es la presencia de Nicolás a mi lado. Está acostado de espaldas, con los ojos cerrados, respirando tranquilamente. Saboreo este momento. Quisiera que durara para siempre.

Tomo una gran bocanada de aire y me deslizo fuera de la cama sin hacer ruido. Me pongo un jersey y mis calcetines, luego bajo las escaleras. El salón está bañado en una luz dorada. La caja roja está ahí. Me espera.

Nicolás baja también y me doy la vuelta con una sonrisa. Su cabello aún está despeinado. Sus ojos brillan al verme.

—Buenos días —dice, besándome en la frente.

Le sonrío y me acurruco brevemente contra él.

—¿Listo para nuestra última sorpresa? —digo, señalando la caja.

Asiente, coloca la caja sobre la mesa y nos sentamos juntos. Abro la tapa y encuentro papel de regalo, un nuevo libro de recetas navideñas, comida y algunas decoraciones adicionales: vajilla delicada con motivos de acebo, un mantel, velas doradas y figuritas de Papá Noel. Y, por supuesto, una carta. La tomo y empiezo a leer en voz alta.

«Mis queridos amigos,

Hoy es un día especial. Es su último día en el chalet. Sus padres vendrán a recogerlos mañana a media mañana, así que disfruten al máximo de este último día juntos. Han creado recuerdos, superado desafíos y espero que esta Navidad quede guardada en sus corazones.

Para celebrar el final de esta aventura, les pido que preparen juntos una cena de Nochebuena. Encontrarán todos los ingredientes necesarios para una cena festiva en la caja y en la nevera: foie gras, pavo, castañas, verduras, galletas…

Tómense su tiempo para cocinar, decorar la mesa y saborear cada momento. Esta noche, intercambiarán regalos, para dejar una huella de lo que han compartido. Alrededor de la medianoche, vendré a visitarlos para darles una última sorpresa.

¡Disfruten, diviértanse y, sobre todo, dejen que la magia actúe! ¡Ho ho ho!»

Levanto la vista hacia Nicolás. Sé que, como yo, está un poco triste de ver que esta aventura llega a su fin.

—Último día, murmuro con una ligera sonrisa. Es extraño, ¿verdad?

Nicolás respira hondo y luego me sonríe.

—Sí, es extraño —dice—. Pero haremos que este último día sea memorable, ya verás.

Asiento. No quiero que este día esté marcado por la tristeza. Quiero llenarlo de risas, de buenos momentos, de recuerdos inolvidables.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —pregunto levantándome—. Tenemos mucho que hacer.

Nicolás también se levanta, con aire decidido.

—Empezamos por preparar la mesa. Quiero que sea la más hermosa que hayamos visto —dice.

Nos repartimos las tareas y sacamos los objetos de la caja roja. Nicolás toma las velas doradas, mientras yo me ocupo del mantel y de la vajilla.

La mañana transcurre al ritmo de los preparativos. La vajilla que encontramos en la caja es preciosa, y me esmero en resaltar cada detalle. Nicolás ajusta las velas y enciende algunas para probar su efecto. La luz de las llamas da un brillo cálido al conjunto y todo empieza a tomar forma.

Coloco las figuritas de Papá Noel en el centro de la mesa, rodeadas de las ramitas de pino que habíamos recogido antes.

Por la tarde, comenzamos a preparar la cena de Nochebuena. Como mencionó Papá Noel, la nevera está llena de deliciosos ingredientes: un hermoso pavo, castañas, verduras frescas, foie gras, frutas para el tronco de Navidad, y mucho más. Todo está allí para hacer una cena festiva digna de ese nombre.

—Bueno, ¿por dónde empezamos primero? —pregunto, mirando todo lo que hemos sacado de la nevera.

Nicolás reflexiona un instante. Su mirada recorre cada ingrediente.

—Podríamos comenzar con el pavo, ¿no? Es probablemente lo que tomará más tiempo —dice.

Asiento, aprobando su elección. Empezamos a organizarnos. Nicolás se encarga de rellenar el pavo con castañas y hierbas mientras yo preparo una marinada. Los aromas de tomillo, romero y canela colman rápidamente el chalet. El ambiente es ligero, alegre. Hemos puesto canciones de Navidad de fondo.

—Cuidado con la cantidad de canela —advierte Nicolás con una sonrisa divertida—. No queremos un pavo que sepa a postre.

Me río.

—Confía en mí, sé lo que hago —digo mientras sigo mezclando las especias.

El trabajo en la cocina continúa. Nos repartimos las tareas de manera natural. Nicolás se ocupa de la cocción mientras yo preparo las guarniciones: patatas asadas y verduras a la parrilla. Luego llega el turno del foie gras, que decidimos servir como entrada, acompañado de rebanadas de pan tostado levemente.

—Entonces, ¿eres más de pavo o de foie gras? —le pregunto, untando un poco de foie gras en una rebanada de pan.

—Hmmm, difícil decidir… Siempre me ha encantado el pavo, especialmente cuando está bien asado. Pero el foie gras, es realmente algo increíble —responde Nicolás.

Sonrío.

—A mí me encanta todo lo que es festivo, ¡no importa qué sea! —digo.

Nicolás asiente y sonríe.

—Sabes, es curioso… Antes de venir aquí, pensaba que esta Navidad sería un momento difícil este año, sin mi familia. Pero contigo, ha sido… extraordinario —murmura.

Me detengo un instante y lo miro. Me acerco a él y le limpio delicadamente una mancha en su mejilla.

—A mí también, Nicolás. Contigo, todo ha adquirido un significado diferente —digo.

Nicolás me atrae con suavidad hacia él y me acurruco contra su pecho. Siento su aliento sobre mi cabello. Deposita un beso tierno en mi frente.

—Vamos, todavía tenemos trabajo —dice Nicolás, girándose hacia el horno.

Seguimos con la preparación, bromeando y riendo mientras trabajamos. El pavo está en el horno, y mientras se cocina, nos dedicamos a la preparación del tronco de Navidad. Preparar el pastel es un desafío en sí, pero nos divertimos tanto que se convierte en un momento de complicidad, mucho menos tenso que la última vez.

—Cuidado, Clara, estás poniendo demasiada crema —dice Nicolás riendo mientras yo extiendo generosamente la crema sobre el bizcocho enrollado.

—¡Nunca hay demasiada crema! —replico.

Finalmente, enrollamos el tronco y lo decoro con figuritas de azúcar que encontramos en la caja roja. Lo colocamos en una bandeja y Nicolás lo guarda en la nevera para mantenerlo fresco hasta la noche.

El tiempo pasa y, al final, todo está listo. Miramos nuestro banquete, orgullosos de lo que hemos logrado. El pavo se erige en el centro de la mesa, rodeado de verduras y patatas. El foie gras y el tronco de Navidad esperan su turno. La mesa es encantadora, decorada con velas, ramas de pino y figuritas navideñas.

—Parece que hemos hecho un buen trabajo —dice Nicolás, admirado.

—Sí —asiento—. ¡Estamos listos para esta noche!

Tomo la Polaroid y hago dos fotos de la mesa y del banquete que hemos preparado juntos.

Permanecemos un momento en la cocina, contemplando nuestro trabajo, y luego me vuelvo hacia Nicolás.

—¿Qué pasará después, Nicolás? —pregunto en voz baja.

Él se gira hacia mí. Su expresión se torna más seria.

—No lo sé, Clara. Pero quiero que sigamos en contacto. Que todo esto no termine aquí.

Siento un nudo en el corazón. Eso es lo que quiero también. Quiero que esta aventura sea solo el comienzo.

—Yo también —digo—. Encontraremos la manera…

Nicolás aprieta mi mano con suavidad y nos quedamos un momento absortos en nuestros pensamientos.

El tiempo pasa.

La noche ha llegado al fin. Nicolás y yo nos hemos puesto nuestras mejores galas para la ocasión. He elegido un vestido de lana rojo, sencillo, pero perfecto para la velada. Nicolás, por su parte, lleva una camisa azul.

Finalmente nos sentamos a la mesa, frente a todo lo que hemos cocinado durante la tarde. Me tomo un momento para admirar el resultado.

—¡Parece un banquete digno de un rey! —digo.

Nicolás asiente, impresionado por nuestro trabajo.

—Espero que tengamos suficiente hambre para todo esto —bromea.

Empezamos con el foie gras, y los primeros bocados son un deleite. Intercambiamos miradas

cómplices.

—¿Recuerdas la crema del tronco de Navidad? —pregunto riendo—. Creo que es la primera vez que pongo tanta crema en un pastel.

Nicolás también se ríe.

—Sí, hay que admitir que tienes un talento especial para no hacer nunca «demasiado» … Pero debo decir que me gusta ese lado generoso —dice, con una sonrisa pícara.

Me encojo de hombros, divertida.

—Veremos si es comestible después —replico con un guiño.

La cena continúa, y poco a poco, la conversación adquiere un tono más serio. Una cierta melancolía se instala a medida que avanza la velada. Es nuestra última noche aquí…

De repente, Nicolás deja su tenedor y me mira, con tristeza en los ojos.

—Clara… ¿crees realmente que podremos hacer que esto dure, una vez que salgamos de aquí?

Permanezco en silencio un instante. Su pregunta es legítima. Es la misma que ronda mi cabeza desde esta mañana. Tengo miedo de lo que nos espera mañana.

—Creo que no será fácil —digo—. Hemos vivido algo increíble aquí, pero fuera… todo es más complicado. Tenemos nuestras vidas, nuestras obligaciones, la distancia…

Nicolás asiente y baja su mirada hacia su plato.

—Sí, lo sé —dice—. Pero al mismo tiempo… no quiero que esto termine. No así.

Levanta los ojos y me mira. Está sinceramente preocupado, al igual que yo.

—Yo tampoco —murmuro—. No quiero que sea solo un paréntesis. Quiero que encontremos una manera de que funcione. Sin importar las dificultades.

Se instala un silencio. Luego Nicolás esboza una ligera sonrisa.

—Sabes, antes de venir aquí, pensaba que todo estaba ya decidido para mí, que nada podría cambiar. Había perdido mucho… Mi razón de vivir… No pensaba que pudiera volver a… —dice, señalándome con la mirada—. En fin, ya sabes… Pero tú me demostraste que estaba equivocado.

Mi corazón se encoge y siento las lágrimas asomarse. Tomo una profunda inspiración.

—Yo también, Nicolás. Antes de este concurso, pensaba que estaba atrapada en un ciclo interminable. Siempre buscando la aprobación de los demás… Había perdido de vista lo que realmente importaba. Pero todo lo que hemos compartido aquí me hizo darme cuenta de que quiero una vida auténtica.

Nicolás extiende la mano por encima de la mesa. La tomo. Su mano se siente cálida contra la mía, y su mirada está llena de esperanza.

—¿Tienes algún plan? —pregunto.

Él asiente.

—Sí. He tenido mucho tiempo para reflexionar durante este mes en el chalet, y me gustaría trabajar en el ámbito de la preservación de la naturaleza. Quizás en proyectos de reforestación… Siempre me ha apasionado, y creo que podría utilizar una parte del dinero del concurso para iniciar algo concreto. Un proyecto que tenga sentido.

Lo escucho, fascinada por la pasión que brilla en sus ojos.

—Te va muy bien —digo en voz baja.

Nicolás sonríe.

—¿Y tú, Clara? ¿Has pensado en lo que quieres hacer después?

Me tomo un momento para reflexionar.

—Quiero cambiar mi relación con el mundo y con las redes sociales. Siento que me perdí buscando siempre mostrar algo a los demás, en lugar de vivir realmente. Me gustaría encontrar un equilibrio. Incluso quizá retomar los estudios, pero algo diferente esta vez, más enfocado en lo humano. Me pregunto si podría dedicarme al trabajo social o al acompañamiento terapéutico. Algo que me permita estar en contacto directo con la gente, ayudarlos de verdad. El dinero del concurso podría ayudarme a empezar en ese sentido, a quizás seguir una formación… Me gustaría poder aportar algo positivo a los demás, y no solo humo.

Nicolás asiente, con una mirada llena de comprensión.

—Creo que es una hermosa idea. Y estoy seguro de que lo lograrás —dice.

Seguimos hablando de nuestros sueños, de lo que haríamos con los diez mil euros adicionales. Nicolás menciona la idea de un viaje, algo que podamos compartir, una manera de mantenernos juntos...

Poco a poco, el ambiente se vuelve más relajado, y continuamos nuestra cena con una ligereza renovada. Nos reímos y disfrutamos de este último momento de complicidad.

Luego, antes de servir el postre, Nicolás alza su copa con sus ojos fijos en los míos.

—Por nosotros, Clara. No importa lo que nos depare el mañana. Cada instante aquí contigo ha significado mucho para mí. Pase lo que pase, lo recordaré toda mi vida.

Alzo mi copa también, emocionada.

—Por nosotros, Nicolás. Por lo que hemos creado aquí... y por lo que, espero, seguiremos construyendo —digo.

Brindamos, y nuestras copas chocan con una suave melodía que resuena en el silencio del chalet.

Después de terminar el postre, nuestro delicioso tronco de Navidad con crema, me levanto y tomo el paquetito que he preparado para Nicolás. Siento una ligera aprensión, un poco de nervios al pensar en darle este regalo. Es un momento importante, y quiero que comprenda lo que significa para mí.

Me acerco a él, con el paquete en las manos, y él me observa con una dulce sonrisa. Me siento a su lado y le entrego el regalo.

—Es para ti —murmuro, un poco nerviosa.

Nicolás toma el paquete y lo observa un momento antes de abrirlo con delicadeza. Sus dedos desatan el lazo y retira el papel para descubrir el cuaderno de cuero que le he regalado. Originalmente, lo había traído al chalet como un diario personal, pero nunca llegué a usarlo, ocupada con las actividades navideñas diarias junto a Nicolás. Lo veo respirar hondo mientras lo toca, su mirada perdida en la cubierta de cuero marrón oscuro.

—Clara, es realmente amable de tu parte —dice.

Le sonrío tímidamente.

—Pensé que te serviría para anotar todas tus ideas, tus proyectos. Vi cuánto te apasiona la naturaleza, y.… me gustaría que sigas explorando todo eso, escribiendo, encontrando lo que te hace vibrar —digo, con el corazón latiendo con fuerza.

Permanece en silencio unos segundos antes de mirarme. Sus ojos brillan de emoción, y me abraza tiernamente.

—Gracias, Clara —dice, con la voz un poco ahogada—. No tienes idea de cuánto significa esto para mí. Es perfecto.

Me acurruco en sus brazos un momento. Luego, Nicolás se aparta un poco y me mira con una sonrisa pícara.

—Ahora es mi turno —dice, tomando un paquete que tenía detrás de él.

Lo miro, intrigada. Me tiende su regalo. Lo tomo y lo abro. Descubro un marco de madera hecho a mano. Admiro el esmero que ha puesto en cada detalle, en las decoraciones. Es una verdadera obra de arte.

—Podrás poner en este marco una de las fotos que hemos tomado con la Polaroid. La que mejor represente todo lo que hemos vivido aquí —explica Nicolás, con una sonrisa tierna—. Quería que tuvieras un recuerdo de nosotros, de todo lo que compartimos.

Siento que mis ojos se llenan de lágrimas. Me quedo en silencio, conmovida por su gesto, por la atención que puso en este regalo. Lo miro, y veo en sus ojos una sinceridad conmovedora.

—Nicolás... es tan hermoso —susurro—. Gracias.

Me acerco a él y lo beso. Sus brazos me envuelven. Permanecemos así un momento.

Me alejo lentamente, y nos sentamos uno al lado del otro. Observamos nuestros regalos.

—Espero que pongas este marco en tu casa —dice Nicolás con una sonrisa.

—Oh, encontrará un lugar especial, te lo prometo —digo, con una ligera sonrisa, a pesar de las lágrimas que aún brillan en mis ojos.

Nicolás toma mi mano y la aprieta con suavidad. Nuestros dedos se entrelazan. Lo miro, y siento crecer en mí una certeza: no importa a dónde nos lleve la vida, este vínculo que hemos creado aquí siempre estará presente.

Hemos terminado el tronco de Navidad, y aún quedan algunas migas de pastel en la mesa. Las velas siguen parpadeando ligeramente, proyectando una luz dorada. Nicolás y yo intercambiamos sonrisas tímidas, sintiendo aún la emoción de nuestros regalos. Me dejo llevar por este momento de paz y saboreo cada segundo de esta velada única.

Luego, de repente, se escucha un golpe en la puerta. Me sobresalto y me levanto. Nicolás me mira antes de levantarse también. Ambos sabemos lo que significa ese sonido. Es Papá Noel, tal como había anunciado en su carta de la mañana.

—Es la hora de la última sorpresa —murmura Nicolás.

Asiento, con el corazón latiendo con fuerza, mientras él se dirige hacia la puerta. Cuando Nicolás abre, el aire frío de la noche se cuela en el salón y hace parpadear las velas. Papá Noel, con su figura redonda y su barba blanca, aparece en el umbral con una expresión solemne en el rostro. Sostiene una urna roja entre sus manos.

—¡Buenas noches! —dice simplemente.

Entra en el chalet y cierra la puerta detrás de él, cortando el viento gélido. No puedo evitar un escalofrío ante su actitud inusual. No parece el Papá Noel alegre de siempre; está serio, casi solemne. Coloca la urna sobre la mesa y luego se gira hacia nosotros.

—Por favor, tomen asiento —nos pide con una voz delicada pero firme.

Nos sentamos a la mesa, y él se coloca frente a nosotros. Durante un instante, permanece en silencio, observándonos uno a uno, como si buscara las palabras adecuadas.

—Primero quiero decirles cuánto me enorgullecen —comienza, con una voz cargada de emoción—. Han logrado realizar cada actividad con alegría, sinceridad, y, sobre todo, se han abierto el uno al otro. Han demostrado el verdadero espíritu de la Navidad y mucho más... ¡Sus fotos de la cámara Polaroid muestran todo el camino que han recorrido!

Nicolás y yo intercambiamos una mirada.

—Pero esta noche, es momento de tomar una decisión —anuncia, su tono se vuelve más grave.

Siento un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Papá Noel continúa, señalando la

urna roja frente a él.

—Tienen dos opciones. La primera: pueden irse con la recompensa establecida. Diez mil euros cada uno, además del adelanto que ya recibieron. Es una suma considerable que puede ayudarles a realizar sus proyectos —explica—. Sin embargo, hay una condición. Si eligen el dinero, tendrán que firmar una cláusula que estipula que nunca podrán volver a verse, y mucho menos comprometerse el uno con el otro. Sin matrimonio, sin hijos... Sin un futuro ni proyectos en común. Si deciden romper esta regla, entonces deberán devolver la suma completa, con intereses.

Sus palabras caen como un martillo. Me quedo sin palabras, atónita por lo que acaba de decir. A mi lado, Nicolás se remueve en su silla, apretando la mandíbula. Puedo ver que está a punto de explotar. Pero antes de que hable, Papá Noel continúa.

—La segunda opción es rechazar ese dinero. Pueden marcharse sin los diez mil euros, pero sin ninguna condición sobre su relación. Son libres de continuar con lo que han construido aquí, sin ninguna restricción.

El silencio colma la habitación, un silencio pesado, asfixiante. Miro a Nicolás, quien observa a Papá Noel con el ceño fruncido. Parece estar luchando por contener su enojo.

—Está bromeando, ¿verdad? —suelta finalmente Nicolás, con voz temblorosa —. ¿Esa es la última sorpresa? ¿Ponernos en una situación así? ¡No era esto lo que estaba previsto!

Papá Noel permanece sereno ante la indignación de Nicolás. Su mirada es tierna, pero su voz es firme.

—Entiendo tu reacción, Nicolás. Es una decisión difícil. Pero ese es el propósito de este concurso, hacerlos reflexionar, que se hagan las preguntas correctas. Lo que han vivido aquí, ¿es lo suficientemente real, lo suficientemente fuerte, como para que estén dispuestos a tomar decisiones audaces?

—¿Nos ha estado manipulando todo este tiempo? —pregunta Nicolás, con la voz cargada de enojo.

Siento que mis propias emociones me abruman. Sorpresa, incomprensión y ahora miedo. La idea de tener que elegir entre el dinero, una ayuda invaluable para nuestros proyectos, y la posibilidad de continuar con lo que hemos construido aquí con Nicolás, es desgarradora.

—Nicolás, espera… —digo, tratando de calmar un poco el ambiente.

Me vuelvo hacia Papá Noel, intentando comprender.

—¿Por qué hacer esto ahora? —pregunto—. Hemos hecho todo lo que nos pidió... ¿Por qué añadir esta prueba?

Papá Noel toma una profunda inspiración.

—Porque la vida y el amor, Clara, no siempre son fáciles. Porque se trata de tomar decisiones, de asumir riesgos. Este concurso fue una forma de darles una oportunidad, de enfrentarlos a desafíos. Pero esta decisión es solo de ustedes. Elegir el amor más allá de la comodidad material es una prueba que muestra hasta qué punto están dispuestos a comprometerse realmente.

Un silencio pesado se instala. Nicolás parece querer decir algo, pero se contiene. Me siento desgarrada entre el miedo de perder lo que hemos construido y la realidad de que el dinero podría ofrecernos nuevas oportunidades. Pero, ¿a qué precio?

Entonces, Papá Noel vuelve a hablar.

—Así es como vamos a proceder. Nicolás, te pediré que salgas del chalet por un momento. Clara se quedará aquí. Reflexionarán cada uno por su cuenta, y luego escribirán su elección en un papel que les daré. Firmarán con su nombre. Recogeré los papeles en esta urna y luego leeré

sus decisiones. Esto garantizará que su elección sea individual, sincera.

Nicolás se levanta bruscamente. Su silla cruje sobre el suelo de madera del chalet.

—Muy bien —dice, apretando los dientes—. Si es así, adelante.

Me lanza una mirada, llena de tensión e incertidumbre, nuestra vista se cruza por un instante. Quisiera decir algo, cualquier cosa para tranquilizarlo, para asegurarme de que entienda lo importante que es para mí lo que compartimos. Pero no me salen las palabras.

Papá Noel abre la puerta del chalet. Nicolás sale al frío de la noche y cierra la puerta detrás de él. El silencio vuelve a instalarse. Me quedo sola, con el corazón latiendo a toda prisa.

Papá Noel me tiende un trozo de papel y un bolígrafo. Me mira con bondad.

—Tómate tu tiempo, Clara. Nadie puede obligarte a elegir una opción u otra. ¡Sigue a tu corazón!

Asiento, con las manos temblorosas. Miro el papel frente a mí, con la cabeza llena de preguntas. Las imágenes vuelven a mí: el primer día en el chalet, nuestros momentos de complicidad, nuestras risas, las lágrimas que hemos compartido.

¿Podría sacrificar todo eso por dinero? Es cierto que el dinero nos sería útil a los dos. Pero, ¿de qué serviría si eso significa perder lo que hemos construido aquí?

Respiro profundamente. Cierro los ojos y dejo que mis pensamientos se calmen. Solo una cosa parece segura: no quiero perder a Nicolás.

Tomo el bolígrafo con suavidad, y marco mi respuesta en el papel. Luego, firmo con mi nombre. Doblo el papel cuidadosamente y se lo entrego a Papá Noel. Él me sonríe, toma la urna y sale.

El frío de la noche invade el chalet cuando abre la puerta. Papá Noel le tiende otro trozo de papel y un bolígrafo a Nicolás. Nicolás duda, luego toma el papel y el bolígrafo. Aparto la mirada. No puedo soportar ver ese momento que decidirá nuestro futuro.

Unos instantes después, Papá Noel regresa. La urna roja vuelve a estar sobre la mesa, con nuestras dos respuestas en su interior. Mi corazón late con fuerza. Nicolás entra también y se acerca a mí. Nos quedamos juntos, lado a lado.

—¡Es la hora de la verdad! —anuncia Papá Noel.

Abre la urna y saca los papeles. Los desdobla uno por uno. Su mirada va de uno al otro, luego sonríe levemente y nos muestra nuestras respuestas.

—¡Han hecho la misma elección! —dice, con una voz ligera que colma el chalet—. Ambos han renunciado al dinero y han elegido volver a verse para construir algo juntos.

Mi corazón se alivia de repente. Siento que el consuelo se apodera de mí. Con los ojos llenos de lágrimas, miro a Nicolás, quien también me mira, incrédulo. Luego, sin decir nada, me atrae hacia él y lo abrazo con fuerza. Las lágrimas caen por mis mejillas, pero son lágrimas de felicidad.

—Eres a quien quiero —me susurra al oído—. No importa el dinero, no importa todo lo demás.

—Yo también, Nicolás —le digo, llorando—. Eres lo único que importa.

Nos quedamos así un buen rato, abrazados.

Luego, Papá Noel toma la palabra:

—Han tomado la decisión correcta, estoy convencido de ello. El dinero es importante, claro, pero hay cosas que no se pueden comprar...

Nos felicita y agrega que nuestros padres llegarán mañana a media mañana, como estaba previsto. Se dirige hacia la puerta.

—¡Feliz Navidad para ustedes dos, mis queridos! Y recuerden siempre el espíritu de la Navidad —dice antes de desaparecer en la noche.

La puerta se cierra, y estamos nuevamente solos, Nicolás y yo. Nos quedamos un momento inmóviles. Luego, Nicolás me mira, con los ojos brillantes.

—Lo logramos, Clara. Tomamos la decisión correcta —dice, con la voz llena de ternura.

Asiento, con lágrimas corriendo aún por mis mejillas. Tomo su rostro entre mis manos y lo beso con dulzura. El fuego crepita en la chimenea.

—Lo que vivimos aquí vale más que todo el oro del mundo —murmuro contra sus labios.

Nicolás asiente y me atrae hacia él. Nos sentamos en el sofá, acurrucados el uno contra el otro, con Flocon a nuestros pies. Saboreamos la calma, la paz y la certeza de haber tomado la decisión correcta. ¡El futuro es nuestro!

Esta noche también es nuestra. Lejos de todo, lejos de las obligaciones, lejos del dinero. Solo nosotros dos, unidos por el amor y la magia de la Navidad.

Veinticinco de diciembre
Día de Navidad
¡Feliz Navidad!

El día amanece lentamente sobre el chalet. Estoy acostada, acurrucada contra Nicolás. El calor de su cuerpo me reconforta. Me doy cuenta de que este es nuestro último amanecer aquí. Ese pensamiento me invade con una dulce melancolía. Cierro los ojos un instante e intento grabar este momento en mi mente.

Miro a Nicolás. Su rostro está en paz, sus rasgos relajados.

—Es la hora —susurro, con una voz apenas audible.

Nicolás abre los ojos y, por una fracción de segundo, veo reflejarse la misma emoción en su rostro. Una dulce melancolía, pero también una promesa. Sin decir una palabra, me acerca un poco más hacia él, me besa en la frente y luego se levanta con un suspiro.

Me deslizo fuera de las sábanas y comenzamos a hacer nuestras maletas. Cada objeto que guardo evoca un recuerdo de este mes pasado aquí: nuestras creaciones, el marco de madera que Nicolás me regaló anoche… Todo eso tiene un lugar en mi maleta, pero también en mi corazón.

Empacamos nuestras cosas metódicamente, limpiamos el salón, doblamos las mantas, verificamos que todo esté en orden. Es como un ritual, una forma de despedirnos de este lugar que ha sido testigo de nuestra transformación.

Cuando terminamos, echo un último vistazo al salón. El árbol de Navidad sigue ahí, decorado con las guirnaldas y las bolas que colgamos. Los recuerdos se agolpan: las risas, las actividades, las conversaciones hasta altas horas de la noche...

Nicolás se acerca a mí, su brazo se posa sobre mis hombros y levanto la cabeza para mirarlo.

—No es un final, Clara, solo un comienzo —murmura, su mirada fija en la mía.

Asiento, incapaz de hablar, con la garganta apretada por la emoción. Tiene razón.

Nos quedamos allí, unos instantes más, contemplando este lugar que ha sido nuestro refugio.

Luego, Nicolás y yo nos sentamos en el sofá, frente a la chimenea, y esperamos a nuestros padres.

Es casi mediodía cuando el ruido de motores rompe con la calma de la montaña. Me levanto de un salto. Mi corazón se acelera. Nicolás me sigue. Su mano encuentra la mía de forma natural mientras nos dirigimos hacia la ventana. A través de los cristales, veo varios coches.

Salimos al frío de la mañana. El suelo está cubierto de una gruesa capa de nieve impoluta. Las puertas de los coches se abren y, en un instante, me encuentro frente a mi madre. Me extiende los brazos, su rostro radiante de alegría.

—¡Clara! —exclama.

Corro hacia ella y la abrazo. Su abrazo es fuerte. Siento su amor, su calidez. Al separarme un

poco, noto que tiene lágrimas en los ojos. Detrás de ella, veo a los padres de Nicolás, igual de emocionados, que reciben a su hijo también con abrazos.

Luego, giro la cabeza, y ahí, a unos pasos, está Papá Noel. Siempre vestido con su traje rojo y su gorro en la cabeza, sonríe. Sus ojos brillan de picardía y ternura.

—¡Papá Noel! —digo, incapaz de ocultar mi alegría—. ¡Gracias por todo!

Asiente, su sonrisa se ensancha, y se acerca para abrazarme. Sus gestos están llenos de una infinita bondad, y siento una profunda gratitud hacia él. Ha estado aquí durante todo este mes, en las sombras, cuidando de nosotros y orquestando todos esos momentos mágicos.

—No soy yo a quien debes agradecer —me murmura al oído—. Ambos han hecho un trabajo increíble. Yo solo les di un empujoncito.

Me separo, con lágrimas en los ojos, y sonrío.

Mi madre se acerca, sosteniendo una bolsa grande llena de platos que reconozco de inmediato. Lo ha preparado todo, como cada Navidad. Una ola de nostalgia me invade y la miro en silencio.

—Vamos, —dice ella, sonriendo, con lágrimas aún en los ojos—. Entremos, ¡todo está listo para celebrar la Navidad!

Seguimos a nuestros padres al interior del chalet. Nicolás y yo estamos juntos, nuestras manos se rozan discretamente. Papá Noel cierra la marcha, llevando una cesta enorme con víveres y botellas. El chalet se colma de risas, del aroma de los platos y de una energía renovada.

Nuestros padres se reúnen alrededor de la mesa, desempaquetan los platos preparados con esmero. La atmósfera es efervescente, llena de calidez y alegría. Papá Noel se mantiene un poco al margen y observa todo con esa misma sonrisa serena y bondadosa. Es como si aún estuviera cuidando de nosotros, incluso ahora, rodeados de nuestros seres queridos.

Pronto, la mesa está lista, llena de los manjares que mi madre ha traído. También hay postres que la madre de Nicolás ha preparado. Ver todo este amor materializado en esas pequeñas atenciones le hace bien a mi corazón.

—¡Vamos, todos a la mesa! —exclama mi madre.

Nicolás y yo nos sentamos. A nuestro lado, nuestros padres toman asiento, con susrostros llenos de ternura. Papá Noel se sienta con ellos, y enseguida las conversaciones comienzan a fluir.

—Entonces, cuéntenlo todo —dice mi madre, con la mirada resplandeciente—. Seguimos sus fotos, Papá Noel nos las hizo llegar, los llamamos, y vinimos a verlos una vez… pero, ¿cómo fue realmente? ¡Queremos escucharlo de viva voz!

Me río levemente.

—Fue… intenso —digo al fin, buscando las palabras adecuadas—. Más de lo que esperaba. Cada día trajo sus sorpresas y, a veces, desafíos. Pero lo que más me marcó fue lo mucho que logramos desconectarnos del mundo exterior y concentrarnos realmente en nosotros mismos.

Nicolás sonríe y asiente.

—Sí —añade—. Fue un verdadero regreso a lo esencial. Aprendimos a conocernos, a estar presentes, a vivir cada momento plenamente. No siempre fue fácil, pero fue increíblemente enriquecedor.

La alegría brilla en los ojos de nuestros padres, e incluso Papá Noel parece emocionado. Asiente con la cabeza. Luego, mi madre toma la palabra de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—Sabemos lo del dilema de ayer —dice, lanzando una mirada a Papá Noel, quien asiente con

una sonrisa bondadosa—. Sabemos la elección que hicieron, y debo decir que estamos increíblemente orgullosos de ustedes.

La madre de Nicolás, con lágrimas en los ojos, añade:

—Elegir el amor en lugar del dinero es la decisión más hermosa que podían tomar. Han demostrado cuánto se valoran el uno al otro, cuánto significa realmente lo que han construido aquí.

Siento un nudo en la garganta. No fue una decisión fácil, pero en este momento, siento la certeza de haber tomado la decisión correcta. Escuchar a nuestros padres felicitarnos y decirnos que están orgullosos de nosotros le da un valor aún mayor a lo que decidimos juntos.

—¡Por ustedes dos! —dice el padre de Nicolás levantando su copa—. ¡Por esta maravillosa aventura que vivieron, y por todo lo que les espera!

—¡Por el amor! —añade Papá Noel, alzando también su copa con una sonrisa tierna—. ¡Y por todos los momentos de felicidad que aún vivirán!

Alzamos nuestras copas, y el tintineo resuena en el chalet. Las lágrimas asoman a mis ojos.

La comida continúa en un ambiente festivo, salpicado de risas. Hablamos de las actividades del mes, de la decoración del árbol, de las caminatas por el bosque, de las sorpresas de Papá Noel…

El aroma de los platos se mezcla con el del fuego que crepita, y Nicolás roza mi mano bajo la mesa.

La comida llega a su fin, los platos están casi vacíos, y la atmósfera está impregnada de esa dulzura particular de los momentos en familia. Flocon ronda la mesa, esperando que caiga algún trozo de comida. Su expresión curiosa hace reír a los padres de Nicolás. Deslizo discretamente un pedazo de pan en mi mano y lo dejo en el suelo. Flocon lo devora, moviendo la colita con entusiasmo.

Papá Noel carraspea ligeramente para llamar nuestra atención. Su mirada es bondadosa, y parece dudar un momento antes de hablar.

—Creo que es hora de contarles cómo fue posible esta aventura —comienza con cierta solemnidad—. Ayudé a sus padres a organizar todo esto, y creo que desean revelarles algunos detalles.

Mi madre se yergue e intercambia una mirada con los padres de Nicolás. Asienten, visiblemente emocionados. Mi madre toma la palabra primero:

—Decidimos organizar algo especial para ustedes dos —explica—. Algo que les permitiera encontrarse, lejos de las presiones de la vida cotidiana, de este mundo que puede ser abrumador y que va demasiado rápido. Cada uno de nosotros, por separado, había notado que ambos estaban un poco perdidos… Clara, tú buscabas un propósito en tu vida después de tus estudios, y tú, Nicolás, al parecer necesitabas recuperar un poco de luz después de todo lo que habías pasado…

El padre de Nicolás toma la palabra, con la voz rasposa de emoción:

—Conocemos a «Papá Noel» desde hace años, y sabíamos que él podría crear algo mágico. Cuando hablamos con él sobre nuestras preocupaciones, nos puso en contacto y nos conocimos mejor. Así fue como nació la idea de este concurso. Estábamos convencidos de que ustedes tenían mucho que aportarse mutuamente.

Papá Noel sonríe y posa su mirada bondadosa sobre los dos. Toma la palabra a su vez:

—Conocí a sus familias hace mucho tiempo, mucho antes de que ustedes nacieran —dice, con una voz llena de nostalgia—. Los vi cuando aún eran niños. Yo mismo perdí a mi esposa muy temprano, y, lamentablemente, nunca tuve hijos… Con el tiempo, después de un largo periodo de

aislamiento, comprendí que lo verdaderamente importante era ayudar a otros a aprovechar las oportunidades que la vida me negó. Así que organizamos este concurso junto a sus padres, con la esperanza de verlos construir algo hermoso juntos.

Siento que se me cierra la garganta, las lágrimas amenazan con brotar, pero mantengo la vista fija en él. Ya no es solo un concurso; es una muestra de amor…

—Ambos enfrentaron cada desafío con valentía y fuerza —continúa Papá Noel, con los ojos brillantes de emoción—. Ver esta transformación, verlos felices y unidos hoy… Es todo lo que esperaba.

Se instala un silencio repleto de emoción alrededor de la mesa. Nuestros padres se secan discretamente las lágrimas, y veo a Nicolás apretar la mandíbula, visiblemente conmovido. Flocon posa su cabeza sobre mis rodillas, y paso la mano por su suave pelaje.

—Gracias por haber creído en nosotros —murmura Nicolás—. Gracias por hacer todo esto por nosotros…

Asiento con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

Papá Noel sonríe.

Mi madre se seca los ojos y se pone derecha.

—Y para no dejar pasar por alto este momento, ¡tenemos un regalo para ustedes dos! —anuncia—. Algo que, esperamos, les recuerde esta aventura.

Se vuelve hacia el padre de Nicolás, quien asiente antes de sacar un sobre de una bolsa. Se lo entrega a Nicolás, quien me lanza una mirada intrigada antes de abrirlo. Dentro hay dos boletos, una reserva para un fin de semana en una casita a la orilla del mar. Sonrío.

—Un lugar solo para ustedes, lejos de todo, para que puedan seguir creando recuerdos juntos —explica mi madre, sonriendo—. Sabemos que aquí han encontrado algo valioso, y queremos que tengan la oportunidad de seguir cultivándolo.

Nicolás me pasa los boletos. Los aprieto contra mi pecho.

—Gracias —murmuro.

Nicolás asiente. La emoción en su rostro es evidente.

Papá Noel se incorpora y posa su mirada sobre nosotros.

—¡Y eso no es todo! —dice, su sonrisa traviesa vuelve a iluminar su rostro—. ¡Todavía tengo algunas sorpresas para ustedes!

Nicolás y yo nos miramos con curiosidad, intrigados por lo que tiene preparado.

—Verán —comienza—. Anoche los enfrenté a un dilema: elegir entre el amor y el dinero. Ustedes se decantaron por el amor, una decisión valiente y sincera. Su compromiso mutuo me impresionó y conmovió tanto que he resuelto recompensarlos… ¡a pesar de todo!

Saca una mano de su abrigo rojo y muestra dos sobres. Nos los extiende. Nicolás y yo intercambiamos una mirada dubitativa antes de tomarlos. Al abrirlos, descubrimos cada uno un cheque de diez mil euros, acompañado de una pequeña nota escrita en esa letra que ya nos resulta tan familiar:

«¡Feliz Navidad!»

Llevo la mano a la boca. Las lágrimas brotan inmediatamente de mis ojos. No puedo creer lo que veo. Nicolás, a mi lado, se queda sin palabras. Su mirada pasa del cheque a Papá Noel, incrédulo.

—Merecen comenzar esta nueva vida juntos con todas las oportunidades de su lado —dice Papá Noel, con una sonrisa tierna—. Es un empujoncito para que puedan realizar sus sueños.

—Esto es… es increíble —murmuro—. Gracias… De verdad… No sé qué decir…

Nicolás asiente.

—¡Gracias infinitas, Papá Noel! —dice él.

Papá Noel asiente, visiblemente conmovido por nuestra reacción. Permanece en silencio un instante, luego sus ojos se desvían hacia Flocon, que sigue a nuestros pies, moviendo la cola. Su sonrisa se ensancha.

—¡Y tengo otra sorpresa más para ustedes! —añade—. Este perrito los ha acompañado estas semanas, y creo que se ha encariñado con ustedes tanto como ustedes con él. Así que, si lo desean, me gustaría ofrecerles a Flocon como regalo de Navidad. ¡Para que siga acompañándolos, donde quiera que vayan!

Siento que se me hace un nudo en la garganta otra vez, y me vuelvo hacia Nicolás. Él ya tiene la mirada fija en Flocon. No necesitamos consultarlo, la respuesta es evidente.

—¡Claro que queremos que se quede con nosotros! —dice Nicolás, con la voz llena de emoción—. Lo cuidaremos con todo nuestro cariño.

Me inclino para tomar a Flocon en mis brazos y lo abrazo contra mí. Él lame mi rostro y mueve la cola con frenesí. Me río a través de las lágrimas.

—Gracias, Papá Noel —murmuro de nuevo, con voz temblorosa—. Gracias por todo.

Los padres de Nicolás y los míos nos miran con sonrisas benevolentes. Ahora comprendo que organizaron todo con Papá Noel para hacer de este tiempo algo inolvidable.

Nicolás pasa un brazo alrededor de mis hombros y me vuelvo hacia él, con el corazón desbordante de amor. Comenzamos esta aventura sin saber a dónde nos llevaría, pero hoy, rodeados de nuestras familias, con Flocon a nuestro lado y con tantos sueños por cumplir, sé que tenemos todo para seguir adelante, juntos.

Las sonrisas se reflejan en cada rostro. Flocon, aún en mis brazos, sigue moviendo la cola, compartiendo nuestra alegría.

—¡Y ahora, es momento de celebrarlo una vez más! —exclama la madre de Nicolás, levantando su copa.

La imitamos y brindamos nuevamente. Por el amor, por las nuevas oportunidades, por la aventura que Nicolás y yo compartimos y por todos los momentos hermosos que vendrán.

Las risas estallan, las conversaciones se entrelazan, y el chalet vibra de vida. Nicolás me mira con los ojos brillantes. Flocon ha vuelto al suelo y se desliza bajo la mesa en busca de migajas. Papá Noel comparte anécdotas con nuestros padres, y su voz resuena en el ambiente.

Después, salimos frente al chalet, cubiertos con nuestros abrigos, y llevo la Polaroid para tomar una última foto juntos y capturar este momento. El aire está helado, pero el cielo está despejado. El chalet brilla. Es una imagen mágica, y me siento privilegiada de poder compartir este instante con Nicolás y nuestras familias.

—Aquí estamos —le susurro a Nicolás.

Él me abraza y me besa en la frente.

—Sí, Clara. Y esto es solo el comienzo —responde.

Permanecemos un rato afuera, en silencio. Disfrutamos del aire puro, del paisaje montañoso y de la presencia de nuestros seres queridos. El chalet detrás de nosotros lleva la inscripción «Chalet del renacer».

Nicolás y yo intercambiamos una mirada, luego una sonrisa. Sabemos que, pase lo que pase, siempre compartiremos este lugar, esta experiencia, este refugio. Pienso en todo lo que este mes nos ha aportado. Los momentos de duda, de miedo, pero sobre todo de felicidad, de amor y de

descubrimiento. Esta Navidad es mucho más que una fiesta; marca un nuevo comienzo, una nueva vida llena de promesas, un renacer.

Me vuelvo hacia nuestros padres, hacia Papá Noel y, por supuesto, hacia Flocon, que olfatea la nieve en el suelo. Y me siento llena de gratitud.

—¡Feliz Navidad! —digo.

—¡Feliz Navidad! —responden todos al unísono.

¡Gracias por haber acompañado a Clara y Nicolás hasta la última página de esta historia!

Si este libro te ha gustado, ¡tu reseña es muy valiosa!

Deja una opinión honesta en Amazon para compartir tus impresiones. Esto me ayuda enormemente, no solo a dar a conocer mi trabajo, sino también a mejorar gracias a sus comentarios.

Aquí tienes el enlace directo o el código QR para dejar tu opinión en unos segundos en Amazon:

ENLACE ESPAÑA:

ENLACE MÉXICO:

ENLACE ESTADOS UNIDOS:

CÓDIGO QR ESPAÑA:

CÓDIGO QR MÉXICO:

CÓDIGO QR ESTADOS UNIDOS:

¡Muchas gracias de todo corazón por tu apoyo y feliz Navidad!

Rosita Romance